



comentarios

HERACLIO QUINTANA SANCHEZ



Radio Popular

Pepe





HERACLIO QUINTANA SANCHEZ

comentarios

1

Es N.º D

BIBLIOTECA UNIVERCITARIA
LAS PALMAS DE G. CANARIA
N.º Documento 125562
N.º Copia 707039



LAS PALMAS DE GRAN CANARIA

Portada: JUAN MARQUES

I.S.B.N. 84-404-9161-1

Dep. Legal: G.C. 195 - 1991

**Imprenta PEREZ GALDOS, S.L.
Profesor Lozano, 25 - El Cebadal
35008 Las Palmas de Gran Canaria**

*En memoria de mi padre
—maestro Ignacio—
que, con sus lecturas
y su forma de leer,
dejaba a todos embobados.*

INDICE GENERAL

	Pág.
1 Trabajo, con amor	13
2 Como un cordero	14
3 Hora obrera	16
4 Un papel difícil	18
5 La verdad completa	20
6 Madres fecundas	21
7 ¡Qué caída!	23
8 Misa moderna	24
9 Vivir la vida	26
10 Cien años en cartel	28
11 Un marido de detalles	30
12 Como una antorcha	31
13 Dios, enfadado	33
14 Que se sepa	34
15 Vuelo de Paz	36
16 Tres avemarías	37
17 Siempre así	39
18 Providencial	41
19 Por mi culpa	43
20 Pequeños sacrilegios	45
21 La hora del encuentro	47
22 Fuego interior	48
23 Voltaje emocional	50
24 ¡Maldito!	52
25 Adiós, Pildain	54
26 Ropa comestible	56
27 ¡Qué bueno era!	57
28 Valores intocables	59
29 Más voltaje	61
30 A media luz	62
31 Desgranada	64

32	Streaking	65
33	Inconfundible	67
34	El mal y el bien	69
35	1924-1974	71
36	¿A papá o a mamá?	73
37	Cantado y bailado	74
38	Lío de perros	76
39	Si no fuera por... ..	78
40	La Virgen del Pino, como es	80
41	Defectos aprovechados	81
42	Apóstol por votación	83
43	No es cosa de juego	85
44	Justo Juez	87
45	El diablo en la Tele	89
46	¡Fuera del Paraíso!	91
47	Al pan, pan	93
48	Vaya por cuando... ..	95
49	Lo que es de Dios	97
50	Mucho fruto	99
51	“Está muy bien”	101
52	Una fiesta como nunca	102
53	Identifíquese	104
54	¿Cómo será?	106
55	Niños de luto	108
56	¡Bendita peluquería!	110
57	Betanias	111
58	Mi casa	113
59	¿Por dónde se va?	115
60	Yo estaba allí	116
61	De la mano de Dios	118
62	Bajo una higuera	119
63	Mausoleos	121
64	¿Medio brazo?	123
65	Judas, fiel	125
66	Niña pequeñita	127
67	Magia santa	128

68	La chica de la guagua	130
69	Medicina interna	132
70	Descanse en paz	133
71	Re-nacer	135
72	¿Equilibrio económico?	137
73	Mundos inexplorados	139
74	No tiene perdón	141
75	Diálogo de sordos	143
76	Salida de emergencia	145
77	Flores de papel	147
78	Oración estomacal	148
79	¡Pum!	150
80	Bendito el que viene	152
81	¿Cuántos ceros?	154
82	Camino recto	156
83	La novia de papá	158
84	Toque de fe	160
85	Operación clausura	162
86	Niña-monstruo	164
87	Fondo musical	166
88	Sermón carga	167
89	Historias de Tebeos	169
90	Blanco y reluciente	171
91	Sin postre	173
92	Fe liosa	174
93	Folklore religioso	176
94	Sólo un bastón	178
95	¡Este país!	180
96	Películas antiguas	182
97	Juego al escondite	184
98	La cosa está mal	186
99	Sky-lab	188
100	¿Quién lo ha visto?	190

I n t r o d u c c i ó n

Los oyentes de RADIO POPULAR han querido que los Comentarios del P. Heraclio, radiados diariamente desde la inauguración de la Emisora —hace 20 años—, ahora se publiquen. No sabemos si lo que fue pensado y redactado para ser lanzado al viento gana o pierde al ser atrapado por la imprenta. Pero es verdad que “las palabras vuelan y lo escrito permanece”. Quien no lo oyó o lo quiere recordar, aquí lo tiene. No se ha modificado ni una letra.

La selección no ha sido fácil. Pero era necesaria. Muchos temas, con dolor, han sido eliminados. Fueron flor de un día y fruto de unas circunstancias que habría que explicar. Otros, en cambio, se conservan porque son historia que ha dejado huella, y su mensaje —que lo tienen— es hoy tan valioso como entonces.

He aquí, pues, 100 temas de los miles que fueron radiados en la década de los 70. Hubo que renunciar a la actualidad más reciente, cuyo eco todavía resuena en los oídos, para conservar lo que, con el riesgo del tiempo que corre tan veloz, había peligro de perder o no entender.

Pero en esta primera selección la Historia, con ser tan importante, ocupa sólo un 20% del total. En igual proporción están los comentarios al Evangelio, anécdotas personales, reflexiones sobre mil cosas de la vida y el Santo del día, aunque, si bien se lee, apenas se nota la línea divisoria. En el Índice general no hay distinción. Quien lea página por página tendrá, como el oyente de la radio, la curiosidad del que no sabe

de antemano de qué se va a tratar. Pero en los Índices temáticos podrá encontrar rápidamente el tema o comentario de su gusto.

Quedan miles de páginas esperando el resultado de esta experiencia literaria. Los oyentes, convertidos ahora en los lectores, tienen la palabra. Y a ellos quiero dar las gracias. Porque, aunque no se lo imaginen, ellos son los verdaderos autores de este libro. ¿Qué ha hecho uno sino leer la prensa, ver la tele, ir de visita por ahí o de paseo por el campo, y hablar con la gente que le sale al paso? Pero, eso sí, con los ojos y los oídos muy abiertos. Con un poco de filosofía, meditación y mucho amor, lo cuentas luego de forma que se entienda y ya está. Dios sabe que no ha sido otra mi intención que elevar el espíritu hacia el Bien y la Verdad.

Para acabar: más de uno —y de una— encontrará su retrato en estas páginas. Si he pecado de indiscreto, que se me perdone por el bien que esas fotos pueden hacer a los demás. Lo inevitable es que también yo he quedado retratado.

P. HERACLIO

1

Trabajo, con amor

El trabajo, de ordinario, está compuesto de pequeñas cosas que se repiten una y otra vez a lo largo de toda la jornada: hacer copias de documentos, pegar sellos, rellenar impresos, ir de puerta en puerta cobrando unas facturas, recibir visitas... Una visita, una firma, pegar un sello, puede ser algo interesante, distraído, que se hace con muchísimo placer. Pero eso mismo diez, veinte, centenares de veces, hoy y mañana y pasado mañana, es monótono y aburridísimo.

Tenemos que valernos de algún recurso psicológico para superar esa monotonía. ¿Por qué no pensar que nuestro trabajo, sea el que sea, contribuye al bien de los demás? A veces sabemos quiénes son "los demás", porque los tenemos delante de nosotros en la ventanilla, nos presentan su carnet de identidad y dan la cara haciendo una reclamación. Otras veces, no. Pero podemos estar seguros de que, en último término, alguien se beneficia de esta acción mía aburridísima, rutinaria, de copiar un documento o de pegar un sello centenares de veces sin descanso.

Esto hace cambiar el panorama. Yo puedo en mi trabajo hacer las cosas con amor. El amor no necesita de la presencia física de la persona para hacerse sentir. Por esa comunicación misteriosa de las almas que no tiene que ver nada con el espacio y el tiempo, podemos estar ciertos de que alguien se beneficia del amor que yo pongo en mi trabajo. Quizá esto explique el que los clientes de siempre nos parezcan en algún

momento más amables. En el fondo somos nosotros los que irradiamos algo y creamos el clima para la amistad. Basta poner el corazón en lo que hacemos y pensar que no manejamos cosas simplemente, sino que detrás del impreso, del sello o de la maquinaria, hay una persona a quien hacemos bien. ¿Nos comprometemos a poner un poco de amor en el trabajo?

2

Como un cordero

Es bonito ir por el campo en los meses de invierno, cuando todo se pone verde con las lluvias. El frío te impulsa a caminar para entrar en calor. Y caminando, caminando, pasas por donde nunca habías pasado, o contemplas bellos rincones que ya casi habías perdido en el recuerdo. No hace mucho, yendo por la cumbre, me encontré en un prado un rebaño de ovejas. Las ovejas son parte integral del paisaje de invierno. Las vemos quietas en medio de la niebla, insensibles al frío y la ventisca, envueltas en sus abrigos de lana. Y nosotros que tenemos que correr para no congelarnos... Allí estaba el rebaño y el pastor ordeñaba las ovejas. Había muchas recién paridas y los corderillos buscaban a las madres, tambaleantes todavía, pero seguros, sin equivocarse, y se pegaban a ellas buscando el alimento. Cuando alguna oveja se distanciaba del rebaño, el pastor hacía un gesto y el perro salía disparado. El animal sabía bien su oficio. Y la oveja volvía a reunirse con las demás. Bueno, una, no. Había una oveja que parecía enfurecida. Corría detrás del perro y era el perro el que huía como si la oveja fuera el lobo y él, la oveja.

—Oiga —le dije al pastor—, aquella oveja no hay perro que la domine. Ni que fuera un carnero.

El pastor levantó la cabeza por encima del rabo de la que ordeñaba, miró y volvió a ordeñar. Se oían los chorros de la leche en el cacharro.

—Es que tiene una cría. Cuando está criando se convierte en una fiera. Pero si no tuviera ahora el corderito, la vería Vd. más cobarde...

Efectivamente. El corderito, que había nacido el día anterior, la seguía en su carrera, y ella, cuando alejaba al perro, volvía junto a su corderito. Era una escena llena de ternura maternal. Pero una ternura salvaje, que no teme el peligro, que incluso daría la vida por defender la del hijo. Y, viendo aquel corderito tierno, yo pensaba que sin ser oveja yo también haría algo por defenderlo, porque, como los niños, los corderitos no inspiran sino amor, y no resistimos el deseo de ponerles la mano encima y acariciarlos y cogerlos en los brazos.

Esta estampa bucólica nos recuerda hoy —21 de enero— a **Santa Inés**. Inés significa "cordero". Ella también fue como un corderillo, tierna y delicada, inocente. Pero no hubo quien la defendiera. La despedazaron. Y murió a manos de los enemigos de su fe, que la acorralaron como perros. Pero su recuerdo nos llega hasta hoy y nos hace desear esa inocencia suya, esa pureza suya y esa sencillez de cordero que o la hemos perdido o estamos a punto de perder.

3

Hora obrera

Hay empleos, cara al público, para los que debería haber un riguroso aprendizaje. El aspirante a dependiente, cobrador, capataz, taxista o guardia debería ser sometido a prueba de capacidad de resistencia ante los impertinentes, los pesados, los exigentes y los pelmas. Si los nervios resisten, se ha ganado el empleo. Si no resisten, pues a buscar por otra parte los garbanzos.

El éxito de muchos establecimientos está simplemente en la amabilidad de unos empleados que parecen superhombres, y que derrochan su atención con los clientes sonriendo a éste, saludando a aquél, sin que jamás den muestra de cansancio ni de malhumor. Y esto, ¡qué difícil!

Cuando los hay, el mundo se suaviza. Una guagua, por ejemplo, con un cobrador de éstos a prueba de nervios, educado, atento, simpático, a pesar de los apretones y otras molestias evitables pero hasta ahora no evitadas, es algo así como la propia casa. Te hallas a gusto. Y aunque vayas haciendo peligrosos equilibrios, el cobrador y sólo él es capaz de crear un clima de verdadera simpatía que lo suaviza todo. Otros no.

Fue de esto hace muchos años, pero lo recuerdo siempre con todos los detalles. Era un día muy temprano, casi de noche todavía. Los obreros iban entrando y poniendo sus pesetas en el pequeño mostrador donde el cobrador, muy bien sentado, les daba el correspondiente

billetito. Un obrero, con su paquetito bajo el brazo, puso las monedas en el mostrador. Le dieron el billete.

—No —dijo—. Deme uno de obrero.

Y allí empezó la cosa.

—¡Eso hay que decirlo antes de cortar el billete! —gritaba el cobrador.

—Pero, ¿no me ve Vd. que soy obrero? Deme otro y devuélvame.

—¡No, señor! Llévese Vd. ese billete.

—Pues no me lo llevo.

El cobrador agarró al pobre hombre por el cuello y se enzarzaron en una pelea digna de otro ring más espacioso. Llovían los puñetazos. Los demás viajeros —la guagua aún no había arrancado—, indignados por aquella pelea tan de mañana, separaron al pobre obrero de las garras del furioso cobrador. ¡Pero hombre! Por un simple billete cortado, que se le puede dar al que sigue, pegarse puñetazos... Antes, cuando había recorridos con distintos precios, decía uno: 60, y, si el cobrador entendía 80, pedía perdón y volvía a introducir el billete en el taco y lo cambiaba. ¿Es que esos cobradores se acabaron?

Por fin arrancó la guagua. El cobrador en su trono, tras el pequeño mostrador, quedó como una fiera enjaulada. ¿Y no lo era? Hasta para cobrador de guaguas hace falta vocación. Y un riguroso aprendizaje.

4

Un papel difícil

Como la Historia no da marcha atrás, aunque el refrán diga que “todo tiempo pasado fue mejor”, tenemos que prepararnos para afrontar los tiempos nuestros, los días que nos ha tocado vivir, y no cruzarnos de brazos añorando los felices años 20. Hemos de ser providencialistas. Nacimos cuando Dios quiso. Este es el escenario de nuestra vida, el día de un mes del año actual, en el que tenemos que actuar, hablar, movernos y, por supuesto, hacerlo bien.

Menudo papel el que nos ha tocado. Nuestro papel de cristianos siempre fue difícil, pero hoy... ¿Se imaginan Vds. a unos artistas o actores actuando en un teatro donde el público da muestras de aburrirse, o abucea y se ríe burlándose de ellos sin ninguna compasión? Algo así ocurre hoy con nuestra actuación de cristianos. Quizás porque, sinceramente, lo hacemos mal. ¡Qué mal lo hacemos! No tenemos arte para ganarnos al público. No ponemos alma en nuestro papel. No nos identificamos con el personaje —Cristo— que representamos. Y todo el mundo se aburre.

Un buen actor como cristiano tiene hoy que tener en cuenta ciertas reglas. Ya no estamos en aquellos tiempos en que lo legal, lo que decía la ley, era lo lícito. Eso era cuando la sociedad, que se sentía cristiana, trataba de reflejar en las leyes la ley natural, la ley de Dios y el Evangelio. Pero nuestra sociedad de hoy no es cristiana por definición. En un mismo gobierno pueden sentarse católicos y no católicos, cre-

yentes y no creyentes. ¿Y qué se puede esperar? Quizás las leyes no recojan no ya el espíritu del Evangelio, sino que ni siquiera tengan en cuenta la ley natural, la ética más elemental. Entonces lo que, según la ley, se puede hacer por ser legal, no por eso será lícito en conciencia. El cristiano tiene otra ley, otra norma de conducta que juzga la misma ley humana. Y con esa luz ha de actuar, digan lo que digan las leyes de los hombres.

No, no es fácil presentarse así en el escenario de la vida, sobre todo cuando ciertas cosas “todo el mundo las hace” o “nadie las hace”. Pero ¿qué queremos? Tampoco ésta es una regla de conducta, la estadística. Una cosa no es buena porque todo el mundo la haga. ¿Que todo el mundo toma drogas, engaña, se enriquece injustamente, se divorcia o tiene amantes? Bueno, ¿y qué? ¿Nos quedamos solos? Nos quedamos solos. Hay que nadar contra corriente. Solamente así podemos los cristianos ser testigos de algo. “*El Espíritu de Dios — dice San Pablo — habita en nosotros*” (Rom. 8,9). Y tiene que notarse. Y es por vivir según la carne y no según ese Espíritu de Dios por lo que no pintamos nada en el escenario de la vida. La gente se aburre. Nadie nos aplaude. Triste papel cuando podríamos arrebatarse al público con la fuerza de la Verdad, si estuviéramos convencidos de que la tenemos.

5

La verdad completa

Voy a hablar contigo, querido D. Juan Brito, que en estos momentos estás viendo el rostro de Dios.

Perdona, en primer lugar, el tratamiento. No sé por qué no puedo decirte Usted como hasta ayer. Quizá porque el Usted supone que hay una mayor edad y la muerte borra toda diferencia. Tú ya estás fuera de todo tiempo, ya no tienes edad. Esta mañana nos sorprendió la noticia de tu muerte e inmediatamente los sacerdotes nos sentimos aludidos. Había muerto un sacerdote. Ya estaba en la otra parte de la vida, de cara a la verdad.

Tú tuviste, en los últimos años de tu sacerdocio, la oportunidad de estar siempre palpando la verdad. Capellán del Cementerio, analizabas varias veces en el día el misterio de la vida, cuando salías a bendecir por última vez los restos de los fallecidos, aquellos cuerpos a quienes la Iglesia, en el último instante, despedía como una madre cariñosa. ¿Por qué aquel niño inocente? ¿Por qué aquel joven en la flor de la vida? ¿Por qué aquella familia destrozada, aquel hogar deshecho, aquellas lágrimas inconsolables? Y eso un día y otro día fue preparando tu alma para el día de hoy. Ahora sabes la verdad completa. Es como el sabio que, después de muchos años de investigación, un día da con el misterio. Tú ya has descubierto la verdad que poco a poco se te iba revelando en el ejercicio de tu sacerdocio como capellán del Cementerio.

La tarde estaba fría. Tú, cubierto de flores, reposabas dulcemente en la capilla. Tu rostro bonachón parecía reprimir la sonrisa franca y acogedora que siempre tenías en los labios. Pero irradiabas la misma humildad que siempre fue el distintivo de tu vida, cuando no te avergonzabas de aprender de un chiquillo como yo. Buena lección para los que creemos saberlo todo y miramos con indiferencia a los que han llegado al sacerdocio con otra formación más novedosa.

Y allí quedaste en la capilla. Fuimos a enterrarte y nos vinimos sin dejarte bajo tierra. No se podía, por no sé qué permiso que no acababa de llegar. Hasta el último momento tu gran corazón quiso dar a los rezagados la oportunidad de verte, de besarte y de llorar emocionados.

Descansa en paz, querido compañero. Y a nosotros, los que tanto aprendimos de tí —aunque tú no lo creas—, danos algo de tu paz. (Noviembre, 1971).

6

Madres fecundas

No conozco personalmente a ninguna madre de 19 hijos como lo es Dña. Luisa de Castro que hoy asomó su cara al periódico local. Pero sí conozco a madres de 12, de 15 hijos y de 16, y puedo asegurar que lo mismo que el periodista ha dicho de esta señora, que es una madre “joven, guapa y simpática”, se podría decir de estas otras que han traído al mundo más de una docena de chiquillos.

¿Dónde está el secreto de esa juventud, hermosura y simpatía? Pregunta muy interesante. Porque eso es lo que quisiera ser toda mujer.

Y, para serlo, muchas han cegado voluntariamente la fuente de su maternidad. "Dos hijos, niño y niña", dicen calculando las necesidades del hogar, las molestias de un nuevo embarazo, el presupuesto y los posibles e imaginarios gastos que ocasionaría un tercer hijo. Conocemos también a muchas de estas madres. ¿Son jóvenes, bellas y simpáticas con tanta precaución? No quisiera herir a nadie, pero de alguna podríamos decir que, frente a la serenidad, alegría y vitalidad que respiran las mamás de 14 y 15 hijos que conocemos, son, a sus treinta años, unas viejas desquiciadas y gruñonas.

Sí, comprendemos que la paternidad responsable es un deber. Pero al delimitar —y Dios sabe cómo— el número de hijos, ¿se está ejerciendo de veras esa responsabilidad? ¿No se estará siendo responsable más bien de una conducta que, desde un plano médico, psicológico y moral, deja mucho que desear?

Que los hijos "no han dado mucha lata porque han venido de uno en uno, que hay tres turnos para comer, que los dormitorios tienen literas de tres pisos, que en la casa no hay sirvienta sino que los niños ayudan a mamá, que la gran satisfacción de la mamá es ver que están todos rebosando de salud, que el marido practica el pluriempleo, que en épocas muy malas jamás se han apurado y que otro hijo, el número 20, sería una gran alegría, de tanta ilusión como el primero..." son afirmaciones que indican hasta qué punto esta mujer es equilibrada. Lo mismo, exactamente igual, que le hemos oído decir a las madres de familia numerosa, cuyo hogar no hay palabras para definirlo cuando se encuentran todos juntos, pero que irradia una atmósfera envidiable de felicidad. Cada hijo es un poco padre o madre del hermano más pequeño. Y con este afecto que se suma al cariño de hermanos, la familia crece unida con unos lazos tan fuertes de unidad que a simple vista se conoce quién ha sido hijo de familia numerosa.

¿No será porque en el fondo de todo está el considerar la maternidad como una auténtica bendición de Dios que hay que merecer y agradecer?

7 ¡Qué caída!

Estoy seguro de que muchos no saben de **San Pablo** sino aquella historia del caballo. Pero no hay que avergonzarse. Saber que San Pablo se cayó del caballo en que iba montado al perseguir a los cristianos es saber no sólo una noticia que parece sacada de la sección de sucesos de un periódico, sino saber el hecho fundamental que hizo de aquel hombre un santo, columna de la Iglesia que él mismo persiguió.

No podemos extrañarnos de que la Iglesia lo recuerde hoy —25 de enero— con la fiesta de la Caída de San Pablo. Bueno, no se llama exactamente así, sino de la *Conversión*. Pero no podemos separar la conversión de la caída. Cayó del caballo y en el suelo comprendió el disparate, el absurdo de su vida, como la del caballo que se revuelve y da coces contra la espuela que lo pincha. ¿Qué consigue? Le guste o no, mejor será que tire para adelante.

Desde aquel día, Pablo cambió de dirección. Quedó iluminado por la fe en Jesús. Y todo el esfuerzo que había puesto en perseguirle, persiguiendo a sus discípulos, lo puso en conocerle y en amarle y en recorrerse medio mundo anunciando el Evangelio. Cuando de la cárcel, en la ciudad de Roma, Pablo fue sacado para cortarle la cabeza, se tenía que sentir hombre feliz. Si había aguantado tantos años desde que oyó, yendo a caballo, la voz misma de Jesús, era por el bien de sus hermanos a quienes podía ayudar. En algún momento de su vida cuenta que fue elevado hasta el tercer cielo —él sabría lo que era eso— y que gustó

allí de una felicidad inexpresable con palabras. Pero eso sólo hizo aumentar su deseo de encontrarse con Jesús. Ahora iba de veras. "He sostenido un gran combate, he terminado la carrera y he mantenido la fe. Ahora —escribió desde la cárcel—, ahora sólo me queda recibir la corona merecida". Una corona —digo yo— que no podía consistir sino en la dulce compañía de Jesús.

Bendita caída del caballo. Caídas como ésta —aunque sean dolorosas— nos están haciendo falta a muchos de nosotros que, como Pablo, quizás nos enorgullecemos de lo que nos debería dar mayor vergüenza. Lo dijo él: "Lo que para mí constituía el mayor valor, lo miro ahora como estiércol". Al suelo. Desde el suelo, ciegos, impotentes, veríamos tal vez la verdad de nuestra vida, oscurecida con tantas falsedades. A veces el dolor —las caídas— son algo más que una nota en el periódico y una semana de hospital. Son una gracia de Dios de verdadera conversión.

8

Misa moderna

Hay quien dice que los sacerdotes no saben oír misa. Tan acostumbrados están ellos a decirla en el altar, que cuando, por diversas circunstancias, la oyen como un simple fiel, se sienten como fuera de su sitio.

Yo diría que en parte tiene razón quien piensa así. Y añadiría que el sacerdote, cuando no dice la misa sino que participa en ella como simple fiel, tiene los ojos bien abiertos para todo lo que ocurre en el

altar. Todavía tengo la impresión que me produjo una de estas misas oídas, desde el rincón de un modesto confesonario, en un pueblo donde se celebró el funeral por el alma de la madre de un compañero sacerdote. Lo vi todo. Lo observé todo. Lo escuché todo. Y aunque uno siempre tiende a comparar y a decir aquello de que "todo tiempo pasado fue mejor", por esta vez salí de aquella misa convencido de que las cosas no volverán a ser ni deberán volver a ser como fueron quizás en otro tiempo.

La iglesia rebosaba de fieles. El presbiterio, amplio, resaltaba perfectamente iluminado. Aparecieron diez sacerdotes revestidos con sus albas y sus estolas y rodearon el altar. Uno de ellos en el ambón entonó el canto de entrada. Era una misa de difuntos, pero todos cantaron el salmo: "Qué alegría cuando me dijeron: vamos a la casa del Señor". La gente cantaba con ritmo y afinación. Se veía que habían sido ensayados durante mucho tiempo. Y empezó la misa. Oraciones, lecturas, no se perdía ni una sílaba. Volvió el pueblo a cantar: "Resucitó, alleluia", y uno de los sacerdotes leyó luego el evangelio e hizo la homilía, corta, bien preparada, emotiva, llena de verdades eternas. No tenía desperdicio.

Se hizo la oración de los fieles, recordando no sólo el alma por quien se ofrecía aquella misa, sino la de otra señora que acababa de enterrarse aquella misma tarde. Había un sentido perfecto de hermandad y solidaridad. Se dieron todos el abrazo y saludo de paz y se distribuyó la comunión. Sin prisas. Un sacerdote se dirigió con la eucaristía a la mitad de la iglesia para facilitar los movimientos. La gente cantaba y terminada la comunión quedaron todos en silencio unos momentos. Las breves y oportunas explicaciones habían creado un clima ideal de comprensión y de participación en el Misterio. Nadie podría decir que no había entendido aquello, que no sabía qué pasaba en el altar o para qué había sido aquella ceremonia. Y cuando los sacerdotes, dada la bendición, entraron en la sacristía, lentos, blancos, alegres, y la gente cantaba: "Madre de todos los hombres, enséñanos a decir Amén", uno, desde el rincón del confesonario, daba gracias a Dios de que las cosas estén cambiando y la liturgia, aunque con dificultades, haya dejado de ser una cosa incomprensible para convertirse en algo vivo, cordial, que une el cielo con la tierra.

9

Vivir la vida

Cuando se dice que la vida hay que vivirla, todos entendemos que la vida es corta y que hay que aprovecharla. Vivir la vida es exprimirla como un limón, sacándole todo lo bueno que ella ofrece. Y algo bueno debe de ofrecer cuando tan apegados estamos todos a la vida, a pesar de los dolores y las enfermedades. Cuando muere un joven, ¿no lo consideramos todos una fatalidad? ¡Empezando a vivir! ¡Sin haber disfrutado de la vida! Una desgracia.

Pero, ¿qué se entiende de ordinario por "vivir la vida"? ¿Subir a las montañas a respirar el aire puro de la altura? ¿Nadar como un pez, correr como una liebre, cantar como un pájaro, leerse un libro cada día y estar enamorado?

Mucho me temo que no. De ordinario, vivir la vida es algo que no tiene que ver con el deporte, ni con el arte, ni con el amor. Es simplemente gastarse lo que se tiene y lo que no se tiene en irse de juerga por ahí, tabaco, drogas, alcohol, amiguitas y amigotes, hasta venir a parar al hospital.

Pobre vida. ¿Esas son las satisfacciones de la vida que hay que aprovechar cuanto antes, por si acaso?

Son muchos, por desgracia, y no sólo jóvenes, los que viven así y no saben vivir de otra manera. Lo curioso es que otros los miran con cierta envidia mal disimulada y comentan: ¡Eso es saber vivir!

Pues, no. Los que viven así no han encontrado aún su propia vida, la que les pertenece, la que en realidad buscan en todo eso con tan pobres resultados. Ya lo dice Jesús: *“El que encuentre su vida, la perderá, y el que pierda su vida por Mí, la encontrará”* (Mt. 10, 39). Hay que saber perder para ganar. Si un aparato está construido para que funcione con corriente de 110, no le pongamos corriente de 220. Es que yo quiero que vaya más deprisa... Bueno, al principio irá más deprisa el aparato, pero luego empezará a echar humo y se te quemará. No ha vivido su vida. Esto lo entendemos todos y nos cuidamos muy bien de leer primero el folleto de instrucciones antes de poner en marcha el aparato. Porque en aquellas instrucciones está la garantía. Pero nadie parece preocuparse de atender a su propia maquinaria, a su cuerpo y a su alma y darles lo que exigen por naturaleza. Nuestros pulmones exigen el oxígeno más puro y les damos nicotina. El alcohol destroza nuestro hígado y seguimos bebiendo hasta ver lagartos en las paredes de nuestra habitación. Y hechos para el amor, los hombres prefieren la fornicación. Buscando la vida, la pierden por completo.

Sólo el que sabe perder, el que atiende a su conciencia iluminada por la palabra de Dios —autor de nuestro ser—, sabrá lo que es vivir.

10

Cien años en cartel

Haber nacido en 1872 no es una noticia para que la publiquen los periódicos. Pero haber nacido en 1872 y poderlo decir hoy, a los cien años exactos de haber venido al mundo, sí es una noticia de primera plana. Porque junto con las fechas —cien años de punta a punta— pueden presentarse 14 hijos —el mayor rondando los 80 años—, varias docenas de nietos, muchísimos biznietos y varios tataranietos. Lo que se llama una vida fecunda, no sólo en años sino en descendencia.

Pues ésta ha sido la noticia de hoy, que agrupó en el pueblo de Ingenio a mucha gente, para rendirle un homenaje a la vieja centenaria, madre de un compañero sacerdote, que, emocionado, no sabía decir otra cosa que “gracias”, gracias al Sr. Obispo, gracias a sus compañeros, gracias a las autoridades, gracias a sus feligreses, a sus conocidos y amistades... Y no era para menos. Allí, frente al altar, vestida de negro, estaba sentada su madre de cien años. Sobre la falda sostenía dos grandes ramos de flores, envueltos en celofán, como esos que se entregan a la artista en el escenario, después de la función, entre una salva de aplausos por el éxito alcanzado. Doña Carmen había coronado su actuación esta mañana. Durante cien años de funciones diarias había representado maravillosamente su papel. Hizo toda clase de papeles, de niña, de novia, de casada, de madre, de viuda. Supo llorar en el escenario de la vida y supo reír. No todo fue comedia. Hubo también en su repertorio más de un drama, como en toda vida. Y ha tenido fuerzas

para mantenerse en escena todo un siglo, cien años ininterrumpidos. Quizá el papel del que se sentía hoy más orgullosa, mirando un poco hacia atrás, fuera el de madre de un hijo sacerdote. Allí estaba en el altar. Era su obra. Con la boca que le decía "madre" convertía el pan en el Cuerpo de Jesús. Con las manos que la acariciaban le traía todos los días la sagrada comunión. ¿No iba a estar orgullosa de que Dios le hubiera encomendado ese papel?

Quizá Doña Carmen pensara, en medio de tanto gozo, tantos besos y tanta felicitación, que ya era hora de hacer mutis. Cien años... ¡ya está bien! Pero si Dios —el autor de la vida— quería que ella siguiese en el escenario haciendo el papel de vieja llena de dolores, de madre sacerdotal y tatarabuela al mismo tiempo, ella ¿iba a decir que no? No. No haría mutis hasta que el apuntador no se lo ordenara. Y su hijo y su numerosa familia y todos los que la vimos hoy deseáramos, y se lo deseamos, que siga la función. Lo ha hecho tan bien que cien años nos parecen sólo el primer acto.

Doña Carmen, que se levante el telón. Que siga aun por mucho tiempo en el escenario de la vida. (Junio, 1972).

11

Un marido de detalles

Contaba una señora sus problemas en la casa, muchos de los cuales se debían —según ella— a su marido. Su marido era un hombre de unos principios inflexibles en ciertas cosas de la vida matrimonial. Parecía olvidarse a veces del trabajo que los hijos causaban a la esposa que, muchas veces, se sentía desfallecer al verse sola. Pero, a pesar de tantas censuras que hacía a su marido, esta mujer decía: “No me puedo quejar. Comparo mi situación con la de otras amigas que conozco y salgo con ventaja. Porque mi marido —y aquí se emocionaba—, mi marido jamás se olvida de los detalles”.

Los detalles eran esas cosas al parecer sin importancia, que tanto, sin embargo, halagan a toda mujer: el acordarse de un aniversario, de la boda o cumpleaños; adivinar los gustos y tratar de complacerlos; el regalo, quizá no muy costoso pero tanto más valioso cuanto más inesperado y oportuno... Su marido tendría el carácter más difícil, los criterios más discutibles que se pudiera pensar, pero se esmeraba en los detalles. Y frente a esa delicadeza, su mujer quedaba desarmada.

Cuando en el corazón humano hay un sentimiento así, debemos pensar que, si lo hay, es porque Dios —de quien somos imagen y semejanza—, siente también así. También Dios quiere los detalles. Quizá no sepamos hacer cosas grandes. Hay almas que tuvieron arranque y empuje para emprender obras colosales que han pasado a la historia. Nosotros quizá no tengamos fuerzas para eso, comprobando a cada

paso nuestra debilidad. Pero ¿quién no puede esmerarse en los detalles? Callar en el momento oportuno, o decir sólo una palabra, la palabra necesaria; regalarle a Dios ese gusto que El nos pide, darle la sorpresa de acordarnos de él durante el día, en un momento de apuro pero también en un momento de felicidad. Todo eso está en nuestra mano. Y, como aquella mujer, de seguro que Dios queda desarmado, es decir, que en la hora negra, en la hora en que necesitemos de su misericordia y su perdón, Dios se nos entregará amorosamente.

12 Como una antorcha

Hoy en nuestros templos no se ofrecen sacrificios de animales, como leemos en la Biblia que hacían los antiguos. Toda esa matanza desapareció cuando Cristo se ofreció él mismo como víctima por nuestros pecados. Ese es el único sacrificio que hacemos ahora los cristianos. En eso consiste nuestro culto, repitiéndolo cada vez y participamos en la eucaristía.

Sin embargo, no ha desaparecido del corazón del hombre ese deseo de ofrecer algo espontáneo, algo propio, algo que cueste y sea digno de acción de gracias a su Dios.

— Padre — me dijo un chico en una iglesia —, yo quería ofrecer una vela. ¿La pongo allí sobre el altar?

— No — le dije —, no la pongas ahí porque si todos los que ofrecen velas las van a encender y dejar sobre el altar, va a ser algo peligroso. Dásela al sacristán, que él te la encenderá y la colocará donde mejor esté.

El chico se marchó. Pero allí quedó su cirio encendido como un signo de su corazón agradecido por haber rebasado una grave enfermedad. Nadie le obligaba a hacer entrega de aquella vela. Ni a él ni a las demás personas que después de orar unos momentos no salían sin echar unas monedas en el cepillo o entregaban un ramo de flores para el altar. Es el don, el ofrecimiento, en el que la persona pone todo su afecto y que viene a ser, allí en el templo, como una presencia continua del que lo entregó: un cirio encendido, consumiéndose en la presencia del Señor. ¿Verdad que es bonito?

Hoy —2 de febrero— recordamos a María con el nombre de **Candelaria**. Y todo porque fue al templo con su niño, Jesús, y oyó cómo lo llamaban Luz, la luz del mundo, la luz para todos los hombres. Era como si María llevara en sus manos una candela, una antorcha, un fuego que iba a prender en todos los lugares de la tierra. Y ella lo ofrecía al Señor. Nadie como María ha hecho jamás un ofrecimiento tan generoso que, como allí también se lo dijeron, atravesaría su corazón con una espada de dolor.

María de Candelaria. Que ella nos ilumine con la luz de su Niño para que nuestra vida sea una entrega total a Dios, iluminados por la fe.

13

Dios, enfadado

Ayer hubo lluvias torrenciales sobre gran parte de la isla. Desde la capital se veía amenazador un cielo negro, tormentoso, que se desplazaba lentamente hacia el noroeste. Era como un manto. Pero tras del manto se ocultaba todo un escuadrón de artillería, a juzgar por la batalla que de pronto se desencadenó de nube a nube. Brillaban los relámpagos y a los pocos segundos sonaba el estampido de los truenos. Era como si trenes gigantes rodasen sobre suelos abovedados. La chispa saltaba tan cerca algunas veces que el trueno parecía una ráfaga cortante de ametralladora.

Y la lluvia. Hacía tiempo que no veíamos llover. La lluvia era torrencial, completamente vertical, pues no había viento. Luego fue ladeándose un poquito. Caía sobre la tierra y a los pocos minutos ya estaban las laderas convertidas en auténticas cascadas.

En la casa donde me encontraba se cortó la luz. A pesar de ser apenas las cinco de la tarde, era tal la oscuridad que parecía que ya el sol se había ocultado.

— Es que Dios está enfadado — decía una niña que, a cada trueno, cuando retemblaban las ventanas, se escondía sobre una cama en medio de las mantas.

— Dios no está enfadado — le dije—. ¿Por qué? ¿Por los truenos?

Ella no parecía comprender. En aquel espectáculo grandioso de la naturaleza, la niña, como tantos hombres, pensaba inmediatamente en esa fuerza que el hombre no puede gobernar. Pero en vez de extasiarse ante tanta maravilla, en vez de darle gracias a ese Dios por el rayo y el trueno que desgarran las nubes, por la lluvia que caía como una esperanza sobre la tierra seca, se lo imaginaba enfurecido y se llenaba de temor.

Qué pena. Dios será siempre incomprendido. Nubes que son como ejércitos en orden de batalla, rayos y truenos con una fuerza y alcance superior a cualquier bomba, cataratas de lluvia como ríos que de pronto se desbordan... Y nosotros, en vez de exclamar ¡qué maravilla!, decimos: "¡Mamá, por favor, cierra la ventana!

14

Que se sepa

Si nos pudiéramos a discutir sobre si este mundo nuestro es bueno o malo, no nos pondríamos de acuerdo. ¿Que hay cosas buenas? Por supuesto. Si nuestros abuelos resucitaran, verían un mundo fantástico, como ellos jamás pudieron ni soñar. Nosotros, claro, estamos tan acostumbrados a vivir entre comodidades que no nos damos cuenta de lo que hemos avanzado. Pero —como decía alguien—, "las cosas mejores no son cosas". Lo mejor es lo que el mundo ha avanzado en el conocimiento del hombre, de nosotros mismos, de nuestra dignidad y derechos humanos, que ha dado origen a las leyes que hoy rigen las sociedades más civilizadas.

Sin embargo, existe el mal. La lista de calamidades que sufrimos hoy en día es interminable y espantosa. Algunos pierden el sueño con

la amenaza atómica. Pero no nos engañemos. Sin la bomba atómica el mundo en este mismo siglo sufrió dos guerras mundiales y los hombres se mataron unos a otros por millones. No hacen falta las armas nucleares para matar y destruir. *“Por un hombre entró el pecado en el mundo —leemos en una carta de San Pablo—, y por el pecado, la muerte, y así la muerte pasó a todos los hombres porque todos pecaron” (Rom. 5,12)*. Hoy y en la Edad Media y en la prehistoria los hombres nacieron en pecado y se les notaba. Abrir las páginas de la Historia es como ver estampas repetidas. Siempre igual: sangre, muertes, venganzas, rivalidades. Y gente ambiciosa, tiranos que, por mantenerse en el poder, aplastan a pueblos enteros, arrebatándoles la libertad.

¿En qué hemos avanzado? Pues, sí. Creo que en algo bueno hemos avanzado. Hoy los hombres, pecadores desde el vientre de sus madres, seguirán cometiendo maldades unos contra otros. Pero hoy —y cito el Evangelio— *“nada hay escondido que no llegue a saberse” (Mt. 10,26)*. Antes sucedían cosas espantosas, pero ¿quién se enteraba? Hoy Vd. da un paso en falso en política exterior y, por muy Presidente que sea de su Nación, puede costarle el mando. Y Vd. no paga a Hacienda esos 20 millones que le salen en la declaración de renta y, por muy artista famosa que Vd. sea, le costará un disgusto. Y Vd. mata a unos sospechosos de complot contra su régimen de gobierno y en todo el mundo se hablará de la matanza. Hoy no hay fronteras. Y los periodistas y Medios de Comunicación, por muy descreídos que ellos sean, en esto siguen fielmente el Evangelio: *“Lo que os digo al oído, pregonadlo desde la azotea” (Mt. 10,27)*.

Este saber unos de otros, este no poder esconderse, este tener que dar cuenta ante la opinión pública de lo que hacemos, esta auditoría continua que se hace a nuestra vida, a nuestras obligaciones y responsabilidades, es un freno. Y ya que en este mundo todavía no reina el verdadero amor, que al menos el temor al que se sepa lo haga un poco más humano.

15

Vuelo de paz

Nos sentimos orgullosos — cómo no — de que el Concorde, el avión supersónico francés, se haya posado hoy en el aeropuerto de Las Palmas. Fueron muchas las personas que, con tal motivo, acudieron a verlo llegar y despegar. Y allí, en la pista, como un pájaro exótico de la prehistoria, hermano de los dinosaurios, fue la admiración de todos. A la una en punto alzó el vuelo, poniendo al rojo vivo los motores, y como una flecha dio la vuelta hacia Africa del Sur.

Bonito nombre el de ese pajarraco de los aires: el Concorde. Una palabra que suena a corazón, a "sursum corda", a abrazo y amistad.

Si además vuela a velocidades superiores a las del sonido, este avión podría ser el símbolo de lo que hoy añora el mundo entero: una paz con toda urgencia, sin el "vuelva Vd. mañana" de las negociaciones.

Dicen que ésta es la semana de la paz en el Vietnam, que ahora va de veras. Estamos tan sobreescamados por anuncios como éste, que, aun sin acordarnos de la fábula del pastor y el lobo, nos encogemos de hombros con escepticismo. La paz... ¿qué es eso de la paz? ¿Sabremos ya lo que es la paz?

La estela humeante del Concorde que surcó hoy el azul de nuestro cielo ha dejado, sin embargo, como un anuncio de esperanza. Parecía una pajarita de papel, un avión de esos que hacemos con la hoja de un periódico. Así de fácil y sencillo pueden hacer los hombres un avión

tan complicado. Quizá porque pusieron en ello el corazón. ¿No podrían hacer lo mismo con la guerra?

Esperamos que este avión, que va de un continente a otro en pocas horas, sea, además de un medio supersónico de comunicación, un abrazo cordial que una a los hombres entre sí. Y que al fin concuerden —que viene de “concordia” — trabajando por la Paz. (Enero, 1973).

16

Tres Avemarías

Los chistes sobre religión, sobre curas y la política eclesial siempre han sido muy reídos. Y en los últimos tiempos abundan, de todos los colores. Sin embargo, en otro tiempo los que nos sentíamos aludidos poníamos cara seria, escribíamos artículos indignadísimos y lanzábamos excomuniones contra los que habían tomado a broma la santa religión. Hoy leemos el chiste, nos reímos a carcajadas y, curiosamente, hacemos examen de conciencia. Porque reconocemos que una mala voluntad agudiza el pensamiento y descubre muchas cosas que otros se callan por prudencia. Y como estamos en un tiempo en que de todo se hace revisión, aprovechamos el mal gusto que nos dejó en el alma el chistecito, para ajustar lo que no habían podido los discursos, las exhortaciones o las leyes.

El chiste gráfico lo traía una conocida revista en su portada. De un inmenso confesonario pendía un cartelito: “Prohibido robar bajo pena de tres avemarías”. De primera intención tenemos que reir. Pero, reflexionando un poco sobre el tema, ¿qué habrá detrás de ese cartel, en la intención del que con tanto humor lo colgó en el confesonario?

Yo hago examen de conciencia y me puedo reír, porque más de una vez he aludido a las penitencias que los sacerdotes ponemos a los penitentes en la confesión, diciendo que son algo simbólico, ya que la verdadera penitencia supondría mucho más en el pecador arrepentido que el rezo de tres avemarías. Pero eso de robar... Creo que el chiste alude a algo más profundo. ¿No será una especie de denuncia a la ligereza, al menos aparente, con que se valoran los pecados contra el séptimo precepto? Un hombre que además de su legítima mujer tiene una querida, o una mujer casada que deja a su marido y vive habitualmente con otro, y la cosa se sabe, han sido siempre considerados como "pecadores públicos". No pueden recibir los sacramentos. Y el que hace una fortuna con ciertos monopolios y manejos que él sólo se sabe, sigue siendo un buen señor, católico, apostólico y romano. Para éste, las tres avemarías. ¿No habrá algo de esto en el chistecito del confesionario?

Gracias a Dios, hoy las cosas vuelven a su cauce si es que alguna vez estuvieron fuera. Riámonos con ganas y... penitencia. De seguro que no bastará con las tres avemarías.

17

Siempre así

El que atraviesa por primera vez los Pirineos para pasar a Francia abre los ojos con curiosidad para ver cómo es aquel país. ¿Cómo va a ser? Las fronteras no son sino una línea convencional. Las montañas son tan verdes o tan secas por la parte española como por la francesa. La naturaleza no da saltos. Seguimos con el mismo paisaje. Pero algo nos dice que no perdamos detalle: estamos en Francia, en el extranjero. El coche empieza a atravesar campos inmensos de millo, granado y parejito (¿para qué lo querrán, si no hacen gofio?). Vemos pueblos con casas señoriales como si fueran una zona residencial. Chalecitos con la típica estructura del caserío vasco, la planta baja muy elevada y el frontis triangular. Siguen las montañas llenas de arboleda y cruzamos ríos mansos que atraviesan la llanura.

Pero todo eso se pierde de vista cuando después de tres horas de carretera divisamos tras unas colinas la Basílica de Lourdes. ¿Para qué, si no, habíamos ido a Francia?

Imaginemos, como podamos, lo que será hoy —11 de febrero— aquel rincón de Francia. El que llega allí en cualquier día del año pregunta si aquel espectáculo se debe a algún motivo extraordinario o es lo normal y corriente de cada día. “Siempre es así”, te dicen. Y moviéndote como puedes entre aquella multitud que llena calles, plazas, comercios, hoteles y pensiones, que abarrota la Basílica y se desparra por las enormes explanadas, tratas de ver lo más posible de aquel

rincón de Francia santificado por la presencia de María. Porque ésa es la única razón de aquel gentío: Allí está la gruta, tal como estaba en los tiempos de Bernardita. Y la fuente. Y aunque dispones de poco tiempo, sacrificas una hora haciendo cola para poder entrar y poner la mano en aquellas piedras que todavía parecen resonar con el mensaje celestial.

La fila interminable de carritos con los enfermos te recuerda que ya va a empezar la procesión. La gente se concentra en la explanada. Suenan los altavoces. Francés, italiano, alemán, español, inglés... Frases del evangelio, jaculatorias, actos de fe, esperanza y caridad suenan en todos los idiomas. Se canta en latín: Alleluia, Laudate Dominum, Adoro te devote. La explanada se ha ido llenando como un estadio en la apertura de los Juegos olímpicos. Pero allí nadie va a competir ni a jugar. No hay otro juego que el del dolor y la esperanza. No hay otra competición sino la de ver quién tiene más fe y, si no logra un milagro, alcanza por lo menos la paz del corazón y el amor para seguir sufriendo. Y así un día y otro día. Siempre así.

Cuando ya de noche atravesamos de nuevo la frontera, Francia, la dulce Francia, ya no tiene otra cara que la de Lourdes. Todo, la montaña, el campo, el río, los pueblos, parecen haberse puesto allí como escenario de la historia más bella jamás contada: "Del cielo ha bajado la Madre de Dios, cantemos el Ave a su Concepción". Ave María.

18

Providencial

—Padre, venga un momento a esta habitación, que lo necesitan —me dijo un enfermero en la Clínica el domingo.

Seguí tras él y entré en la habitación. Sobre una cama estaba un hombre vestido, con zapatos y todo. Muerto. Frío como si hubiera fallecido hacía media hora. Las enfermeras hacían imposibles por reanimarlo. Yo hice lo que la Iglesia determina en esos casos, y salí. Afuera esperaba un hijo de aquel hombre. Le di la noticia.

—¡Pero si estaba abajo hablando con la enfermera y haciendo chistes del fútbol!

Y rompió a llorar.

Yo mismo quedé desconcertado. ¿Es posible que alguien pase así tan de repente de la vida a la muerte? Haciendo chistes de fútbol con la enfermera y lo que tardó en subir nueve pisos en el ascensor bastó para marcar aquella escalofriante frialdad de su cuerpo hecho cadáver.

Los médicos, los cirujanos que operan, cortan, abren nuestro cuerpo y lo cosen otra vez, las enfermeras que están siempre al lado del dolor, adquieren una especie de insensibilidad frente al dolor. Lo mismo ocurre con la muerte. "Murió el 102". Un número. El tercero por la izquierda de la sala 4. Se necesita estar muy sobre sí mismo para no ser víctima de esta despersonalización. Pero se da. La soledad y el desamparo de

la muerte se hacen así más terriblemente dolorosos. ¡Con lo que encierra un hombre de pasión, de inteligencia, de amor, y no poder en esa hora expresarlo de algún modo, una mirada, una mano que se coge con fuerza a la nuestra que ponemos en la suya! Nada. Todo se acabó. Está muerto. No se sabe quién es.

Pienso en ese hombre a quien intenté perdonarle los pecados en la última hora. ¿Tendría ante Dios el mismo buen humor que abajo en el primer piso comentando el partido de Las Palmas? Quiero pensar que sí. Que ese humor no era fingido, sino que hacía de un corazón bueno, un alma en paz, un hombre al que la muerte, aunque se hubiese dado cuenta, no le habría inquietado lo más mínimo. ¿Me engañaré?

Después de todo, me siento un tanto responsable de esa vida, de la que vive ahora allá en la eternidad. Mi encuentro con él, sin cruce de miradas, sin palabras, aislado por el frío de la muerte, me fuerza a pedir por su felicidad eterna. ¡Y con qué fe y esperanza lo hago! ¿Acaso no fue providencial que hubiera un sacerdote en el noveno piso de la Clínica en la tarde del domingo?

19

Por mi culpa

Da risa ver a una persona muy seria caminando por la calle que, de pronto, pega un resbalón y cae al suelo. Todos la hemos visto alguna vez. Y quizá alguien también se ha reído de nosotros, porque "un tropezón cualquiera da en la vida", que decía la canción. Pero nunca falla: el que resbala, enseguida se vuelve y mira a ver qué pudo pisar que patinó. Y hace un gesto como si quisiera justificar su caída, ante sí y ante los demás, como algo inevitable por culpa de alguien que puso allí la cáscara de plátano. Todo antes que pensar en un descuido propio.

La culpa nadie la quiere. Eso está claro. Y, puestos a echar culpas, cuánta gente se rebela, incluso contra Dios, porque no pueden explicar el mal que ven o a ellos mismos les sucede. Si Dios es lo que decimos, ¿cómo es que permite, cómo es que castiga, cómo es que...? Sobre todo pensar en un castigo más allá de esta vida, un castigo sin fin... eso se atraganta, a pesar de ser una verdad muy clara en la revelación cristiana.

En el libro del Deuteronomio leemos unas palabras que nos dan una pista para resolver este dilema. "*Mirad —dice el Señor—: hoy os pongo delante maldición y bendición: la bendición, si escucháis los preceptos del Señor vuestro Dios que yo os mando hoy; la maldición, si no escucháis los preceptos del Señor vuestro Dios y os desviáis del camino que hoy os marco*" (Dt. 11,26).

Muy interesante. ¿Nos damos cuenta? Maldición o bendición: ese es el dilema. Pero el conseguirlo depende de la propia voluntad. Cada uno es responsable de su decisión. El precipicio está ahí. Es inofensivo mientras no me tire en él. Lo más trágico cuando salgamos de esta vida es que, si alguien tiene la desgracia de caer en la muerte eterna, no podrá culpar a nadie. ¡Fue ese, que me empujó! No. Porque quisiste tú. Te tiraste tú.

La vida y la muerte, la bendición y la maldición se abren por igual ante nosotros. ¿Qué hicimos? ¿Tiene Dios la culpa de que por seguir nuestro capricho, haciendo un uso equivocado de nuestra libertad, del don maravilloso de nuestra libertad, torciéramos la dirección?

Los estudiantes, cuando aprueban, dicen: "aprobé". Cuando no aprueban, dicen: "me cargaron". Nunca dicen: "suspéndí". Cuando aprueban sí son ellos los que aprueban. Y cuando no aprueban son otros los causantes del suspenso: "Me cargaron". Bonita manera de eludir una responsabilidad. ¿Por qué no aceptamos por igual el resultado de nuestras decisiones o de nuestra mala voluntad?

Pequeños sacrilegios

La noticia saltó esta mañana a la primera página del periódico como una horrible blasfemia: Sacrilegio en la iglesia parroquial de Lagunetas. Un sagrario apalancado, un copón vaciado de sus hostias consagradas, y un Cristo roto y desprendido de su cruz.

Podemos pensar lo que queramos. Un loco, un maniático, uno que no era loco ni maniático sino muy consciente de su acción y que, por supuesto, no tenía intenciones de robar. ¿Entonces, qué? Esperamos que un hecho tan horrendo se aclare para sacar algunas conclusiones. Pero ahí queda el sagrario profanado como una maldición.

¿Cómo ha reaccionado la gente de la calle? No pienso ahora en los vecinos de Las Lagunetas que se miraban en su iglesia y que ante un hecho semejante tendrán el alma destrozada. Pienso en otros, pienso en nosotros mismos, y me da miedo pensar que ese pecado no sea sino la meta final de una serie de pequeños sacrilegios, de profanaciones al parecer sin importancia, con las que insensiblemente nos vamos como olvidando de la presencia de Dios entre nosotros.

Perdon, Señor, perdón, por esas hostias derramadas. Pero perdón también por la que, al dar la comunión, se ha caído al suelo y la hemos dejado allí hasta más tarde. Perdón por esa lamparilla que ha dejado de alumbrar y esa mirada desorientada del que entra en la iglesia y no sabe dónde estás o si es que estás. Perdón, Señor, por esa genuflexión

que no hicimos al pasar delante del sagrario. Perdón por esas velas torcidas, por esos manteles pringosos y arrugados y esos corporales del todo amarillentos. ¿Tendremos que pedirte perdón también por no ponerte corporales, por dejarte en cualquier sitio al alcance de la mano, por no beber tu sangre en un cáliz consagrado?

El horrible sacrilegio en la iglesia parroquial de Lagunetas busca ahora a un hombre a quien culpar. Habría que hacer una lista interminable con los nombres de todos los que nos descuidamos en cosas tan sagradas que están en contacto con las especies eucarísticas y son el signo sensible de la presencia del Señor. Pequeñas profanaciones. ¿Podrá hablarse de pequeños sacrilegios? ¿Podrá un sacrilegio ser pequeño?

La noticia ha sido como un revulsivo que pone muchas cosas delante de los ojos. Si nosotros mismos vamos perdiendo el sentido de lo sagrado y de lo consagrado, del respeto, del trato especial que exigen ciertas cosas, ¿con qué cara vamos a condenar un sacrilegio que, aunque espectacular, quizá va a ser obra de uno que se sentirá menos responsable que nosotros? (Abril, 1973).

21

La hora del encuentro

Algunos se alarman demasiado ante el hecho de que pueda haber personas que, de tanto mirar hacia arriba, hacia el cielo, y suspirar por él, se olviden de las cosas de este mundo y levanten, como quien dice, los pies de esta dura tierra que pisamos. Es una falsa alarma. Porque de lo que hay peligro realmente es de todo lo contrario: de mirar tanto hacia abajo que nos olvidemos de lo otro, del cielo y la otra vida. ¿Hacemos una encuesta?

No me puedo olvidar de lo que me dijo un día un sacerdote. Era un sacerdote muy anciano. Yo tenía que hablar con él. Lo vi que iba por la calle, apresuré el paso y lo llamé. El se volvió. No puedo describir la expresión que vi en su cara. Era una mezcla de sorpresa y de... no sé, algo así como el que se asoma a una habitación que nunca ha visto, o mira por encima de una tapia a ver qué hay del otro lado. El se dio cuenta de que no había sido normal su reacción y me dijo: "Perdone Vd. — y sonrió—. Es que como yo estoy esperando la llamada, cada vez que oigo mi nombre, me imagino que ya llegó la hora".

No he podido olvidar jamás estas palabras. Aquel sacerdote vivía la esperanza. No solamente la tenía, sino que la vivía. Estaba siempre vigilante, siempre alerta. No como el guardián nocturno que se echa un sueñecito porque no hay nada que hacer, sino siempre con el oído atento, como el que ronda por las calles y capta cualquier ruido sospechoso y comprueba las puertas de las casas si están abiertas o cerradas.

Esta es la actitud del cristiano. Dormido, no, sino despierto. Con los brazos cruzados, no, sino en actividad, trabajando siempre en las cosas de la tierra pero con la mirada en alto, porque sabe muy bien que toda justicia, paz, verdad y amor son ya el Reino de los cielos en la tierra, y sólo son posibles cuando el hombre y Dios están en buenas relaciones.

Entonces sí que la voz de Dios cuando nos llame hará saltar de gozo el alma. Estaremos viviendo de esperanza. Y al oír nuestro propio nombre volveremos la cabeza, como aquel anciano sacerdote, pensando que es la hora del encuentro.

22

Fuego interior

No se puede jugar con el fuego. Los niños, que siempre están enredando, son capaces de provocar un incendio por jugar imprudentemente con el fuego. No hace mucho veía yo desde una ventana a unos chicos jugando en un solar. Al principio no caí en la cuenta bien de lo que hacían. De pronto comprendí. No lo podía creer. Había allí una casa que tenía una puerta ya gastada. Encendían unos fósforos y por una rendija de la puerta los lanzaban dentro, poniéndose a esperar muertos de risa. Habían introducido antes un petardo y ahora querían que estallase. Por lo visto el fósforo no caía encima del petardo como ellos pretendían y por eso lo intentaban una y otra vez con creciente expectación. Y todo así, jugando, como la cosa más simple y natural.

En el peor de los casos, provocado el incendio, cuando los periódicos den cuenta del suceso, dirán: "se desconocen las causas del siniestro.

Se supone que habrá sido un cortocircuito. No se descarta la acción intencionada con fines políticos". Pero la verdad en el caso no pasaba de ser el juego peligroso de unos críos.

Estoy por decir que muchas catástrofes han tenido como causa una imprudencia tonta. Una chispa puede provocar un incendio gigantesco, imposible de parar. Bosques enteros arden los veranos. Provocados o no, todos sabemos que basta una cerilla.

Esas chispas que provocan incendios saltan también dentro de nosotros. ¿No decimos muchas veces que "arde nuestro corazón", que sentimos un "fuego interior" y hablamos del "ardor de la pasión" y de "llamas de amor"? El amor —y todas las pasiones— pueden empezar por una chispa, algo insignificante que, a poco y se le sopla, levanta llama y nos consume.

Al calor del amor o de la pasión se han realizado los actos de heroísmo más inconcebibles, y también se han cometido las acciones más improbables. El hombre llega a perder el control de sus propios actos, se vuelve loco o duplica sus fuerzas y se supera a sí mismo. Todo está en la forma en que use de esa fuerza misteriosa que brota dentro de sí mismo como un volcán que de pronto estalla y lo ilumina todo y lo quema todo y lo destroza todo.

Yo me imagino así, como un volcán, a **San Juan de Dios**, el santo que celebra hoy —8 de marzo— la Iglesia, que llevaba dentro de sí una gran pasión: su amor por los más pobres de este mundo. Lo recordamos rodeado de enfermos, lisiados, locos, apestados, sin miedo al contagio porque aquel fuego que le devoraba parecía hacerlo inmune a todo mal. Han pasado muchos siglos desde que vivió, pero el calor de su vida sigue dando impulso a muchos corazones que han consagrado su existencia a los más necesitados de este mundo. Gente que no teme jugar con el fuego, quemándose con el dolor de los demás. Al fin y al cabo ése era el deseo de Jesús que, según sus palabras, vino "a traer fuego a la tierra". Y "¿qué voy a querer —decía El— sino que arda?"

23

Voltaje emocional

El señor tenía que hablar, por cuestiones de negocios, con un cliente suyo en Liverpool. Y pidió la conferencia telefónica.

—Señorita —dijo a la chica de servicio—, deseo hablar con Liverpool

—Dentro de poco, señor, no va a tener Vd. que pedir línea, porque el servicio con el extranjero será todo automático.

—Ah, ¿sí? Lo siento.

—¿Cómo que lo siente?

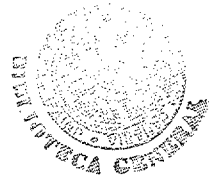
—Sí, porque entonces —dijo el caballero muy galante— no tendré el placer de hablar con una chica como Vd. Aunque más bien debo alegrarme de que Vd. no tenga que volver a soportar a un pesado como yo.

El caballero, dejándose llevar de su galantería, había expresado en una frase dos impulsos espontáneos: el interesado y egoísta (siento no poder hablar ya con Vd.) y el desinteresado y generoso (me alegro de que no tenga ya que soportar a un pesado como yo). El hilo telefónico, mientras se pedía la conferencia a Liverpool, estaba siendo sacudido por una corriente de altísimo voltaje emocional. La tensión tenía que descargarse con algún contacto, porque el hilo telefónico no estaba acostumbrado, me imagino, a palabras tan cargadas de sinceridad y de finura espiritual. Y la descarga se produjo. Era inevitable.

—Mire Vd., señor —dijo la chica—. Gracias a los pesados como Vd. nosotras comemos.

Un rayo no habría destrozado más la centralita telefónica que la voz de la telefonista conduciendo a tierra aquella tensión del caballero. Toda la poesía, toda la galantería, la finura y el valor humano que sacudían el hilo telefónico, se perdieron en la toma de tierra de aquella telefonista que, en su mesa de trabajo, aguantaba por igual a galantes y groseros, a finos y a pesados, porque así tenía asegurados los garbanzos. ¿Comería otra cosa aquella chica que sólo agradecía lo que le entraba en el bolsillo?

No sé si la descarga producida en aquel diálogo hizo imposible la conferencia con el extranjero. Lo que sí sé es que el señor que quería hablar con Liverpool todavía anda hablando solo. Y ya no sabe si es mejor pedir la conferencia, arriesgándose a hacer un nuevo descubrimiento del alma femenina, o marcar unas cifras friamente en su teléfono que, automáticamente, le ponen, sin intermediarios, en el extranjero.



24

¡Maldito!

Desde una guagua, esperando la orden de salida, tuve ocasión de oír una conversación telefónica que sostenía un señor, al aire libre, con alguien de la Patronal, supongo, que escuchaba al otro lado.

He dicho "conversación", pero exactamente habría que decir media conversación. No oía sino a una de las partes. Y, además, dudo ahora de que aquello que llegaba a mis oídos y a todos los que se encontraban en la guagua, pudiera llamarse así, conversación. Las palabras que salían de la boca de aquel hombre no pueden repetirse. Algún lío debió de haber relacionado con los turnos de las guaguas que a aquel hombre lo puso hecho un energúmeno. Y cuando conectó con el responsable empezó a lanzarle a gritos tal cúmulo de insultos, maldiciones y blasfemias que parecía un endemoniado. Cubrió de porquería a la otra persona, nos enteramos por su boca de quién era su madre, o había sido, de sus infidelidades matrimoniales, y hasta Dios fue metido en aquel infierno, mezclado con el nombre del que estaba al otro lado del hilo telefónico, de su madre y de toda aquella mierda.

Junto a él había un grupo, compañeros, que empezaron por reirse, pero luego se miraban como llenos de vergüenza, dándole la espalda como si quisieran expresar que no se sentían responsables de aquella situación.

Por fin salió la guagua, librándonos de aquella angustia. Pero aun llegaba hasta nosotros la voz de aquel hombre que gritaba: "¡Maldito, eres un maldito! ¡Maldito!"

Fue como una pesadilla. Y, ahora, analizando la causa de ese enfado, que desconocemos, ¿qué encontramos? ¿Es posible que un error de cálculo, una espera demasiado prolongada, un turno equivocado, pueda despertar tales sentimientos de odio y de rencor?

Lo más triste es pensar que esos sentimientos así no se improvisan. Un vocabulario de tal calibre no se inventa sobre la marcha apresuradamente. Ahí hay un fallo muy hondo en ese corazón y una práctica constante de la maldición. Quizá diga luego que "no sabía lo que decía", pero lo cierto es que al otro lado del teléfono, si la voz llegó, se cortó una relación, una amistad, que será muy difícil reconstruir. Y esto es más grave que dejarse llevar de un impulso pasional del que uno, más tarde o más temprano, puede recobrase.

Jesús nos recuerda en el Evangelio que las palabras injuriosas pueden compararse a un crimen. Se puede matar con la lengua. Y llamar a un hermano ciertas cosas, con mala voluntad, "*merece la condena del fuego*" (Mt. 5,22). Palabra de Dios.

25

Adios, Pildain

Durante mucho tiempo estaremos recordando con emoción las horas vividas en la Catedral, junto al cuerpo inerte de Mons. Pildain. Mientras vivió parece que su misma existencia era un freno que nos mantenía a raya, que ahogaba todo sentimiento y toda manifestación de afecto a su persona. Pero ese freno se rompió. Su muerte fue como un dique que revienta y todo el cariño y la admiración y la devoción que sentíamos por él se desbordó de pronto como una catarata de forma incontenible. No se ha hablado de otra cosa estos días en la ciudad. Todos tenían algo que decir de nuestro Obispo. Todos habían sido testigos de sus actos, habían oído sus palabras, le debían... "Mire, padre — me decía un hombre anoche, enseñándome su brazo mutilado —, todo lo que tengo hoy se lo debo a ese Obispo que me ayudó cuando me ví en necesidad".

La isla entera podemos decir que pasó por nuestra Catedral a verle por última vez. Unos traían flores. Otros se las llevaban. El mismo afecto que le traía las flores se las quitaba para guardarlas como un recuerdo, tal vez como reliquia pensando con fe en posibles milagros.

• Pero ahí está el milagro de su vida. Viendo su rostro inmóvil, con el frío de la muerte, nos damos cuenta de hasta qué punto el espíritu modela nuestra carne. Aquel era el rostro de Pildain, es decir, del hombre que supo siempre la razón de su vida, el hombre seguro de sí mismo, porque no se apoyaba en sí mismo sino en la roca firme de la verdad.

Con su mitra, sin hacer un solo gesto, tenía el mismo semblante de cuando — como él decía — se “sentía Obispo”, con la verdad por delante, investido de toda la fuerza de su autoridad, no venida de los hombres sino de Dios.

Así fue toda su vida. Los defectos — que los tuvo como todo hombre — en él fueron sólo unos trazos de este mismo dibujo más cargados, colores más intensos, haber apretado el lápiz demasiado. Pero sin perder nunca el contorno definido de su propia figura.

Allí descansa ahora en su amada catedral. No le faltó nada al que lo dejó todo. Lejos de su tierra, sin familia, despojado por fidelidad a la Iglesia de su poder episcopal, murió, después de unos años de vida en soledad, en esta tierra a la que vino, hace 36 años, solo y confiando en la bondad de los canarios que ahora han sabido devolverle sin freno el amor con que los quiso.

Ha muerto Pildain. Estaremos durante mucho tiempo recordando su paso anoche en hombros de sus sacerdotes por las naves de la Catedral, mientras sonaba en el órgano su música preferida. Se ha ido pero nos ha dejado la seguridad y el gozo de la verdad (Mayo, 1973).

26

Ropa comestible

El organismo humano está tan bien construido que, a veces, él sólo se repara. Cuando falla una función, hay otra que la suple. En muchos casos los órganos son dobles por si alguno se estropea. Todos sabemos de personas que sólo tienen un riñón. Y no les va del todo mal. A otros les cortan el estómago y se lo reducen de tamaño. Y aunque ya no pueden pensar en tres platos de comida, postre, café y copa, viven estupendamente comiendo poquito cada vez.

Lo que el organismo hace, diríamos que por inercia vital, al haber sido concebido y realizado de manera tan perfecta, puede el hombre superarlo a fuerza de imaginación. ¿No leyeron la noticia? Unos naufragos, perdidos durante más de un mes en el océano, sobrevivieron, aunque no tenían alimentos, porque se comieron la ropa que llevaban puesta. Si no fuera la suya una situación desesperada, tendríamos que reír. Hasta ahora sabíamos que, en cuanto a funcionales, nada había como los vestidos de papel. Cada día se estrena uno y el usado se echa a la papeletera. Pero ni pensar que pudieran hacerse en el futuro vestidos comestibles, vestidos cargados de ricas vitaminas, proteínas e hidratos de carbono, para un caso de emergencia. No, la ropa que los naufragos de la noticia tenían puesta no había sido pensada para un caso así. Era la corriente, de lana o de fibra artificial. Pero quizá el hambre espantosa que tuvieron y que les hizo comer sus propios pantalones dé una pista a los fabricantes de tejidos para hacer unas telas algo más apetitosas:

chaquetas con fibra riquísima de coco, pantalones con tejido adiposo de ternera, faldas de color y gusto a chocolate... El color naranja, limón, canela y café con leche podría tener, al mismo tiempo, el gusto de tales alimentos. Y no sólo el gusto, sino las cualidades nutritivas. Entonces estaríamos de veras preparados para resistir el hambre en un caso extremo. Claro que, a medida que nos fuéramos comiendo la camisa, mataríamos el hambre pero iríamos muriéndonos de frío. Y ¿qué sería peor? Eso sin contar con que, si el naufragio nos sorprendiera en el verano con la ropa que llevamos puesta, unos pantaloncitos insignificantes o el minúsculo bikini... apenas tendríamos para un bocadillo.

27

¡Qué bueno era!

San José — 19 de marzo — es un santo del que sabemos sólo unas pocas cosas que nos cuenta el Evangelio. Pero el Evangelio dice una que las resume todas y vale por todas: "José —dice— era un hombre bueno".

Gente buena hay mucha por ahí. "¡Qué bueno es D. José, qué bueno es Pepito, qué buena es Doña Josefa!". Pero eso lo dices tú y lo digo yo y no pasa de ser una opinión muy personal. Más de una vez estas afirmaciones con que calificamos a las personas resultan un poco aventuradas. Andando el tiempo surge un mal entendido, nos enteramos de otras cosas que apenas sospechábamos y nos llevamos la gran desilusión. "Y yo que creía que era un hombre honrado. No me imaginaba que D. José pudiera hacer tal cosa. ¿Y Pepita? ¿Quién lo iba a suponer?"

En resumen, que los juicios humanos son siempre limitados. Nos podemos engañar. No conocemos nunca a fondo el corazón de las personas. Pero cuando Dios dice: "José es un hombre bueno" —el Evangelio es Palabra de Dios—, ah, entonces tenemos casi que ponernos de rodillas, porque ese José tiene que ser una verdadera maravilla. Dios que conoce los pensamientos, los deseos, los rincones más ocultos del espíritu, es el único que no puede engañarse a la hora de juzgar. Y tampoco nos engaña.

José —San José—, el esposo de María, era un hombre bueno. Quizás su vida, a los ojos de la gente, no pasó de ser la vida corriente y vulgar de un hombre de pueblo que tiene su trabajo que le garantiza la comida pero no le permite hacer ahorros, y que con la familia anda siempre con problemas. "Fíjense Vds. el pobre José, el carpintero, el esposo de María, tener que ir ahora a Belén para empadronarse. Y ahora que la pobre espera un niño". Y después: "¿Dicen que el Rey Herodes mandó matar todos los niños nacidos en Belén? Pobre José. Le cogió allí esa escabechina y no sabemos cómo habrá podido escapar". Y así toda la vida. Corre para un lado, corre para otro, salvando la honra de María con su matrimonio, defendiendo al Niño y trabajando por los dos y para los dos. Alegrías, muchas. Pero penas, ¿quién las podría contar?

Y cuando le llegaba ya la hora del descanso, cuando ya se iba a jubilar, porque Jesús era un hombre fuerte que podía trabajar, José se muere. Para él el Club de Jubilados fue el mismísimo Cielo. La vida para trabajar y la muerte para descansar. ¡Qué bueno era!

A ver si a todos los Josés y Josefás que hoy celebran su onomástica —y felicitamos de corazón— se les pega algo de esta bondad de San José, viviendo los dolores y gozos de esta vida al ritmo exacto de la voluntad de Dios.

Valores intocables

Hay temas que se alargan o se acortan según las ganas de hablar que tenga el que discute. Si éste tiene aguante, ya puedes ponerle un argumento irrefutable, que te lo refutará. Más que la fuerza de la idea, lo que cuenta es la saliva. ¿Queda saliva para discutir? Pues seguiremos discutiendo. Y no hay manera de entenderse.

Uno de los temas para discutir a fuerza de saliva es el de las riquezas de la Iglesia. Y, entre nosotros, el del camarín de la Virgen en Teror. Son pocos los que distinguen entre el valor real, aprovechable, de un objeto y su valor histórico, simbólico o sagrado, que no puede enajenarse ni venderse. Y es curioso que sólo se atraganten, pensando en posibles inversiones de ayuda social, las riquezas del patrimonio de la Iglesia, que son tan históricas y simbólicas como las de cualquier museo o casa particular.

Pero hay más. Estuve no hace mucho en el camarín de la Virgen en Teror.

—Mire Vd. —me dijeron—, ¿ve este manto? —y me señalaban el que lucía entonces la imagen de la Virgen—. Este manto se lo hemos puesto a la imagen de la Virgen hace tres días, nada más. Y en tres días solamente vea Vd. los objetos que la gente le ha colgado.

Efectivamente, el manto tenía prendidos varios anillos, cadenitas, una pulsera, unos pendientes... Lo de siempre.

— Bueno — observé —, ¿y Vds. no le dicen a la gente que, vamos, que es mejor que inviertan esa joya en otra cosa que reporte alguna utilidad a alguien, en nombre de la Virgen?

— Verá Vd. Algunas de estas joyas son anónimas. La gente viene y deja eso aquí y nunca se sabe quién lo puso. Otras sí se sabe. Y les decimos simplemente: “¿Tienen Vds. alguna dificultad en que la parroquia dispusiera de esa joya en alguna necesidad que no pudiera resolverse de otra forma?” Y nos dicen: “Ah, nosotros ya hemos cumplido con la Virgen. Pueden hacer de ella lo que gusten”. Y muchos ni siquiera dejan su dirección porque dan de antemano su consentimiento.

Y uno oye esto y no puede menos de pensar en la saliva que se gasta inútilmente en discusiones. ¿Qué resuelve un anillo, qué cuenta una pulsera o qué soluciona un juego de pendientes? ¿Pero es que valen algo comparado con el valor inapreciable de ser el don de un alma agradecida, que lo ofrece y, aunque lo quisiera ver siempre allí prendido del manto de la imagen de María, acepta de antemano cualquier uso que, a los ojos de la Virgen, pudiera ser más necesario?

Un objeto así no tiene precio. Yo diría que es intocable, por mucho que discutan los que no sólo no comprenden que pueda haber una relación de carácter personal entre nosotros y la Virgen, sino que ni siquiera se desprenden de sus joyas, ellos, para ayudar a los demás.

29

Más voltaje

En otros tiempos, todavía cercanos, en que no había luz eléctrica en los pueblos, las noches del invierno se hacían interminables. Desde media tarde se ponía el sol y las horas se pasaban a la luz de una vela o de un candil. La triste vela se derretía allí sobre la mesa, cada vez más mortecina. Cuando la familia se sentaba al fin para cenar e irse a la cama, entonces la vela se ponía sobre el cacharro del gofio o sobre el celemín, que era un recipiente cuadrado de madera para medir el grano. La vela así, más alta, daba mejor luz, y las sombras de los sentados a la mesa se proyectaban como gigantes sobre las paredes de la casa.

Qué tiempos aquéllos. Hoy nadie se acuerda de la triste vela —si no es cuando hay un apagón en la Central Eléctrica—. Pero esa vela sobre el celemín ha quedado inmortalizada en el Evangelio, que es Palabra de Vida, como un recuerdo de lo que somos y debemos hacer como cristianos. No sé qué comparación habría usado hoy el Señor en estos tiempos de los focos y los rayos láser. Pero El hablaba a la gente de su tiempo cuando aún no había electricidad. *“No se enciende una vela —decía Jesús— para meterla debajo del celemín, sino para ponerla en el candelero y que alumbré a todos los de casa” (Mt. 5, 15).*

Pues eso mismo fue lo que hizo El. Dios es la Luz. Y ¿no vino de los cielos a la tierra a iluminar el mundo? La Luz de Dios brilló entre nosotros. Y así como de una vela encendida se enciende otra y otra y otra... así también los cristianos tenemos que arder con el contacto

de esa Luz que nos vino de lo alto. Y, una vez encendidos, iluminados por la Palabra de Dios y, yo diría que ardiendo por el fuego del Espíritu Santo, no esconder la Luz, sino ponerla muy alto para que el mundo vea algo divino en nuestra vida.

Acomodemos la imagen a los tiempos que vivimos. Hoy una vela apenas hace nada. Hace falta una buena pantalla, con muchos brazos. O unos buenos focos de muchísimos watio para romper las tinieblas que nos rodean. Todo está en no desconectarnos de la fuente de la Luz, que tiene voltajes infinitos. ¡Qué hermoso entonces sería el mundo, algo así como esas calles que en ciertas fechas se llenan de bombillos y parecen otras. Hay cristianos en el mundo capaces de hacer que el mundo parezca otra cosa. Pero, no sé. Es como si estuviéramos todos fundidos y apagados. ¿No es hora ya de poner fusibles nuevos a la vida y deslumbrar a los demás con la Luz de la Verdad?

30

A media luz

El eclipse de sol, por muy “del siglo” que se lo anunciara, defraudó. Y aun más interesante que observar el sol directamente, era el mirar para los que se atrevían a mirar. ¡Cuidado que era difícil ver el sol! Toda la vida disfrutando de su luz y, cuando queremos ver su cara, no hay quien lo resista. Dos pares de gafas no servían. Un cristal pintado, nada. Vimos a una señora con un plato de duralex delante de los ojos completamente desilusionada. Otros sacaron viejas radiografías que conservaban de alguna fractura en la cadera y lo único que vieron fue la sombra de los huesos. Uno que vio algo había usado 15 clichés de fotos

superpuestas. En fin, mucho empeño y poco resultado. "Eclipses, los de mi tiempo", decía uno con aire superior. Y, como afirmaba un entendido días antes, la mejor manera de ver un eclipse era esperar a ver las fotos de los especialistas en fotografía. Y así ha sido. Hoy nos brinda el periódico una foto de eclipse con gaviota que merece una medalla.

Pero ¿qué es lo que todos deseábamos el sábado pasado? Nuestra ilusión era que el sol se oscureciera, que se hiciera de noche en pleno día, que cantaran los gallos a las diez de la mañana y los automóviles encendieran sus luces de ciudad. Como quien dice, una catástrofe. Siendo un eclipse, carecía de importancia. ¿Era un eclipse? Pues que lo fuera de verdad. Eclipse-eclipse. Como café-café. Eclipse a media luz no nos convence.

Si nosotros aceptáramos ciertas cosas que consideramos malas por anticipado, de seguro que no nos causarían tanto dolor. Si el eclipse es oscuridad, ¿por qué voy a alarmarme si se hace de noche en pleno día? Es lo normal. Si el tren hace inevitablemente mucho ruido, la sorpresa vendrá si no lo hace. ¿Por qué entonces ponerme nervioso y no dormir? Quien duerme en el tren, acepta el ruido por adelantado. Y ni se entera. Y si hablamos de dolor... "Con Vd. —decía un dentista a su paciente—, con Vd. da gusto trabajar. ¿Es que no le duele?" "Hombre, yo ya cuento con eso y no me extraña", le contestó. Y estoy seguro de que a ese hombre le dolía mucho menos la extracción de una muela que el que se echa a temblar desde que el dentista le pone los dedos en la boca.

Contemos pues con el eclipse. Todos tenemos nuestro eclipse. Pero ¿qué pretendemos? ¿Que haya eclipse y luzca el sol? No. Las cosas hay que aceptarlas como son. El parto sin dolor es algo muy posible. Pero sólo para aquellas mujeres que no luchan contra el dolor, sino que aceptan su maternidad como la cosa más sencilla y natural. Como quedarse a media luz en pleno día si hay eclipse. ¿Una catástrofe? Ni hablar. Algo maravilloso (Julio, 1973).

31

Desgranada

La Televisión, con la atención que requiere del televidente, nos puede ocasionar una gran pérdida de tiempo, esperando un buen programa o lo bueno del programa. Pero a veces, inesperadamente, surge una imagen que compensa el tiempo que llevábamos delante de la pantalla dando cabezadas.

Y ya está. No hace falta ver más. Podríamos apagar la tele porque ya tenemos materia suficiente para muchos días. Recuerdo ahora una de esas imágenes bellas que valen más que mil palabras. En un cuidado reportaje sobre Barcelona apareció de pronto la imagen de un matrimonio ya mayor, en una casa de campo, desgranando millo. El hombre tenía en la mano dos piñas — carosos — y frotaba la una con la otra para desprender los granos. El millo caía al suelo donde se iba formando un montoncito. La mujer, sentada al lado, tenía en sus manos el rosario. Al ritmo que caían los granos en el suelo, ella pasaba las cuentas del rosario y los dos desgranaban las ave María. Era un contrapunto emocionante de la melodía del trabajo con la de la oración. Cuentas de millo y cuentas del rosario. Nadie podría trazar allí la raya divisoria. El contrapunto fundía en un solo canto las notas de una y otra melodía.

La imagen evocó con fuerza esa misma escena que uno vio de pequeño en nuestros campos. Aquellas noches de desgranadas de millo jamás se pueden olvidar. Y la oración surgía espontánea. Había tiempo para reír, para charlar, para cantar y para rezar. Y mientras el rosario

no se desgranase como una piña más, faltaba algo en aquella reunión. El millo iba subiendo y casi llegaba a enterrar a las personas que, sentadas en el suelo, tenían que cambiar de posición. Era la cosecha del año. Una cosecha que quizá se había sembrado rosario en mano y ahora se recogía también rosario en mano. Oración de súplica y acción de gracias.

¿Quedará todavía algo de esto por aquí? La imagen de la Televisión no creo que sea totalmente retrospectiva, una imagen de archivo que enfoca tiempos pasados. No. Pero sí me parece que va siendo muy difícil encontrar estas escenas donde lo natural y lo sobrenatural se fundían tan bellamente en la vida ordinaria de nuestras familias campesinas.

32 Streaking

El nudismo o desnudismo es hoy cosa tan corriente que no merece un comentario. Pero hace veinte años, más o menos, desnudarse y salir corriendo por la calle en cueros vivos merecía la primera plana del periódico. Era una forma de protesta, el "streaking", y mereció entonces la atención de los sociólogos, los filósofos, los moralistas y los humoristas —aunque la cosa iba en serio—. Los dibujantes inundaron los periódicos y revistas con chistes gráficos sobre esa forma de protesta tan original.

Lo que quizás muchos no sepan es que en el Evangelio tenemos también un caso así. Hay un caso de "streaking" en el Evangelio. Lo podemos comprobar leyendo el Evangelio de San Marcos (Mc. 14,51). Que dice así: *"Un joven, llevando sólo una sábana sobre el cuerpo, iba*

siguiéndolo. Ellos le echaron mano, pero él, dejando la sábana, se escapó desnudo". ¿Qué tal?

Bueno, la diferencia está en que este caso —el del Evangelio— no fue ciertamente voluntario, fue obligado por las circunstancias. Pero por lo demás cumple las reglas del más perfecto "streaking" que tanto dio que hablar. Y no quisiera levantar la liebre, pero, como con toda probabilidad el chico aquel que salió corriendo así en el Huerto de los Olivos fue el mismo evangelista que lo cuenta —Marcos—, quizás no falte quien vaya ahora a invocar el patrocinio de San Marcos para justificar esa falta de pudor. Pues ¿no hay quien invoca a San Pascual Bailón para justificar los bailes? Si lo hacen por lo de "bailón", están equivocados, porque Bailón es apellido de familia.

Pero **San Marcos** —25 de abril— no corrió desnudo ni por exhibicionismo de mal gusto ni por una apuesta ni para protestar. Si de algo protestó fue de que le tirasen de la sábana y tuviera que correr así con peligro de coger un resfriado. No fue un desnudo voluntario. Lo que él quería era ver de cerca lo que estaba sucediendo en el huerto de su casa. Y lo consiguió. Así nos pudo contar luego —como un avisado reportero— el prendimiento de Jesús aquella noche, después de su agonía de dolor.

Nadie como él nos ha contado más sencillamente y con el más perfecto realismo los hechos de la vida de Jesús, con palabras espontáneas, reproduciendo los sonidos arameos de la lengua de Jesús, con datos gráficos propios de un testigo ocular o de habérselos oído al mismo Pedro —que le llama "su hijo querido"—, a quien acompañó y a quien le oyó contar muchas de las cosas que luego nos transmite en su Evangelio. Vamos a darle gracias hoy a él, que fue el primer nudista obligado por ver de cerca el prendimiento de Jesús.

33 Inconfundible

Hay gente muy habilidosa para imitar a las personas. Si son buenos dibujantes te hacen una caricatura en un dos por tres. La vemos y decimos: "Es Fulano clavado. El mismo. Fíjate en la nariz". Otros no dibujan, pero hablando los confundiríamos con las personas que imitan. Y otros imitan con el gesto. Han captado la actitud característica de la persona y les basta un simple movimiento para saber de quién se trata.

Recuerdo el éxito de uno de mis compañeros que subió un día, en una pequeña fiesta de estudiantes, a una tarima a imitar a uno de nosotros. No hizo sino llevarse la mano a la nariz, cerca del ojo, y contraer los labios hacia abajo, para que todos estalláramos en aplausos gritando: "¡Fulano!" Lo curioso es que hasta aquel momento nadie había pensado que ese simple gesto pudiera definir a una persona. El, sí. El lo había captado y lo había sabido aprovechar.

No hace mucho estaba yo en el último banco de una iglesia, de rodillas. Un señor entró y se puso de rodillas junto a mí. Instantáneamente me vino al pensamiento el recuerdo de alguien a quien no veía desde hacía muchos años, más de veinte. Sentí unos deseos enormes de volver la cabeza y comprobarlo, pero me contuve. Porque, si es —pensé—, él también me va a reconocer y no es éste el sitio para saludarnos. Sobre todo porque un saludo después de veinte y tantos años no se puede quedar en una sonrisita de cumplido. Así que lo que hice fue hundir

la cabeza entre las manos para pasar inadvertido. Cuando aquel señor salió, me levanté y salí tras él. Efectivamente, era él. Sorpresa. Abrazos. Risas. Preguntas y respuestas. Un encuentro de esos que le hacen perder a uno veinte años en sólo unos segundos.

Pero ¿cómo es que el sólo arrodillarse junto a mí bastó para traerme su recuerdo? ¡Ah!, es que aquella forma suya de ponerse de rodillas —lo comprendo ahora— era inconfundible. Ese simple gesto lo podría retratar. Después de veinte años seguía guardando el mismo ritmo de los movimientos, juntando las manos de la misma forma, apoyándolas apenas en el reclinatorio y manteniendo el cuerpo erguido y tan inmóvil con la vista fija en el sagrario, que se diría que ni respiraba. Inconfundible.

Ahora pienso que en aquellos tiempos también me impresionaba esa forma suya de estar en la iglesia ante el altar. Y que incluso hice muchas veces el propósito de imitarlo. Sin embargo, yo podía reconocerlo a él porque seguía fiel a ese dominio de todos sus movimientos. Y eso lo retrataba de forma inconfundible. ¿Y él, a mí? Quizás por otra cosa, pero, desgraciadamente, no creo que mi forma de ponerme de rodillas le impresionase demasiado...

El mal y el bien

Que las cosas están mal es lo que digo yo y dices tú y decimos todos cada vez y nos vemos y charlamos. ¡Cómo está el mundo! ¿A dónde vamos a llegar? Y, efectivamente, a dondequiera que uno mire, la familia, los hijos, la educación, la sanidad, la seguridad ciudadana, la política..., todo parece estar patas arriba.

Sin embargo, a mí me agrada comprobar que la gente es sensible, que se da cuenta de lo que está mal y podría estar mejor. Me agrada porque eso es lo típico del hombre, el sentido del mal. Un animalito se deja llevar por sus instintos y no se hace problema de las cosas. Cuando quiere come y cuando quiere mata o duerme a pierna suelta. Un hombre se deja llevar de sus instintos y no siempre podrá estar satisfecho. "Me he pasado, he bebido demasiado, he sido un sinvergüenza". Y es que tiene una luz interior que se pone verde o roja, que aprueba o desaprueba lo que hace. Y sólo porque existe esa luz tienen sentido palabras como sinvergüenza, cobarde, adúltero, embustero, asesino, hipócrita y ladrón. Palabras que en todos los pueblos designan una conducta mala.

Pero, ¿por qué es malo mentir? ¿Por qué es malo robar? ¿Por qué es malo asesinar? ¿Por qué es malo ser infiel?

Alguien dirá que eso lo prohíben los Mandamientos de la Ley de Dios. Y es verdad. Pero antes de que Dios le diera a Moisés las Tablas de

la Ley —si seguimos literalmente el relato de la Biblia—, esas cosas ¿eran buenas? Los que no acepten la historia de la Biblia, ¿pueden hacer todo eso como una cosa buena? El que no sabe los Mandamientos de la Ley de Dios ¿puede robar y mentir y asesinar y quitarle a otro la mujer?

Yo no he encontrado a nadie que acepte una cosa así. Son cosas malas, y malas en todo tiempo y lugar. Y si son malas no es porque estén prohibidas, sino que están prohibidas por ser malas. Algo así como una señal: carretera peligrosa. No es peligrosa la carretera porque esté la señal. Si así fuera, quitábamos el cartelito y a correr. No. Es al revés: el cartelito está porque la carretera es peligrosa.

La religión, por lo tanto —y hablo ahora de nuestra religión cristiana—, no te hace malas las cosas, ni te las prohíbe a tí y a otros no, sino que te pone las señales de lo que ni tú ni nadie jamás debes hacer. ¿Por qué? Porque si lo haces te destruyes a tí mismo o destruyes a los demás. Y no hay más.

Qué bien suenan las palabras de Jesús en el Sermón de la Montaña: *"Dichosos los pobres en el espíritu..." (Mt. 5,3)*. Es la voz del bien frente al mal. La justicia frente a la injusticia. La pobreza frente a la avaricia y el derroche. La misericordia frente a la indiferencia y el desprecio. El dolor frente al ansia de placer. El corazón limpio frente a la inmoralidad y deshonestidad. Y la paz y la mansedumbre frente a toda forma de violencia. Esta es la luz verde, éste es el bien, ésto es lo que construye al hombre, lo desarrolla y lo hace feliz. Y, sobre todo, esto es, en nuestra fe cristiana, lo que nos dará posesión del Reino de los Cielos.

35

1924-1974

50 años, medio siglo, son en la vida de un hombre muchos años. Pero cuando no son 50 años simplemente por la edad, sino de ejercicio de una profesión, o de casado o de vida religiosa, la persona que los cumple merece un homenaje. A una larga vida se añade un testimonio de fidelidad. ¿Cartero? 50 años repartiendo cartas. Ha sido fiel a su trabajo. Ha cumplido. No ha estado de un lado para otro buscando mejorar de situación. ¿Casado? 50 años viviendo día y noche con su mujer, su única mujer. En los días buenos y en los días malos, en la salud y en la enfermedad, como prometió el día de su boda. ¿Sacerdote? 50 años célibe, sin mujer y sin hijos de la carne, consagrado a Dios y repartiendo su amor y su perdón.

Bodas de Oro. Hoy las celebra, de su sacerdocio, D. Mariano Hernández. Una pequeña fiesta, una Misa solemne, con la misma emoción de la primera, a pesar de haber celebrado lo menos 30.000. Y un encuentro fraternal con los hermanos, los más o menos de su tiempo que recuerdan aquellos años veinte, y los más nuevos que aún no habíamos nacido en aquellas fechas prehistóricas.

Una fecha para felicitar de todo corazón. Porque ha sido fiel. Es lo que más sorprende en una fecha así. Y es el brillo de oro de esta fiesta. Otros se han cansado. Otros han mascado el amargor de su propia desilusión y se han marchado. Dejaron olvidadas sus promesas a poco más de un año. Este ha sido fiel. Y en un mundo tan voluble, donde

los matrimonios se contraen y se dilatan hasta desintegrarse en muy pocos años, quizá meses, y donde el hombre con el ansia de subir de nivel deja sus propias aficiones, su propia vocación, por buscarse otros empleos más rentables, y los sacerdotes y los religiosos y las religiosas ahogan la voz de sus promesas y se largan como defraudados de Dios, este hermano nuestro ha sido fiel. No ha coronado aún la última montaña de la vida, que sólo la muerte la podrá escalar. Pero la cota que ha alcanzado —50 años, medio siglo— es para caer emocionado de rodillas, dando gracias a Dios que, en sus debilidades lo ha mantenido fiel. Y yo me imagino que con el corazón siempre joven como aquel solemne día de junio del año 24, cuando por primera vez subió las gradas del altar para ofrecer el Santo Sacrificio.

Nos da vértigo imaginarnos en tamaña altura. Y uniéndonos al gozo del hermano sacerdote, le pedimos a Dios que, sea cual fuere la altura donde la muerte nos sorprenda, nos encuentre viviendo ilusionados el amor que le prometimos el día de nuestra consagración sacerdotal (Junio, 1974).

36

¿A papá o a mamá?

—Niño, ¿a quieres tú más, a papá o a mamá?

Las personas mayores recordarán esta pregunta inoportuna que aquella señora, de visita, les hacía cuando niños, y precisamente delante de papá y mamá. Yo también la recuerdo. Y recuerdo que sentía una aversión instintiva contra aquella mujer que me obligaba a declarar mis preferencias afectivas. No faltaba quien, ante nuestro silencio —porque quiero pensar que Vds. como yo tampoco abrían la boca— decía: “Bueno, él quiere a los dos igual, ¿verdad?” Y zanjaba la cuestión. Pero la cara de desencanto de la señora preguntona ya no la podíamos olvidar.

No sé si todavía se le pregunta a los niños esas cosas. Vamos a suponer que sí. ¿Qué pasaría si el niño respondiera que quiere más a su mamá?

No hay padre que aunque echara a la broma la respuesta de su niño no se sienta herido en lo más hondo de sus sentimientos paternos. Y yo me pregunto si en algunas familias no sería ese el resultado doloroso de una encuesta de ese tipo entre los hijos. ¿Qué es el padre en el hogar? ¿Cuándo pueden ver los hijos a su padre, si cuando él llega a casa ya están dormidos, o se pasa fuera de casa la semana? ¿Cuándo juegan con él? Y si la madre, abrumada en la casa con sus molestas travesuras, les llega a decir: “Cuando venga papá verás la paliza que

te da", y alguna vez se atreve a hacerlo, entonces me parece que los niños no van a tener que esperar por la pregunta. Sin que nadie les pregunte lo dirán.

El domingo es un buen día para compensar de algún modo esa ausencia afectiva del padre en el hogar. En circunstancias normales, el padre para un niño es el hombre mejor del mundo, el más fuerte, el que más sabe, el que más tiene. ¡Cómo discuten los niños hablando de su padre: el mío... y el mío... pues el mío... si tú vieras el mío!

¿Habrà algún niño que, oyendo hablar de su padre a su amiguito, tenga que preguntar: ¿Un padre? ¿Eso qué es?

37

Cantado y bailado

¿Quién no ha cantado y bailado aquello de "Santo Domingo de la Calzada, llévame a misa de madrugada"? No sé por qué esa letrilla ha llegado a ser un aire típico canario. Lo cierto es que a ese santo natural de Calahorra, lo tenemos cantado y bailado desde que nacemos. Quizá no vayamos a misa de madrugada, ni de la mano del santo... Pero olvidemos eso y recordemos que **Santo Domingo de la Calzada** —12 de mayo— quería facilitarles a los peregrinos el acceso a su ermita y, para ello, hizo una calzada un poco más decente que el camino tal vez poniendo unas piedras que garantizaran el firme en el invierno.

Y nada más. Yo al menos no sé más. Pero me parece suficiente. No sabía Santo Domingo que después de ocho siglos su nombre estaría unido al de aquel camino, que habría allí una catedral gemela de la

de Calahorra y que nosotros hoy lo estaríamos recordando. Y parece mentira, pero este santo, allá en su siglo XII, nos puede enseñar mucho a nosotros los hombres de la técnica del siglo XX. Con su esfuerzo empedrando aquel camino nos recuerda que ésa es la labor que Dios le ha encomendado a todo hombre: transformar la tierra. Nos quejamos a veces de los destrozos del paisaje, y es verdad. Se cometen muchos atentados al paisaje. Pero ¡qué maravillas no hace el hombre también cuando se lo propone, convirtiendo en jardines los desiertos! Hay obras que son no sólo un derroche de técnica y de ingenio, sino de arte y de imaginación que multiplica las mismas posibilidades de la naturaleza para nuestro goce.

Sin embargo, el trabajo de este santo no fue una obra puramente estética. Quizás de bello, lo que se dice bello, no tendría mucho aquel camino. Pero sí que era necesario. Quería hacerle un servicio a los demás, facilitarles una comunicación que sin él se les hacía poco menos que imposible. Con esto, su trabajo estaba plenamente justificado. Y me imagino que hoy cualquier trabajo debería posponerse a las obras que son realmente necesarias para ayudar a los demás. ¿Qué hace un hotel de 5 estrellas o un Parador en la montaña cuando abajo, detrás de la montaña, viven y mueren pueblos incomunicados? ¿Qué es primero? La calzada de Santo Domingo está poniendo rojas de vergüenza muchas obras — todo lo artísticas que se quiera — pero que se levantan sobre el egoísmo o el afán de lucro de los particulares como un insulto a la necesidad vital de gente muy cercana.

Pero donde este santo nos da el golpe de gracia es en el fin de su calzada: un camino para llegar hasta la ermita, un camino hasta Dios. Nosotros transformamos el mundo queriendo hacer de él un paraíso y cortamos toda referencia a Dios. Vivir mejor, esa es la cuestión. No importa cómo ni a costa de qué o de quién. Nadie cree ya en el desinterés de una obra social, sino en el negocio y en los que se forran a su costa. Y de ese modo jamás nuestras obras, ni las más pretenciosamente caritativas, nos llevarán a Dios.

¿Verdad que Santo Domingo de la Calzada —llévame a misa de madrugada— es un santo para algo más que para cantarlo y bailarlo?

38

Lío de perros

Tengo un amigo cazador. Se pasa la mitad del año soñando con las cacerías y desde agosto hasta noviembre dando tiros y corriendo tras de los conejos. Como todo cazador tiene unos perros y se mira en ellos. No los tiene en su casa porque alborotan demasiado, pero sí los tiene no muy lejos, a la orilla de la carretera que atraviesa el pueblo, bien atados, porque se le pueden soltar y cualquier coche acabaría con ellos.

Imagínense la sorpresa de mi amigo cuando un día se encuentra sin los perros. Y después de investigar se entera de que unos extranjeros los habían entregado por su cuenta a la Sociedad Protectora de Animales. Hace la oportuna reclamación, justificando con papeles en la mano que es el dueño, y no consigue nada. Junto con los perros, la dicha Sociedad ha recibido cartas desde el extranjero y de los altos Organismos que no le permiten entregar de nuevo los animalitos a su dueño, porque su dueño — dicen — es una persona indigna que tiene a los animales muertos de hambre y sed, y viviendo a la intemperie. Y para confirmarlo enseña unas fotos de los perros, en color, que tanto pueden ser de unos perros hambrientos como de unos perros después de haber lamido el plato. Y en cuanto a la intemperie, el cielo no se ve. Y la cadena, si acaso prueba algo, es que no se trata de perros vagabundos.

La historia se va poniendo clara. Unos extranjeros que viven en unos muy lujosos apartamentos del contorno pasan por aquel camino. No

madrugan y, por lo tanto, no han podido ver la comida que el dueño de los perros les lleva muy temprano antes de irse a trabajar. Los perros ladran. No serían perros si no lo hicieran. Pero ellos no comprenden que nadie tenga un perro lejos de su propia casa, amarrado con cadenas. El perro para ellos es uno más de la familia, que se sienta a la mesa y duerme hasta en su propia cama. Su tierno corazón no resiste el espectáculo de esos perros todo el día en un solitario. Sacan fotos de esa enorme monstruosidad y se consideran en la obligación de ser los salvadores de aquellos animales. No hablan con el dueño, no. No quieren rebajarse a tanto. Se los quitan. Y ante un robo así, por el único principio de que "yo los cuidaría mejor que tú", se sienten tranquilos y seguros porque "la propiedad — se les dice — es algo relativo y hasta un hijo se puede en ciertos casos alejar de su familia".

Perdonen este lío de perros a estas horas. A mí también me duele que un animalito sufra. Pero ¿no es para escamarse el interés de estos extranjeros por estos animales, cuya vista no soportan cuando al mediodía bajan a la playa a calentarse al sol, teniendo a pocos pasos unas cuarterías y unas familias numerosas que viven en chabolas que parecen más bien una perrera? A los perros les sacan sus fotografías, escriben a las autoridades y los roban para alojarlos en una Sociedad Protectora de Animales que se cuida muy bien de dar sus nombres. ¿Por qué no sacan fotos de familias que yo me sé y las mandan a sus países para que de allí vengan cartas a quien corresponda, y ellos van con su coche y sacan a los niños y les pagan un Internado y les consiguen a los padres un piso en un polígono cualquiera?

39

Si no fuera por...

Los que defienden la evolución de las especies hablan de las transformaciones que los seres vivos van sufriendo por diversas circunstancias. Los organismos débiles, ante la dificultad, se mueren. Pero los más fuertes sobreviven, crean nuevas aptitudes, desarrollan nuevos órganos, se adaptan a la nueva situación y se transforman.

No sé qué valor científico real tendrá esta teoría. Lo que sí sé es que se habla de transformaciones que "sufren" los seres vivos. Es curioso. Usamos el verbo "sufrir" para hablar de transformación. Es decir, que el que quiere transformarse ha de hacerlo por medio del dolor, que el dolor transforma. El que no hace el menor esfuerzo si no se rodea de comodidades, de todo lo que le resulta agradable, fácil, cómodo y sencillo, jamás podrá convertirse en un ser superior.

Creo que todos conocemos a esos hombres famosos, genios en el arte o en los negocios. Es raro que hayan llegado a esas alturas en las que se mueven como unos superhombres con el menor esfuerzo. Detrás de una vida así, tan superior ahora y tan brillante, ha habido casi siempre auténticas miserias, tragedias humanas, búsquedas desesperadas por abrirse paso en el camino de la vida. Han sido hombres o mujeres que han sabido resistir, han afrontado la dificultad y ahí tenemos ahora el resultado. Su transformación no fue el efecto de un toque de varita mágica, sino que la sufrieron en su propia carne.

Cada vez y nos sale al paso el dolor —ya que nosotros no parece que estemos dispuestos a buscarlo—, deberíamos pensar en eso: algo de nosotros muere y algo nuevo nace. El dolor nos va modelando, va creando en nosotros un hombre nuevo. Diríamos que el dolor destroza nuestro cuerpo pero afina y abriga nuestro espíritu. No aceptar el dolor en ninguna de sus formas es condenarse a ser siempre un trozo de materia amorfa. Pero cuando uno se encuentra con alguna persona probada por el dolor, parece estar hablando con un espíritu, con alguien que pertenece ya a otro mundo superior.

—Diez hijos tengo —me decía un señor—. Y sería feliz si no fuera porque uno es inválido. Allí lo tenemos siempre en su carrito porque no se puede mover. Dios lo ha querido así. Pero es un dolor continuo que no podemos quitar de encima. ¿Y qué va a hacer uno? Todos tenemos que cargar con nuestra cruz.

Ya ven. Precisamente lo que dice el Evangelio, cuando vemos a Pedro enfadado con Jesús porque le oyó decir que iba a sufrir dentro de poco: *“¡No lo permita Dios, Señor” (Mt. 16,23)*.

Claro que, como Pedro, muchos de nosotros no lo comprendemos. Pero sí hay quien lo comprenda. Aquel padre tenía su dolor y veía en él su cruz. ¿Quién podrá medir la transformación de ese hombre, de su alma, uniendo su dolor al dolor de Jesús? La muerte, para una persona así, no supone ningún cambio, porque ha sufrido ya su propia transformación.

40

La Virgen del Pino, como es

La imagen venerada de la Virgen del Pino fue despojada hace poco de sus vestiduras para ser sometida a una delicada obra de reparación. Y lo que vieron nuestros ojos, bajo esas ropas intocables, fue una maravilla auténtica de arte. Habría que empezar de nuevo una historia de la Virgen: "Capítulo I: De cuando en el año 74 Nuestra Señora la Virgen del Pino se mostró a sus hijos los canarios sicut erat in principio...".

Cuando uno considera lo que el gusto popular fue haciendo a lo largo de los siglos con la imagen de la Virgen, se confirma una vez más en el dicho aquel de que "hay amores que matan". El amor, o los amores, de todos los canarios han matado, sin querer, la bella imagen que providencialmente vino a nuestra tierra, sepultándola bajo un quintal de ropas que jamás tendrán la gracia de los pliegues de su manto tallado en la madera. Han matado el elegante escorzo de su cintura, y nos han ocultado la vista de su pelo rubio, que le cae por la espalda como un chorro de miel. ¿Y el niño? Pobre niño, obligado a mirar con ojos de cristal, como si los ojos de un recién nacido, aún sin ver, medio cerrados, y su carita regañada a punto de llorar no tuvieran toda la ternura capaz de enternecer el corazón.

Acostumbrados desde siglos a la imagen de la Virgen que asoma el rostro, sólo el rostro, entre ropajes que la cierran y la ahogan ocultándonos la gracia de su cuerpo y su auténtica estatura, el verla como el artista la esculpió ha sido para los que tuvimos esa suerte como una

nueva aparición. "Nuestros padres nos han dicho — dirán dentro de un siglo los canarios— que guiados por un resplandor maravilloso (el sentido común y la polilla) la despojaron de sus ropas". Y los dragos y la lápida muy tersa que le servía de peana y la fuente milagrosa que, según la historia forman parte de aquella aparición primera en el bosque de Teror, perderán importancia ante lo que encontramos hoy, ahogado bajo el peso de una devoción que no ha sabido meramente contemplar la belleza de una imagen, sino que ha querido vestirla —como hacen las niñas con sus muñecas— para dejar en ella una prueba sensible de su amor.

¿Qué sucederá de ahora en adelante? Si la devoción sigue el ritmo que marca el propio corazón ¿quién es capaz de adivinar los gustos y los sentimientos que en lo sucesivo y por los siglos dominarán en el corazón de los canarios ante la imagen de su Virgen? (Julio, 1974).

41

Defectos aprovechados

Reirse de los propios defectos puede ser signo de una gran virtud. Claro que al decir "defectos" me refiero a cosas de tipo corporal que se suelen corregir con cirugía estética o que, si son incorregibles, sólo suponen cojear, tener unos kilos de menos o de más, ser un gigantón o muy chiquito. En la vida social las personas así siempre llaman la atención. De eso se puede uno reír. De ser un envidioso, tener celos, pereza o ser un quisquilloso, de eso, no. Estos defectos nos deben siempre avergonzar y todo esfuerzo por eliminarlos siempre es poco.

Los que dan consejos de belleza suelen recomendar un determinado maquillaje para agrandar unos ojos demasiado pequeños o acortar una boca demasiado grande. Las señoras que consideren un defecto esa forma de sus ojos o el tamaño de su boca estoy seguro de que seguirán puntualmente esos consejos. Que no son nada baratos.

Pero hay otros que aprovechan sus defectos como un centro de interés. ¿Que tienen una nariz demasiado prominente o aguileña? ¡Qué más da! Si otros se esconden, ellos, no. Quién sabe si el éxito social de esas personas, tan simpáticas, no sea debido a su nariz. Bueno, más que a su nariz diría yo que a la forma natural de llevarla siempre en ristre.

Además, el ocultar esos defectos puede entrañar algún peligro. Cuando una persona se esfuerza en disimular esos pequeños fallos que la edad u otras circunstancias producen en el rostro, empieza a hacer gestos, a hablar o a reirse de una manera forzada. Y ¿qué ocurre? Que a fuerza de reirse a medio lado para ocultar la mella de un colmillo o de abrir los ojos desmesuradamente para agrandarlos, el rostro cambia de expresión. Ya no es el mismo. Y por evitar las arrugas de los ojos, aparecen en la boca.

No hay nada como lo espontáneo y natural. La otra noche comentaba uno viendo la televisión la enorme boca que tenía una chica que cantaba: "Aquello no era una boca sino una sandía". Y, para colmo, ella, la chica, con el maquillaje se la había agrandado mucho más. No había disimulos. La cámara, como si fuera consciente de que a la chica le interesaba resaltar las medidas de su boca, se le acercaba y nos ofrecía un primer plano del gahzate, como un túnel, y de sus labios que amenazaban con devorar no sólo ya el micrófono, sino la orquesta entera.

No tenía complejos la muchacha. Lo que se dice, un defecto aprovechado. Sabía vivir. Y en eso tenemos que darle la razón.

Apóstol por votación

He visto por las calles a unos hombres —al parecer por encargo del Ayuntamiento— arrancando los carteles que los partidos políticos pegaron en las paredes durante la campaña electoral. Toda la ciudad empapelada, sucia, pintarrajeada, por lograr un voto. Hombres que lo pedían casi de rodillas, con un afán de protagonismo insaciable. Palabras, dibujos, retratos, banderas, manifestaciones, mítines... todo por un voto. Porque, en último término, un sólo voto podía inclinar a un lado la balanza. La constitución de muchas corporaciones municipales estuvo en muchos casos pendiente de un voto. Y decisiones ya tomadas y muchas por tomar estarán condicionadas por un voto.

Pero esto de los votos y las votaciones no es cosa de hoy. El apóstol **San Matías** —14 de mayo— fue, como se sabe, elegido después de una votación. Y hubo oposición. Quiero decir que hubo otro candidato al puesto, un tal Barsabas, llamado el Bueno. Se trataba de ocupar el puesto que Judas, el discípulo traidor, había dejado en el grupo de los doce. Pero no pensemos que estos dos candidatos se presentaron haciendo promesas electorales cada uno por su lado, pegando carteles y recorriendo las calles de Jerusalén con un megáfono en la mano. Los megáfonos no se habían inventado todavía. Ellos, además, no fueron los que dieron el primer paso: aquí voy yo a por el puesto. No. Fue la gente que los conocía la que los propuso. Quizás ellos fueron los primeros sorprendidos y dirían: “No, yo no, por favor. Yo no merezco ese

honor. Yo no sirvo". Y más que desear salir, lo que sentirían fue miedo de aquella responsabilidad.

Pero había que hacerlo. ¿Un mitin? ¿Una manifestación? ¿Una visita, casa por casa, recogiendo firmas? Nada de eso. Dice el Libro de los Hechos de los Apóstoles que "se pusieron a orar". Hicieron oración. Igualito que los senadores y diputados y concejales de hoy... Y cuando echaron suertes y salió Matías, nadie dudó de que ésa era la voluntad de Dios, Matías aceptó el cargo y nadie protestó, convencido de que él era el elegido por la providencia.

Se dirá que hay elecciones y elecciones. Sí, es verdad. Pero ¿no les parece que el demasiado querer un cargo —pensando ahora en nuestros problemas electorales— puede empañar toda la actuación de nuestros dirigentes? ¿Que un demasiado afán de protagonismo puede hacer pensar en intereses personales?

Que San Matías dé a todos nuestros gobernantes la humildad y el espíritu de servicio con que él aceptó aquel cargo inesperado.

No es cosa de juego

Me dice una señora:

—Mire, padre, la gente no va a creer ahora mismo en la confesión. ¿Sabe Vd. que en tal sitio dijo el sacerdote el otro día: “Perdonen, pero como tengo que empezar la misa y no puedo seguir confesando, les voy a dar la absolución colectiva. Arrepíentanse de sus pecados”? Y dió la absolución y ya está.

—¿Cómo que “ya está”?

—Oh, pues que ni dijo si podían comulgar, si tenían que volver a confesarse otra vez... Nada.

—Eso significaría, tal vez, que no era aquella la primera vez que lo hacía y que su gente ya sabía lo que podían hacer y lo que tenían que hacer.

La señora torció el gesto:

—¿Vd. cree?

—¿Qué quiere Vd. que yo le diga? Las absoluciones así, sin acusación personal de los pecados, están previstas en ciertas circunstancias, con ciertos permisos y ciertas condiciones, entre ellas la de que el penitente, por muy perdonado que esté, ha de confesar sus pecados en otra ocasión. Y si no, falta gravemente en su conciencia. Yo no puedo su-

poner en este caso que me cuenta Vd. sino que ese sacerdote juzgó que tenía o se daban todas las circunstancias previstas por la ley.

—Pues yo creo que no —seguía la señora—. De la forma que lo hizo no me extraña que ya nadie se confiese o digan que se confiesan con Dios. Y, a propósito, ¿qué me dice del infierno y del purgatorio? Ya no existe nada de eso.

—¿Que no existen?

—Nada. Parece mentira que nos hayan tenido engañados tanto tiempo. ¿Y la resurrección? La resurrección se da en el momento de la muerte. No hay otra. Y además dicen que no existen los ángeles, que no son sino una forma poética de hablar. Y el demonio tampoco, por supuesto, que es sólo una... una, ¿cómo se dice?

—Una personificación del mal.

—Exacto. ¡Mira si Vd. lo sabe!

Y la señora siguió hablándome de sus nuevos descubrimientos en la fe, es decir, de su no fe. Yo la oía y, aunque no se lo decía, pensaba para mí: ¡Qué responsabilidad tan espantosa tendremos sobre la conciencia y qué cuenta que dar a Dios los que, al hablar, lo hayamos hecho de una forma tan ambigua o tan ligera que alguien ha podido suponer que las verdades más fundamentales de nuestra fe, reveladas por Dios, ya no son tales verdades! ¿Y los que escriben? Pienso ahora en uno, dos, tres libros que tengo yo en mi biblioteca, y otros que conozco, que tienen la culpa de estas dudas y de estos interrogantes. ¡Y lo que se han vendido! ¡Y leído! ¡Y aplaudido! ¿Podrán jamás enmendar el daño que han causado? Porque una cosa es que yo me ría de los diablos empuñando un tenedor y otra cosa que me ría de las palabras de Cristo: "Id, malditos, al fuego eterno". Con esto y otras verdades como ésta, no se puede jugar. Y si fueron verdad, lo son y lo serán. Palabra de Dios.

Justo juez

¿Quién no ha sentido alguna vez miedo a morir? Es tan misterioso ese paso de la vida al más allá... Pero si este paso impone por lo que no sabemos, mucho más impone por lo que sabemos por la fe: "Todo hombre se presentará ante el tribunal de Dios". ¿No es para temblar? ¿Quién se siente limpio de pecado, inocente, para no bajar los ojos ante Dios, el Juez Justo que nos pedirá cuenta de toda nuestra vida?

Yo quiero decir, por si a alguien le sirve de consuelo, que a Dios no hay que tenerle miedo como Juez. ¿Tener miedo a la justicia de Dios? Por favor. ¿Miedo a la justicia? A lo que se le tiene miedo es a la injusticia. Por las injusticias es por lo que lo pasamos mal en esta vida. Y si hay un grito que se alce hoy por todas partes es el de los que se sienten víctimas de las injusticias y piden sus derechos.

Que lo diga ese trabajador que después de una semana de trabajo va a cobrar y, nada. No le pagan. Trabaja otra semana y tampoco cobra su salario. Otra semana y no hay dinero. Y cuando por fin le pagan su trabajo con un cheque, va a cobrarlo y es un cheque sin fondos. ¿No es justicia lo que pide?

Que lo diga esa madre que va a apuntar a su niño en el Colegio. No hay plazas. Vuelve otro día. "No hay sitio, señora". Vuelve por tercera vez. "Le hemos dicho que no hay plazas. No insista". Y viene otra señora después de ella, y sí hay plazas. ¿Es justo o injusto?

Que lo diga el que ha perdido el sueño por sacar buena nota en unas oposiciones que le darían un puesto de trabajo. Y saca buena nota. Pero no le dan el puesto. Y el que lo consigue —con iguales notas o peores— se deja decir que “él ya sabía antes de examinarse que el puesto era para él”. ¿Duele o no duele?

Dios acabará con estas injusticias. Dios es el Juez Justo. Por fin se hará justicia. La justicia no duele, sino que ensancha el corazón. Pensar que Dios es justo es pensar que tendrá en cuenta, por supuesto, todo el mal que hayamos hecho; pero también todo lo que se nos debe, todo lo que nos corresponde por nuestro esfuerzo, por nuestros deseos, por nuestra buena voluntad. Que contará con mi debilidad, mis limitaciones. Será además como el propietario aquel de la parábola con que Jesús lo quiso retratar: Terminado el día, “*un denario a cada uno*” (Mt. 20,9). ¡Qué sorpresa! Al que trabajó sólo un par de horas, le paga igual que al que trabajó durante toda la jornada. Sobre justicia, la bondad.

Justo Juez. Qué maravilla. ¿Dónde hay algo así sobre la tierra?

El diablo en la tele

La famosa obra de Morris West, "El Abogado del Diablo", fue un auténtico regalo que, en versión teatral, nos ofreció Televisión. Sin embargo, al concluir, sentí un curioso malestar. Los televidentes, los centenares de miles de personas que habían seguido el desarrollo de la obra, ¿habrían captado el problema religioso, el tremendo problema que allí se debatía? Me daba la impresión de que la obra teatral, como la novela, pertenecía ya al pasado, que muchos no iban a entender otra cosa sino que el pintor era un pobre afeminado y que al cura le gustaba el vino. Pura anécdota. Pero nada del problema de fe, de moral, de gracia y de salvación que allí se planteaba. Dos días después unos hombres comentaban en un bar entre copa y copa que "tanto abogado del diablo y el diablo no se había visto por ninguna parte". ¿Tenía razón o no para sentirme preocupado?

Hoy hablamos, explicamos las verdades de la fe, comentamos un pasaje del Evangelio y nos quedamos con la misma duda. ¿Hasta qué punto estas verdades han llegado al alma de la gente? ¿Nos habrán entendido? ¿Estaremos dando por supuesto un interés, una comprensión que en realidad no existen?

Dicen que en el siglo XVI y XVII en los mercados hasta las verduleras hablaban de teología. Los grandes dramaturgos triunfaban con el teatro religioso. La fe, la esperanza, el vicio y la virtud, la salvación, la gracia y el pecado eran personajes que salían en las tablas y los espec-

tadores quedaban prendidos por el argumento tanto o más que hoy nosotros con una novela policiaca. Ya eso, por desgracia, se acabó. Hoy la teología es un plato demasiado fuerte. La gente se muestra totalmente indiferente, no entienden el lenguaje acostumbrado y mucho menos las nuevas palabras que hemos añadido pensando aclarar un tanto la materia: ecumenismo, escatología, oblación, anáfora, embolismo... ¿Quién puede hablar seguro de sí mismo de lo sobrenatural, de la gracia, de la salvación, de la redención de Cristo y de los sacramentos?

El problema es tremendamente agudo. Tan agudo que mañana precisamente comienza el Sínodo de Obispos. Los Obispos van a tratar durante un mes, en Roma, este problema: ¿Cómo evangelizar el mundo de hoy? ¿Cómo presentarles el mensaje de salvación? ¿Qué lenguaje usar? ¿Qué es lo que cambia y qué es lo que no cambia? Porque si en otros siglos las verduleras hablaban de teología en el mercado, hoy algunos tanto han avanzado que hablan de teología en las iglesias como verduleras. ¿Cuál es el justo medio? ¿Nos tendremos que resignar a que el mundo de hoy no entienda o, por hacernos entender, vamos a desfigurar la fe cristiana?

Este es el problema. Esperamos que el Espíritu Santo, que vela por la Iglesia y la dirige, ilumine en estos días a los Obispos para que den una respuesta clara a los interrogantes que la Iglesia misma ha planteado (Septiembre, 1974).

¡Fuera del Paraíso!

Cuando la serpiente dijo a Adán y Eva: “seréis como dioses”, les despertó el deseo más arraigado ahora en el corazón de todo hombre, el de hacer lo que le viene en gana sin que nadie le pueda pedir cuentas. ¿No es eso ser un poco como Dios, determinando el bien y el mal según el propio gusto?

Fue ayer precisamente cuando uno de estos “dioses” escribió un artículo en la prensa. Hablaba de algo que siempre llama la atención: el sexo. Y era esa misma la cuestión que planteaba: El sexo ¿llama o no llama la atención? ¿Incita ahora más o menos que antes? Y se perdía el hombre en elogios sobre la educación sexual que en ciertos países europeos se da a todos por igual. Y luego se enfadaba contra el que se había escandalizado de que en Estocolmo unos guardias hiciesen la vista gorda ante las parejas que en público hacían el amor —leamos “fornicaban”— a altas horas de la madrugada. “¿Qué quiere —preguntaba—, que la emprendan a tiros con quienes no hacen otra cosa que servirse de lo que Dios les dio?”

Aquí el lector comenta para sí: “Caramba, qué atrevido”. Pero algo de esto debió de pensar el que escribía, porque enseguida añade: “Y no me salte con que Dios también nos dio unas manos y, por ello, no vamos a usarlas matando a otros. Esas son otras cosas. Además, el quinto mandamiento dice “no matarás”.

A uno le sorprende ver tanta agudeza mental y tan fuertes argumentos apoyados en la Palabra de Dios para prohibir usar de nuestras manos quitándole la vida al otro. Pero enseguida pensamos en el 6° mandamiento. ¿Es que este hombre no conoce sino el 5°? No. Escuchen Vds.:

“También sé que dice: no fornicar, pero eso ya más depende de las convicciones de cada uno”.

¡Por favor! Podría Vd., amigo, haber empezado por ahí y descubrirnos desde el principio que a Vd. le ha hablado la serpiente. ¿Vd. es Dios? ¿Quiere hacerse como Dios? ¿Quién es Vd. para darle fuerza al 5° mandamiento y dejar el 6° para las convicciones de cada uno? ¿Es que un atracador o un secuestrador no puede tener “sus convicciones” para matar a sus rehenes?

Claro. Así ya se puede pasear por los países nórdicos mirando todo como un dios y dictaminando, ansioso de sexo —son sus palabras— lo que es bueno y lo que es malo según su propio instinto.

Amigo mío, queda Vd. desde ahora arrojado del paraíso. No ha entendido Vd. que pueda haber árboles de los que no se debe comer en absoluto por muchas convicciones de que sí que Vd. tenga en su cabeza. ¡No sea Dios, que Dios no hay más que uno y no se apellida como Vd.!

Al pan, pan

Cuando D. Quijote le decía a Sancho Panza que no dijese “regoldar” sino “eructar”, le estaba enseñando a usar una palabra correcta, expresiva, limpia, y a dejar otra malsonante, vulgar y de mal gusto. Y no sé si será por leerlo en El Quijote cuando niño, pero esa palabra “regoldar” ni la he dicho ni jamás la he oído pronunciar.

El idioma tiene muchas posibilidades. Una palabra fea puede sustituirse por otra más bonita. Es lo que se llama un “eufemismo”, que suena bien. Y las personas educadas tienen buen cuidado al hablar para, sin caer en cursilerías — que también hay que evitarlo —, expresarse con limpieza y corrección. En algo debe distinguirse la educación de la vulgaridad.

Sin embargo, hoy que han cambiado todos los valores, lo que viste bien es el uso de un lenguaje que en otros tiempos haría sonrojar al más templado. Todas las porquerías inimaginables con sus nombres correspondientes aparecen en diccionarios específicos, hechos expresamente con esas palabras. Y si hubo alguien que no tuvo vergüenza de registrarlas y publicarlas, son más los que no tienen vergüenza de leerlas y de usarlas. Los eufemismos han pasado a la historia. A las cosas hay que llamarlas por su nombre, sea bonito o feo, guste o no guste. Y yo diría que mientras más feo, mejor.

Esta moda del lenguaje realista y malsonante, a mí me gustaría verla aplicada en otro campo. Porque ¿quién llama hoy a ciertas cosas por su nombre? ¿Qué es una persona educada? ¿Y responsable? ¿Qué es libertad? ¿Qué es, hablando de personas, madurez? ¿Me podrían Vds. definir lo que es "fidelidad", cuando vemos cómo alguien por fidelidad hace lo que por fidelidad otro no se atrevería a hacer jamás? ¿Y decente? ¿Qué es un vestido decente? A ver, que lo diga el que lo sepa.

Aquí el problema no es de palabras, de sustituir una palabra fea por otra más bonita. El problema es de ideas. Y cuando tenemos un barullo mental de tal calibre, estamos deseando que alguien llame al pan, pan y al vino, vino. Aunque duela. Aunque haga salir los colores a la cara. Aunque haya que ir a esos famosos diccionarios a buscar la palabra exacta. Porque, amigos, andarse con eufemismos por aquello de no herir, en algún momento puede ser una tapadera que deja a cada uno con su idea. Bien lo supo **San Juan Bautista** —24 de junio—. Ese sí que llamaba las cosas por su nombre. Y levantaba ronchas. "Adúltero, que estás casado con la mujer de tu hermano". Podía haberle dicho a Herodes: "Eres un Don Juan, un play-boy, un Casanova". No. Nada de eufemismos: ¡Adúltero!

Así sí nos entendemos. Yo me pregunto qué pasaría si Juan Bautista apareciese de pronto y empezase a llamar las cosas por su nombre y a las personas por su nombre. Con el diccionario ése en la mano. Sin pelos en la lengua, que es lo que se usa hoy. ¿Dónde nos esconderíamos?

48

Vaya por cuando...

A nadie le gusta quedar mal. Quedar mal es dar una impresión a los demás que no coincide, a nuestro juicio, con lo que somos realmente. Dijimos que llegaríamos a las 9 y no llegamos. Hemos quedado mal. ¿Pensarán que les quisimos engañar? Hemos contestado una carta y la carta no llegó. ¿Pensarían que somos desagradecidos?

No es fácil encajar estos golpes. Y las cosas se enredan a veces de tal forma... Oigan lo que le pasó no hace mucho a una señora.

Viene una vecina y le dice:

—Oiga, ¿por qué no me guarda esta carne en su nevera hasta mañana?

—Jesús, mujer. Deme la carne que yo se la guardo.

Al día siguiente vuelve la vecina, pide la carne y se la lleva muy agradecida. Pero al rato vuelve.

—Oiga, esta no es mi carne. ¿Vd. no tenía más carne en su nevera?

—Yo no, mi niña.

— Es que... no sé. Me da la impresión de que este trozo no es igual. Hasta huele mal.

Y la señora trata de convencerla de que aquella es su carne tal y como estaba el día anterior. La vecina opta por callarse y se marcha un tanto confundida.

Luego llegan a casa el marido y los hijos de la señora y, hablando, hablando, empiezan a decir lo ricos que estaban los filetes que se habían preparado el día anterior con la carne que estaba en la nevera. Habían llegado muertos de hambre, abrieron la nevera y como la carne de la vecina no tenía un cartelito que dijera: "Ojo, no tocar, que es carne ajena", se la zamparon alegremente dejando apenas unos huesos.

¿Cómo arreglaríamos nosotros este lío? ¿Se creará la vecina las explicaciones? ¿No le diríamos nada por vergüenza? ¿Volverá ella otro día a traer su carne para que se la guardemos en el congelador? ¿Aceptará las disculpas y que en compensación le compremos otro par de kilos? ¿Quedará todo al fin como si no hubiera pasado nada?

Ojalá no nos pase nunca una cosa semejante. Pero si nos pasa, afrontemos cara a cara esta molesta situación. Digamos la verdad, cuanto antes la verdad. ¿Que nos creen? Estupendo. ¿Que no nos creen? Aceptemos quedar mal. No hay más remedio. Y, además, ¿no ha habido también mil ocasiones en que sin pretenderlo hemos quedado bien ante los demás? Que unas cosas compensen a las otras, para que que no nos entre vanidad. Si nos gusta estar a las maduras, que alguna vez también estemos a las verdes, para saber el gusto amargo que tiene nuestra limitación.

Lo que es de Dios

Si en la calle, en el bar o en la propia casa nos ponemos a hablar de los impuestos y las contribuciones, del recibo del agua o la declaración de renta, eso no es noticia. Todo el mundo habla de ese tema. Y a veces con palabras fuertes y duras críticas a la política económica del Gobierno y los Ayuntamientos. Sin embargo, si un sacerdote en un acto de culto como es la Santa Misa, explicando el Evangelio, dijera: "Hermanos, no paguen la contribución", por esto y por lo otro, estoy seguro, segurísimo, de que la homilía de ese sacerdote saldría en los periódicos y hasta en el Telediario nacional. Ahora sí es noticia. ¿Por qué, si de eso habla todo el mundo? Pues porque se supone que el sacerdote, en aquel sitio y en aquella circunstancia, no habla en nombre propio, sino en nombre de la Iglesia. Y cuando la Iglesia afirma algo como un deber de conciencia, es que se siente respaldada por la palabra de Dios. ¿Qué tiene que ver Dios con las contribuciones?

Cuando aquel grupo de fariseos fue a Jesús con la cuestión de si pagaban o no pagaban las contribuciones, sabían muy bien que la palabra de Jesús no era la palabra de un cualquiera. Cualquier cosa que dijese, sí o no, sería una noticia. ¿Que sí? Se echaba al pueblo encima, que estaba harto de contribuir al Imperio. ¿Que no? Se echaba encima al régimen de Roma que recaudaba los impuestos.

Ya sabemos cuál fue la respuesta de Jesús: *"Pagadle al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios"* (Mt. 22,21). Y por encima

del gusto y regusto que sentimos todos al ver cómo se deja callados y corridos a los que preguntan con malas intenciones, aprendamos la lección.

El hombre —ésta es la lección— tiene un valor que no le viene de la sociedad en que vive, ni de sus condiciones económicas. La sociedad puede estar organizada de esta forma o de la otra, buscando el bien común. Puede ser una autonomía, una colonia, una dictadura, una democracia. A unos les va bien y a otros les va mal. Son intentos, más o menos acertados, de comunidad. No hay valores absolutos. Pero el hombre como tal es anterior a todo eso. Es un ser libre, con inteligencia y voluntad, hecho a imagen de Dios de quien salió y a quien ha de volver. Esa es su dignidad. Y por encima de todo otro valor, está su relación con Dios que hay que reconocer y respetar.

La Iglesia no tiene por qué sancionar con su autoridad esta o aquella forma de recaudar contribuciones. Admitido que son necesarios los impuestos, la forma y la cuantía son siempre cuestiones discutibles. Al César lo que es del César. Si los hombres así lo determinan, allá ellos. Paguemos de acuerdo con la ley. Pero dondequiera que un hombre es engañado, estafado, chantajeado, defraudado —y no es raro que esto ocurra en ciertas formas de política económica—, allí sí que puede la Iglesia, con la palabra de Dios en la mano, defender a ese hombre que es imagen de Dios. Entonces sí que no hay ni asuntos internos ni fronteras ni ingerencias políticas. Porque todo lo que se haga con él, con el hombre, se le hace a Dios. Y “a Dios lo que es de Dios”.

50

Mucho fruto

Con el permiso de todos los que oyen, me voy a dirigir a D. José Rodríguez y Rodríguez, a quien esta tarde se le ha impuesto la Cruz de Beneficencia, en reconocimiento de la gran labor que ha realizado como Delegado de Cáritas Diocesana.

Mi querido D. José: A estas horas, si es que está despierto, estará todavía emocionado por el homenaje que esta tarde se le ha tributado, y, si está dormido, soñará sin duda alguna, con la nueva cruz que ha venido a sumarse a las muchas que en su vida ha tenido que llevar sobre sus hombros.

Esta nueva cruz, sin embargo, no pretende ser una nueva carga, sino todo lo contrario: la llevará sobre su pecho como un contrapeso que equilibre la carga de las otras. Es un horcón, como el palo que se arrima al árbol vencido por su propio peso y evita que de tanto florecer y de tanto fruto se malogre. Públicamente se ha reconocido hoy que su vida ha dado fruto. Y lo más bonito para su corazón sacerdotal es comprobar que la fruta que durante tantos años ha doblado las ramas de su árbol es esa fruta riquísima, de sabor inconfundible, que sólo la producen los árboles regados por la savia del Espíritu: Caridad, gozo espiritual, paz, paciencia, longanimidad, bondad, benignidad, mansedumbre, fe, modestia, continencia y castidad. ¡Qué cosecha! Hoy que el mundo tiene hambre y la mata saciándose de platos indigestos y bebiendo aguas corrompidas, es muy significativo que se haya reparado

en esos frutos exquisitos de la Caridad que Vd. silenciosa y pacientemente los ha dado, plantado al borde de la acequia por donde corre el agua fresca y pura de su sacerdocio.

Esta cruz que luce desde hoy sobre su pecho indica que el mundo está salvado. Si los hombres han sabido gustar de su cosecha y valorarla, señal es de que son hombres para el cielo. Y nos alegramos. Yo uno mi alegría a la que en estos momentos ha de sentir en lo más hondo de su corazón agradecido. Decía Jesús: "Mi Padre queda glorificado en que llevéis mucho fruto". Alegrémonos, pues, de su fecundidad que tanto ha contribuido a glorificar a nuestro Padre Dios.

Todavía los periódicos seguirán reproduciendo durante algunos días su fotografía, una foto de archivo que, por serlo, no deja ver el aspecto actual de la corteza de su árbol. Vd. sabe que el tronco rugoso y las hojas amarillas son hermosos cuando sólo son señal de que una nueva primavera está a la puerta. ¿Otra vez florecer? ¡Pues claro! ¿Para qué hemos puesto ese horcón? ¿Qué indica esa cruz sobre su pecho sino la esperanza siempre verde de que no nos prive de esa fruta riquísima de la Caridad que da sabor de eternidad a nuestra pobre vida?

Un abrazo, D. José. Y enhorabuena. (Diciembre, 1974).

“Está muy bien”

En tiempos todavía no muy lejanos, en las bibliotecas solían verse unos armarios, con puertas de cristal, con un letrerito que decía: Libros prohibidos. Eran libros peligrosos por ser de ideas heterodoxas o inmorales. En clase de Literatura, el profesor ponía en guardia a los alumnos sobre ciertos escritores de un realismo exagerado, famosos por describir cosas groseras, excitantes, malintencionadas, abiertamente obscenas. Y los que querían mantenerse equilibrados, no dando fuego a sus pasiones o dudas a su fe, tenían mucho cuidado con abrir la puerta del armario aquel o de leer las páginas de color subido de aquellos novelistas.

Hoy las cosas han cambiado. Cada uno lee lo que le viene en gana sin que nadie diga: ¡peligroso! Y algo más grave todavía. Si leemos hoy una de aquellas obras que en otro tiempo eran tenidas como obscenas, nos parecerán libros piadosos, casi devocionarios, al lado de los libros más leídos hoy por toda clase de personas. Aquellos, con sus historias de amor que, si era adúltero, el que amaba así sufría por ello, resultan casi edificantes frente a la corrupción y la hediondez que saltan a las páginas de los libros del momento que nos llaman desde cualquier escaparate.

No quiero citar ningún nombre, porque indirectamente les haría la propaganda. Pero es desolador que vaya uno de visita y tome un libro por curiosidad de sobre la mesa, en la salita, y le diga a uno la niña de la casa: “Lléveselo y lo lee. Yo lo leí ya. Está muy bien”. Y se lleva uno el libro a casa y se lo lee —casi por obligación—, y tiene que concluir

que aquella niña no es ya tan transparente, tan sencilla y tan ingenua como parecía. ¿Es posible que diga de toda aquella suciedad que "está muy bien" y se quede tan tranquila?

Lo peor es que los novelistas de hoy no inventan nada. Con un estilo realmente fascinante, cinematográfico, nos describen lo que pasa, historias verdaderas, formas de vida de nuestra sociedad, sin hacer ningún juicio de valor. La vida es así. La gente se encuentra, se huelen, se manosean, se aparean como los animales y a vivir. No pasa nada. Es lo corriente, lo normal. ¿Qué tiene de particular que los chicos y las chicas, en la Universidad, estén hasta altas horas de la noche repasando juntos, estudiando juntos y luego se vayan juntos a dormir? ¿Quién podrá convencerles de su vida animal, leyendo lo que leen?

52

Una fiesta como nunca

La mujer estaba enferma. Muy enferma. Tanto que su enfermedad era el tema de conversación del barrio marinero. Y llegó la fiesta. Mientras el barrio se llenaba de luces y de gritos, de música de charangas y estallido de cohetes, ella se moría de dolor. Y en su dolor pidió sólo una cosa: que la procesión pasara por delante de su casa. Ella quizás en otro tiempo había sido de las que iban siempre junto al trono de la *Virgen del Carmen*, la Virgen marinera. Ahora no podía. ¿Por qué no pasaba la Virgen por su casa? Ella no lo dijo, pero quizás pensó en el fondo de su corazón que aquel paso de la Virgen por delante de su puerta sería como devolverle una visita, la que ella siempre le había hecho estando con salud.

Y el párroco recibió la petición. Y la estudió. Y dijo el párroco: “¿Pasar la procesión por delante de su casa? ¿Y por qué no celebrar la Santa Misa delante de su casa?”

Dicho y hecho. Se preparó el altar en una mesa frente por frente de la puerta de la enferma. Se trajo la imagen de la Virgen en su trono. Los vecinos sacaron bancos y sillas de sus casas. No faltó tampoco el pequeño armonio de la iglesia y se instaló el equipo de altavoces. Y allí, en plena calle, a un paso del dolor, se celebró la Santa Misa en honor de la patrona de aquel pueblo marinerero. Hombres, mujeres y niños, en un silencio impresionante, se congregaron en aquella calle. Y en un extremo, detrás del último grupo que no tenía donde sentarse, un sacerdote, sentado en una silla, perdonaba una fila interminable de pecados.

Al llegar la comunión, el celebrante se abrió paso y entró en la casa de la enferma. Jamás se había dado en aquel barrio un viático tan solemne y tan emocionante. La gente cantaba: “Gloria, gloria, alleluia”, como un reto al dolor, como diciendo que el dolor y la alegría son la misma cosa cuando se sufre en el Señor. Y, terminada la misa, tomaron el trono de la imagen de la Virgen, lo asomaron a la puerta de la enferma y siguió la procesión. Todo el pueblo, impresionado, la acompañó en silencio por las calles. Parecía la **Virgen del Carmen** como si se hubiese convertido de pronto en Virgen de la Soledad.

Por la noche, el barrio marinerero volvió a llenarse, como siempre, de luces y de ruidos, de música de charanga y de estallido de cohetes. Pero en todas las casas había la impresión de que nunca había habido una fiesta del Carmen — 16 de julio — como aquélla. Este año la Fiesta había estado como nunca. Y es que el dolor, esa palabra que todo el mundo entiende, había sido compartido por todos los vecinos y habían hecho de él el centro de su fiesta. ¿Podía haber cosa mejor?

53

Identifíquese

A veces tropezamos por la calle con un conocido que nos echa en cara el tiempo que hace que no vamos por su casa. "Parece mentira, hombre, que estemos tan cerca y no nos veamos sino de S. Juan a Corpus".

Y es verdad. Empezamos a decir que si las clases, que si las ocupaciones, que si la familia... Pero lo cierto es que sentimos cierta vergüenza cuando nos ponemos a recordar la última vez. "¿No fue el año pasado en Semana Santa cuando estuve en su casa y hasta cené y todo con Vds.?" Y nos dice: "¿El año pasado? ¡Hace dos años!"

Dios mío, dos años largos son como para poner a prueba la mejor amistad. Y da regocijo el comprobar que el cariño se mantiene a pesar del tiempo y la distancia.

Pero un día queremos cumplir con el deber de la amistad y nos vamos de visita. Urbanización tal, bloque 6, portal 2, piso 4º izquierda. Lo recordamos perfectamente. Pero no damos con el dichoso bloque.

—Oiga, Vd., ¿no es éste el bloque 6? —preguntamos.

—Sí.

—Ya me parecía a mí, pero no reconozco el portal. La última vez que estuve aquí recuerdo que se entraba, había unos buzones a la derecha y el ascensor dentro a la izquierda. También había unas macetas con plantas en el pasillo.

— Es ese mismo de ahí — nos dicen —, lo que ahora han puesto una puerta blindada en la calle.

— Ah, ya. Comprendo.

Y volvemos al portal que luce como una caja fuerte. Con su combinación y todo. Hay que buscar una dirección en un encasillado, apretar un botón, esperar. Luego se oye un ruidito y una voz fañosa que dice: “¿Quién es?” Tenemos que identificarnos. “Soy...”. Pero no parecen comprender. “¿Cómo dice?” Repetimos el nombre un par de veces, casi a gritos. Nada, no lo entienden. “¡Un cura!”, decimos por fin para llegar más pronto. Y entonces se oye un chasquido y la puerta se abre con toda la solemnidad de dejar paso a un terreno prohibido.

Qué cosa. Uno creía que en casa de los amigos siempre se podía entrar “como Pedro por su casa”. Sí, así era antes. Pero ahora hay que pasar un riguroso control. Hay una especie de aduana, un registro de personalidad. Ni por la voz nos reconocen. Ya no se puede dar esa sorpresa tan agradable de abrir la puerta y entrar diciendo: ¡Hola familia!, con el regocijo del encuentro. Ahora todo es miedo, sospecha, sobresalto. Puertas cerradas, puertas blindadas. Nadie se fía de nadie. Contentos porque ahora — dicen — hay libertad, pero todos encerrados en casa, bajo llave, como un recluso en su celda de castigo.

¿Aguantaré nuestra amistad no ya el tiempo y la distancia sino ese muro, esa barrera de desconfianza que nos separa como un foso de los que más queremos ver?



54

¿Cómo será?

Una vez más la muerte que no perdona a nadie se ha llevado a uno de nuestros conocidos. Y toda la familia se ha reunido con el mismo sentimiento para acompañar sus restos hasta el cementerio. Otra vez hemos sentido una sacudida que nos hace salir del presente y nos lanza hacia atrás, hacia el pasado, y hacia adelante, hacia el futuro. Porque nos vemos de pronto pequeñitos, niños, jugando con aquellos amigos nuestros que ahora son abuelos, con arrugas y con canas. Y al mismo tiempo, al ver cómo han pasado tantos años casi sin sentirlos, nos queremos ver en el futuro y adivinar qué va a pasar, qué va a ser de nuestra vida y cómo será nuestra muerte. Y preguntamos: ¿De qué murió? ¿Estaba enfermo? ¿Fue de repente? Y nos cuentan la historia. Que si venía ya achacoso, que si se levantó como siempre, que si incluso dio un paseo por la calle, que se lo encontraron sentado con el rosario entre las manos, muerto ya. Y nosotros oímos una y otra vez aquel relato, oímos los comentarios: "no somos nadie, así es la vida, muerte feliz", y pensamos: ¿será así nuestra propia muerte? ¿Y cuándo será?

Digámoslo con palabras del Evangelio: *"Estad en vela y preparados, porque a la hora que menos penséis, viene el Hijo del Hombre"* (Mt. 24, 44). No sabemos el día ni la hora. Pero algo sí sabemos: ¿Vives en una continua borrachera? Es muy probable que la muerte te sorprenda dando tumbos por la calle. ¿Vives sin pensar en Dios? Pues no será fácil

que te acuerdes de El en el último momento. ¿Tienes la costumbre de soltar tacos, palabrotas feas, incluso blasfemias? Pues me atrevería a asegurar que cuando estés delirando habrá que taparse los oídos, porque no dirás otra cosa. ¿Tienes por costumbre decir jactancias, rezar avemarías? Esas serán tus últimas palabras. ¿Estás siempre con el pensamiento en Dios, hablando con El, como un hijo con su padre? La muerte será para tí ver de pronto a Ese en quien piensas y con quien hablas. Y si rezas el rosario todos los días, es muy probable que la muerte te sorprenda con el rosario en las manos, diciéndole a la Virgen "ruega por nosotros ahora y en la hora de nuestra muerte". ¿No te gustaría que fuese así?

Hasta cierto punto tendremos la muerte que merezcamos. Diremos lo que solemos decir, pensaremos lo que solemos pensar, sentiremos lo que solemos sentir y amaremos lo que solemos amar. Felices de nosotros si, sea cual fuere el sitio, la hora y la forma de morir, nuestro corazón ama en ese momento a Dios sobre todas las cosas, como ha debido amarlo siempre. La muerte será entonces lo que debe ser: un encuentro con el Amor, de quien salimos y a quien volvemos para no separarnos ya jamás.

55

Niños de luto

Los niños españoles y quizás de todo el mundo estarán de luto en estos días. Y hasta a mí me dan ganas de llorar. Ha muerto uno de los hombres que, haciendo del humor una profesión, nos hacía reír todas las semanas desde la página de una revista para niños. Cuántas penas hemos olvidado, cuántas preocupaciones hemos quitado de la cabeza y con qué gusto hemos dormido después de reír a carcajadas con sus historietas que se apilaban allí, en la mesita de noche, a la cabecera de la cama.

Porque —y no me da vergüenza decirlo— yo he sido siempre un lector empedernido de Tebeos, Pulgarcitos y demás literatura para niños. Admiro a esos hombres que logran con sus historietas lo que otros no pueden conseguir sin recurrir al chiste verde o amarillo, a picardías y obscenidades de mal gusto. Tienen el talento suficiente para inventar situaciones hilarantes que son un reflejo de la vida misma, vista con psicología y sentido del humor. Nada de sexo, ni de equívocos matrimoniales, un tema del que otros, al parecer, no saben salir para hacer gracia. El fallecido Peñarroya hacía reír con Don Pío y su Jefe de oficina y Benitita su mujer, siempre pensando en sus trapitos y en lucir ante Doña Vinagreta. Y con Pepe el Hincha, el forofo del Pedrusco, el equipo de sus amores, siempre en lucha con el Menisco su rival. Y con Gordito Relleno, el voluminoso personaje, redondo y fofo como un balón, ingenuo y despistado, siempre víctima de burlas y choteo. ¿Y qué decir de

Pitagorín, niño prodigio, con sus gafitas, sacándose inventos del coco para ayudar a las personas indefensas y castigar la mala voluntad de los abusadores?

No será fácil olvidar a estos personajes, su risa abierta con los ojos cerrados, sus tipos, todos de chaqueta con dos únicos botones, y sus movimientos rígidos al caminar. Me imagino que estos personajillos tan reales tendrán que alargar sus días un poco más, sólo para llorar al que les dio la vida. Que habrá otra pluma amable que les alargue un poco la existencia, porque la risa que nos daban no puede morir, no debe morir. ¿Qué sería de nosotros, en este mundo contaminado, rodeado de segundas intenciones, de palabras de doble sentido, sugerencias maliciosas, chocarrerías, picardías y obscenidades, sin el fino humor, limpio como el cristal, agudo y fácil, de hombres buenos como Peñarroya?

Pero ya no está. El Cielo, la patria de los niños y de los que se hacen como ellos, ha ganado un humorista que a los mismos ángeles hará reír. ¿Y qué historias nos podría contar ahora después de conocer la patria del gozo y la alegría? (Mayo, 1975).

56

¡Bendita peluquería!

Hace ya algún tiempo me invitaron a bendecir una peluquería. Sí, una peluquería de señoras. No he ido todavía, pero pienso ir. ¿Por qué no? Y lo más gracioso —si a alguno le hace gracia— es que quien me invitó no sabía bien para qué se hacía eso. Pero lo quería. Quizás porque esa es la costumbre y sale en los periódicos y sirve hasta de propaganda. Y tuve que explicárselo. La verdad es que no resulta fácil explicar lo que es una bendición y mucho menos para qué se bendice una peluquería de señoras.

Yo lo explicaría así: La bendición es una oración de la Iglesia que pide a Dios, para un determinado lugar, una serie de gracias que facilitarán a los que allí vivan o trabajen el mejor cumplimiento de sus deberes. Escuchen Vds. lo que pedimos en una de esas bendiciones: “Bendice, Señor, Dios omnipotente, este lugar para que reine en él la salud, la castidad, la virtud, la humildad, la bondad, la mansedumbre, el cumplimiento exacto de tu Ley y la acción de gracias a Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo, y que esta bendición permanezca en este lugar y en todos los que en él habitan, ahora y para siempre”.

No me digan que no vale la pena oír una bendición así. Pongan Vds. ahora una peluquería. Imagínense que todas las señoras que allí van a enguaparse son conscientes de la gracia de Dios que allí se ha derramado y se derrama. Y mientras les dan el tinte y el champú y les colocan el secador, en vez de estar leyendo el último divorcio a la española

que trae la revista, se dejan penetrar por esa gracia. ¿No creen Vds. que no sólo saldrán de allí más bellas, sino más humildes, más buenas, más puras, más fieles y más agradecidas a Dios que todavía, a sus años, les permite presumir?

Y las chicas que trabajan, ¿no pondrán más esmero en ese arte que, dígame lo que se diga, aumenta la belleza de este mundo haciéndolo más parecido a Dios?

No, no es un rito sin sentido una bendición. Pedid y recibiréis. Y toda gracia para ser buenos y mejores nos viene de lo alto. Una peluquería bendecida es un sitio donde todos se sentirán comprometidos. Unos, a esmerarse en su trabajo. Y otros, a dar gracias a Dios por el nuevo rostro y a hacer buen uso de ese don sin torcidas intenciones. Lo cual hará de ese lugar un lugar seguro, atrayente, acogedor, exquisitamente espiritual. Bendito, esa es la palabra. ¡Bendita peluquería, podríamos decir, que produce tanto bien!

57 Betanias

Los que van a Tierra Santa no se quedan sin hacer una visita a la casa de Marta —**Santa Marta**, 29 de julio—, la hermana de María y de Lázaro, los tres hermanos, amigos de Jesús, de quienes nos habla el Evangelio. Y cuando uno contempla aquellos lugares, detrás del monte de los Olivos, unas casitas de ladrillo en medio de higueras, donde unos niños del color del chocolate corretean espantando las gallinas, se siente la emoción de saber que aquel rincón, a unos kilómetros de Jerusalén, era para Jesús como su propio hogar, él que no tenía donde reclinar

la cabeza. Pero allí encontraba siempre la puerta abierta. Se le esperaba. Y allí comía, dormía, descansaba y, sobre todo, encontraba el cariño de la amistad.

Lugares así, de puertas abiertas, donde al llegar todos parecen como si te estuvieran esperando, son una bendición de Dios. Yo tengo ahora mismo en el pensamiento muchas de estas casas. Llegas allí sintiendo que sea una hora inoportuna, que la gente esté ya descansando o acostados todavía. Pero pronto se te pasa ese temor. Para tí por lo visto, con tal de que llegues, todas las horas son buenas. Y siempre hay una Marta que no descansa poniendo cosas sobre la mesa. “¿Qué quiere? ¿Qué va a tomar?” “Pero, ¿es que tengo que tomar alguna cosa?” “Pues, claro, ¡estaría bueno!” ¿Un café, café con leche, cortado? ¿Una manzanilla? ¿Licores, güisky? ¿O prefiere vino? Ah, una cerveza. No. Vd. toma refrescos. Mire, tengo una bebida sin alcohol...”. Y todo esto cortando ya trocitos de pan, abriendo una lata de mariscos y cortando un queso. Bueno y, en el supuesto de que te lo comas todo, eso es nada, porque tienes que quedarte a almorzar o a cenar. No te vas a ir así, a aquella hora, sin comer.

Yo comprendo perfectamente lo del Evangelio. “Marta, Marta —decía Jesús—, muy atareada estás. Fíjate en María. María sí que sabe lo que hace. Ella ha escogido lo mejor, lo único necesario”. Y es que María, a María le parecía poco todo el tiempo que tenía allí a Jesús para oírle, preguntarle, aclarar dudas y llenar el corazón con sus palabras. Sentada allí junto a Jesús ni se movía.

Tampoco falta en esos hogares que recuerdo con emoción una María que como la del Evangelio no quiere dejarte ir sin preguntarte alguna cosa. Es la gran ocasión de aprender algo. “Hace tiempo que le quería preguntar...” —te dice. Y de una cosa se pasa a la otra: problemas, inquietudes, interrogantes. “He oído decir, dicen que, qué opina Vd. ¿Es verdad que...” Y, sobre todo, “¿qué debo hacer?” Y el quesito blando y la mortadela esperando sobre la mesa. Y la Marta de la familia toda sofocada porque “mire Vd. que venir con esos problemas ahora al padre, con lo cansado que está y las ganas que tiene de comer...”.

Así, como lo digo, era la casa de Betania cuando llegaba allí Jesús. Y uno que sin pretenderlo se encuentra con tantas Betanias por ahí, comprende como nadie aquella amistad que unía a Jesús con aquellos

tres hermanos. Y el agradecimiento de su corazón. No sabemos otra cosa de Lázaro, de Marta y de María que su amistad con el Señor. Y los veneramos ahora como santos. ¡Dios mío! Pero ¡qué cantidad de santos debe de haber por ahí si de esa manera premia Dios el cariño y la hospitalidad!

58 Mi casa

Durante años y años, al pasar por cierta calle de Las Palmas, vuelvo instintivamente la cabeza. Es una casa la que atrae mi atención. Si voy hacia Las Palmas, vista a la derecha. Si es al Puerto a donde voy, vista hacia la izquierda. Como si una voz militar me lo mandara.

No es una casa cualquiera aquella casa. Al menos para mí. Porque allí vine yo al mundo. Y aunque ese hecho singular no lo recuerde —nadie lo recuerda—, sí recuerdo bien la casa toda tal como de niño la veía. Su piso a la entrada, de madera. El ventanuco que daba hacia la calle. Un patio interior partido en dos por unas chapas de madera. Y aquellos interiores oscuros de la tienda que ocupaba parte del solar, con sus básculas y romanas y sacos y cartuchos y cajas y botellas... Luego subía una escalera al piso alto. Y arriba, además de otra vivienda a lo largo de un estrecho corredor, estaba la azotea, una azotea mitad patio, mitad granja, con sus cabras, sus gallinas y palomas, su ropa tendida y un olor a alfalfa y a estiércol realmente delicioso.

Hace muchos años que no pongo en ella el pie. Pero me atrae como un imán. Porque el simple hecho de haber nacido allí me habla de

llanto y de alegría y de ternura maternal que no se olvidan. Mi casa — creo que tengo razones para llamarla así— se ha mantenido afortunadamente incólume desde entonces, sin perder su aspecto original. La misma altura de una planta haciendo esquina. Las mismas puertas y ventanas. Otras casas al lado y frente de ella se han ido transformando. Han levantado varios pisos, han cambiado de estilo. Ella, fiel a su pequeña historia, ha permanecido fiel. Bajita y arrugada, como una bisabuela, pasar delante de ella es quitarme años de encima, recordar los juegos infantiles y aquella alegría de la víspera de Reyes cuando subíamos a su azotea para ver la cabalgata y a los Reyes Magos cargados de paquetes.

Hace unos días, al pasar por esa calle, volví como siempre la vista a la derecha. ¡No, no era posible! Mi casa estaba por los suelos. Un enorme boquerón en sus paredes dejaba ver el interior convertido ya casi en un solar. La vieja casa había caído con todos mis recuerdos. Sentí un dolor muy hondo, como si la casa me tendiese sus muros descarnados hacia mí para que la defendiese. ¿No me había defendido ella a mí, recién nacido, bajo sus techos de madera? Quizás nadie sino yo, después de tantos años, la miraba con amor. Tuve que volver la vista al otro lado. De ahora en adelante, al pasar por allí, tendré que mirar en otra dirección, cerrar los ojos, si quiero recordar. Y cuando se levante sobre sus muros el hermoso edificio que sus propietarios habrán pensado construir, ¿cómo podré mirarla sin llorar?

59

¿Por dónde se va?

Muchas veces los turistas se te acercan y en español, si lo saben, o en su idioma y ayudándose con señas te preguntan: ¿El parque de Santa Catalina? ¿La Catedral? ¿La Casa de Colón? Y tú, que sabes perfectamente dónde están esos lugares, en español o en su idioma, si lo sabes y ayudándote con señas, les respondes: "Coja la línea 2, siga recto por esa calle. Tuerza a la izquierda. Siga luego a la derecha. Está muy cerca. 5 minutos". Te dan las gracias y se marchan satisfechos.

Otras veces, en cambio, no te sientes tan seguro. Te preguntan por un hotel, por una pensión, una oficina, y tienes que decirles: "Perdonen, lo siento, pero no sé dónde está. Pregunten por ahí a cualquier otro".

Digo esto pensando en nuestra predicación. Cuando hablamos como sacerdotes, los que oyen, aquellos hombres y mujeres que están allí sentados escuchándonos, son como los turistas preguntando por una dirección. Todos se suponen que buscan algo. ¿Saldrán de la iglesia orientados, seguros de a dónde han de dirigir sus pasos? ¿O saldrán más desconcertados que antes de escucharnos y con la intención de preguntarle a otro?

Dios mío, dice el Evangelio que Jesús causaba sensación entre sus oyentes porque "*hablaba con autoridad*" (Mc. 1,22). En las palabras de Jesús no había dudas, ni vacilaciones. Hablaba con la convicción y la conciencia clara de que sus palabras eran la verdad. ¿Qué tengo

que hacer, por dónde tenemos que ir para lograr la vida eterna? Esto. ¿Y cómo? Así. ¿Cuál es el camino? Yo soy el Camino. No se puede dar mayor autoridad. Y esta seguridad y autoridad Cristo ha querido que la tenga la Iglesia al enseñar. ¿No es esa la autoridad del Papa viajero por el mundo? Al oírle, no queda más remedio que decir: Palabra de Dios.

A quien dude de la verdad de su doctrina habría que leerle lo que dice el libro del Deuteronomio: "Pondré mis palabras en su boca y les diré lo que yo le mande. A quien no escuche las palabras que pronuncie en mi nombre, yo le pediré cuentas" (Dt. 18,19).

Démosle gracias a Dios de que en el camino de la vida tengamos un guía que no es como otros que hablan en una nebulosa, con palabras ambiguas y confusas, sino como Cristo, con su misma autoridad y claridad.

60

Yo estaba allí

Los vecinos de San José del Alamo pusieron el domingo la primera piedra del altar de una ermita que está empezando a construirse en el lugar donde en otros tiempos se paraba la imagen de la Virgen del Pino en sus bajadas a Las Palmas. Y el acto fue una fiesta llena de movimiento y de color que quedará para siempre en el recuerdo.

Allí, junto al hoyo donde la piedra esperaba ser introducida, había en primera fila muchos niños, algunos de Primera Comunión, que habían comulgado en la misa celebrada al aire libre por el Vicario de la Diócesis. "Fíjense bien —les decía—, porque Vds. serán los que cuando tengan 70 u 80 años lo podrán contar". Y yo me imaginaba a aquellos

niños convertidos en abuelos, con su bastoncito, tomando el sol delante de la ermita y contándole a sus nietos sus recuerdos del día aquel, 25 de mayo del 75, un día de sol radiante, cuando se bendijo la primera piedra:

“Yo estaba allí en primera fila”, dirán ellos. “Le pusimos dentro una moneda de 100 ptas. y otra de 50, 25, 5, 2’50, 1 peseta y 50 céntimos. Y tres periódicos, los que había entonces: el Diario, La Provincia y El Eco de Canarias. Y unas hojas con la historia de la ermita y las firmas de los sacerdotes, de la madrina que había regalado el solar, de las autoridades del Ayuntamiento de Las Palmas y Teror y de los vecinos. Mi padre también firmó, porque él fue el que más había trabajado”. Y, al decir esto, de seguro que mirarán aquellas paredes con orgullo, como una cosa propia. “¿Y saben Vds. con qué le echaron el agua bendita? Con dos flores, dos claveles. Y luego taparon el agujero con cemento y bajaron la piedra. Era como cuando entierran a una persona. Después, cuando cayó en el hoyo, todos cogieron la pala y uno por uno le fueron echando tierra encima. Algunas mujeres se abrieron paso y con la misma mano echaron un puñado de tierra en aquella zanja. Y luego hubo un brindis. Y música por los altavoces. Parecía una boda”.

Y los nietos de los que hoy son niños de Primera Comunión mirarán asombrados para aquella ermita que hoy no es sino una esperanza a medio levantar, y harán esfuerzos para imaginarse aquel campo casi todavía como terreno de cultivo pero que entonces estará, por supuesto, convertido en una ciudad residencial, en uno de los sitios más bellos de la isla como un mirador sobre la capital. Y allí estará la ermita aquella con su estilo típico canario recordando no sólo el sitio donde descansaba la imagen de la Virgen en sus bajadas a Las Palmas sino la fe de unos vecinos que quisieron tener su iglesia para que, al calor de la presencia de Jesús en un sagrario, sus hijos se mantuviesen firmes en la fe (Mayo, 1975).

61

De la mano de Dios

Una catástrofe como la voladura de un edificio por un atentado terrorista, o que un avión estalle en pleno vuelo y caiga sobre un pueblo destrozando las viviendas, cuando unos escapan milagrosamente y otros mueren aplastados y quemados, despierta en todos los más variados sentimientos. ¿Verdad que los que se han librado de la muerte le darán gracias a Dios por estar vivos? “La Providencia — dirán— nos ha librado de morir. Yo estaba allí, yo había salido un momento antes de la casa. Un poco de retraso y no lo cuento”. Y toda la vida estarán viendo en aquel deseo de salir un auténtico milagro. Lo mismo dirá el que perdió el avión que se estrelló o el que estaba fuera de la casa que se derrumbó. Y yo me pregunto qué dirán los que no tuvieron la ocurrencia ni el deseo ni la posibilidad de salir del sitio donde se produjo la catástrofe. Estaban allí porque tenían que estar. Cumplían su deber. Y el fuego los achicharró. ¿Para ellos no hubo providencia ni milagro?

No podemos reducir la Providencia, esa verdad de nuestra fe, a unas cosas que nos salen bien y negarla cuando las cosas nos van mal. Sería empequeñecer la obra de Dios. ¿Qué diríamos de un árbol que se cubre de flores en la primavera y, mientras los otros las van perdiendo poco a poco quedándose sin flores pero llenándose de frutos, él sigue con sus flores? Yo creo que por muy hermoso y oloroso que el árbol nos parezca, no es mejor para el árbol el seguir así en continua primavera. Lo bueno está en la muerte de las flores, en quedarse sin ellas y dar

fruto. Sin embargo, nosotros en la vida lo miramos todo con ojos demasiado cortos. La vida es un bien, por supuesto, como lo son las flores. Pero no es el único ni tiene carácter absoluto. Ver la Providencia de nuestro Padre Dios sólo en la vida, en escapar de la muerte, y no en la misma muerte, aunque ésta sea dolorosa, es no tener idea de ese manto de amor que nos envuelve, con ternura maternal y que de la muerte y de la vida, del llanto y de la risa, hace una bella historia cuyo final será un final feliz, aunque todavía no lo podamos conocer. La Providencia. ¿Puede haber verdad más estimulante que el saber que nuestras vidas están llevadas de la mano de nuestro Padre Dios, aunque nos lleve por cañadas oscuras, como dice el salmo, y por caminos intrincados que nos hacen sangrar?

62

Bajo una higuera

En la vida de las personas hay siempre un lugar cuyo recuerdo, si estamos lejos, nos llena de emoción. Yo sé dónde está la casa en que nací. Nunca recuerdo haber vivido allí, pero jamás paso por la calle, en coche, en guagua o caminando, sin que, al llegar frente a esa casa, vuelva la cabeza y la contemple largamente.

Otras veces es un camino, una iglesia, un hotel, un barco. Los esposos recuerdan el sitio en que se vieron por primera vez. Algunos hacen un viaje, cuando los hijos son mayores, siguiendo el mismo itinerario que hicieron en su viaje de novios, reservando incluso la misma habitación del hotel. Los momentos felices que entonces se vivieron parecen revivir. Es como si el tiempo se hubiera detenido y volviéramos a ser

aquellos niños que jugaban felices en el patio, debajo de la parra, en aquella calle o en aquel solar.

Sí. Da gusto recordar las horas de felicidad al contacto con las cosas y lugares amados. Pero ¿no hay también un lugar, no habrá quizá en nuestros recuerdos un lugar de sobresalto, un sitio cuyo nombre quisiéramos olvidar completamente? Junto a una historia feliz puede haber una historia desgraciada. Ir a aquella casa, seguir aquel camino, sentarme a la sombra de aquel árbol es algo que, no sólo nos traería malos recuerdos, sino que por nada del mundo quisiéramos que se descubriese lo que fue para nosotros. Y, sin embargo, nuestra vida ha quedado ya marcada y vinculada a esos lugares. Forma un todo compacto que no podemos romper. Y si alguien quiere conocernos de verdad, tendría que conocer esos momentos clave de nuestra vida, de los que nos sentimos tan felices o nos avergonzamos.

Hay un santo cuya vida estuvo ligada a un árbol, a una higuera. Algo sucedió debajo de la higuera de su casa que marcó a Natanael para toda la vida. Algo que él sabía y sólo él sabía. Y, cuando Jesús le dice que lo había visto debajo de la higuera, se sintió desarmado ante los ojos de Dios. **San Bartolomé** —24 de agosto—, el Natanael del Evangelio, guardaba su secreto, su pequeña historia, eso que sólo Dios sabía y que sin duda era una historia de la que no tenía que avergonzarse. Jesús le dijo: “Este es un verdadero israelita en quien no hay falsedad”.

¿Nos gustaría que se descubriese nuestra historia, la del árbol, la casa, aquel camino, aquella habitación? ¿Será nuestra vida como la de Bartolomé, clara y limpia como el cristal, o será una mentira?

63

Mausoleos

Entró en la Catedral un señor con aire de turista o de visitante despreocupado. Desde el banco donde yo estaba sentado lo vi dar vueltas por las naves, recorriendo todas las capillas una a una. Se detuvo un momento en la de Santa Teresa, pasó frente al mausoleo de D. Fernando de León y Castillo y, cuando yo creía que ya se había marchado, volvió a pasar junto a mí.

—Oiga, padre —me dijo—, ¿por qué todos los panteones que se ven en las iglesias son de gente aristocrática?

—Es muy triste, ¿verdad? —le dije yo adelantándome a su pensamiento. Pero él no pareció oírme.

—Siempre igual. La Iglesia —siguió diciendo— todo para los ricos. Se mueren y los entierran en las iglesias en un soberbio panteón. Y los pobres, a la fosa común. ¡No creo en Dios!

Y con paso deportivo se me fue sin que pudiera añadirle una palabra.

“No creo en Dios”. La verdad es que con una persona que razone con lógica se puede hablar y discutir. Pero ¿qué se le dice a una persona que no cree en Dios porque yo tengo preferencia con los ricos y me olvido de los pobres? Lo lógico sería: “Mire, padre, no creo en Vd. No creo en su fe cristiana, porque si tuviera un tanto así de fe y viviera el Evangelio, Vd. no haría eso”. Así, sí. Yo quedaría avergonzado, al des-

cubierto, pero el Evangelio y Dios quedarían en su sitio, porque no es culpa de Dios sino culpa mía. ¿O es que Dios no va a existir porque yo me porte mal?

Bueno, al grano. ¿Está bien o mal un mausoleo de un personaje ilustre en las iglesias?

No he pensado yo mucho sobre esto, pero se me ocurre que cuando un pobre vea en el mármol el nombre de ese personaje, dirá: "Tan rico y famoso y se murió como un cualquiera". Es un signo de que la muerte no respeta a nadie. Y ése es un pensamiento muy de Iglesia, ¿no?

Me pregunto además qué o cómo serían nuestras iglesias si a cada pobre infeliz que muera en la parroquia le hacemos un precioso mausoleo. Eso, por ahora, se queda para las grandes figuras, para los reyes que en sus espaciosos panteones tienen un lugar que se llama "pudriero de Reyes" que, a fin de cuentas, es a donde viene a parar toda su riqueza y poderío. ¿Quién se puede sentir mal con tal verdad?

La lección de todo esto es que ciertamente hay personas que se alejan de Dios porque los que decimos que creemos en El no somos lo que deberíamos ser. Y es que se supone que debe haber una relación inseparable entre la fe y la vida. ¿Hay vida? Entonces lo que se cree tiene realidad, existe, es verdadero. ¿No hay vida? Entonces todo ese mundo de la fe es un puro cuento. Esta lógica no será muy filosófica, pero sí que es muy vital, muy espontánea. De ahí el aire deportivo de aquel señor y su profesión de ateo con la que se marchó tan satisfecho.

64 ¿Medio brazo?

—Mire, padre, aprovecho que está Vd. hoy en mi casa y le voy a hacer una pregunta.

—Bien —le dije a la señora—, aprovéchese Vd. Para eso estamos.

—Es que yo quiero ofrecer un brazo de cera a San Amaro y no he encontrado un brazo entero hasta el hombro. ¿Qué hago?

Confieso que preguntas como ésta parecen preguntas de reválida. Es un tema que uno jamás ha estudiado porque ni siquiera se imagina que salga alguna vez en el examen. Pero hay que contestar. ¿Qué le podría yo decir?

Recordé de pronto esos Santuarios marianos, como el de Fátima en Portugal o el nuestro de la Virgen del Pino en Teror. ¿Quién no ha visto esas paredes o habitaciones que parecen un museo de cera, llenas de cabezas, piernas, manos, ojos, bastones y muletas? El espectáculo no es bello, no es estético. Pero es fascinante. Parece como si allí hubieran estado todos los enfermos de que habla el Evangelio, que los llevaban a Jesús y a *todos los curaba* (Mt. 8, 16). Cada una de aquellas piezas responde a un dolor, a una enfermedad. Dolor o enfermedad que por la fe depositada en Dios, en Cristo, la Virgen o un santo de su devoción se vieron aliviados o desaparecieron. ¿Podría una gracia tan clara, un favor tan grande, pasar así, sin pena ni gloria, sin que nadie lo supiese? No. Podría haberse puesto una nota en el periódico. Algunos

lo hacen. Podría haberse escrito a revistas especializadas que dan cuenta de las gracias o favores recibidos. Todos hemos leído esos relatos de personas agradecidas. Pero otros quieren dejar constancia del favor depositando junto a la imagen de su devoción, como un trofeo, la reproducción en cera del miembro enfermo que obtuvo la salud. Para que se sepa.

Esas habitaciones son como las salas en que un atleta o un equipo expone sus medallas y las copas que ha ganado en competiciones deportivas. Cada una de aquellas piezas de cera es un homenaje a la Virgen o al santo intercesor, y al mismo tiempo es una señal de la fe del que un día acudió a Jesús y quedó sano. Pidió y recibió, llamó y se le abrió.

—Entonces ¿qué compro? —me dijo la señora—. ¿Un brazo o el cuerpo entero?

—Mire Vd. Como esas piezas de cera —se llaman “exvotos”— no tienen otro fin que dar a conocer la gracia recibida, me parece que el que vea un cuerpo entero no sacará idea de lo que a Vd. realmente le pasó. Se creará otra cosa. Si ve un brazo, aunque no sea entero, la idea será más exacta. ¿No le parece?

La señora quedó satisfecha, al parecer. Otro tribunal examinador quizás me habría pedido otras matizaciones, me habría exigido más. Pero ¿qué decirle a quien sólo buscaba tranquilizar su conciencia llena de fe y de agradecimiento por la gracia recibida?

65

Judas, fiel

Un nuevo sacerdote ha venido hoy a aumentar las filas del clero de Canarias. Esta tarde, en una ceremonia emotiva —y al decir “emotiva” no repito por rutina lo que se suele decir en estos casos, sino que afirmo la verdad— fue ordenado sacerdote Judas Romero, en su pueblo, la Villa de Agüimes.

Siempre, querido Judas, me hizo gracia tu nombre, tan igual al del discípulo traidor. Y aunque todos saben que Judas hubo dos entre los Apóstoles y que tu nombre no era el del Iscariote que vendió a Jesús, sino el del otro, el bueno, el que primero viene al pensamiento es el del malo. Y mira por dónde, con un nombre que recuerda la más alta traición, has llegado al sacerdocio, a la intimidad y cercanía más grande que se puede soñar con el Señor.

Yo creo que tu sacerdocio, que al fin y al cabo se construye sobre nuestra carne, con sus nombres y apellidos, su herencia y sus flaquezas y debilidades, va a nutrirse de algún modo de esa paradoja de ser Judas y Jesús al mismo tiempo. Tú vas a ser el sacerdote de la reconciliación. Has sido ordenado en el Año de la Reconciliación, y tu nombre va a ser un desafío a la mala voluntad de los que se ahorcan en sus rebeldías y mueren reventados por el peso de sus pecados sin querer volver a Dios. ¿Qué habría sido de Judas, si en vez de desesperarse por haber traicionado a su Maestro, vuelve a El y llora su pecado? ¿No le

habría devuelto Jesús el beso que él le dio, convertido ahora en un beso de cariño y de perdón?

Visto así, tu sacerdocio casi me atrevería a decir que viene a llenar un vacío en este mundo dividido, esquinado, rencoroso, hostil, que se guarda rencor, que habla sólo medias palabras a la cara y luego comenta por detrás la otra mitad. Es un mundo que no cree ya ni siquiera en el perdón, porque no está dispuesto a perdonar. Y quizás la culpa la tengamos los que no predicamos a Jesús sino con el látigo en la mano, echando del templo a los ladrones, y no dejándose besar por el discípulo traidor.

Querido Judas: Eres otra vez el misterio del amor de Dios entre los hombres, esa mezcla de lo divino y de lo humano, nueva encarnación para salvar el mundo. ¿Cómo no alegrarnos todos esta noche primera de tu sacerdocio y unirnos a tu gozo y el de tu familia que te mirarán como quien aún no se lo cree? No, tú no has sido traidor, aunque yo siempre por broma te lo diga. Tú has sido fiel. Y no te pesará. Y cuando con tu nombre, que recuerda el mayor de los pecados, nos des a Dios y su perdón, puedes estar seguro de que habrás realizado como nadie el designio de tu vocación. ¿Te acordarás de que esto y SOLO ESTO es lo fundamental de tu sacerdocio?

Con este deseo, beso tus manos consagradas. (Mayo, 1975).

Niña pequeñita

Cuando un soldado agoniza en el frente de batalla dicen que pronuncia el nombre de su madre, que la llama, como un niño. Parece como si la vida, tanto al recibirla como al darla, no pudiera separarse de ese ser, esa mujer que nos llevó en su vientre y nos dio su sangre y que por muchos años que contemos siempre seremos "su niño" para ella. Madre e hijo son como un solo ser en el nacimiento y en la muerte. ¿Por qué será? ¿Por qué nos sentiremos niños en los momentos de peligro y decimos "mamá"? ¿Es para sentirla a nuestro lado o porque ella realmente está junto a nosotros?

Misterios del amor, que es más fuerte que la muerte. Hace pocos días presencié el dolor de una madre ante el cadáver de su hija. Cuando aquella mujer la vio en la caja, cubierta con un lienzo, lanzó un grito desgarrador: "¡Ay, mi niña pequeñita!"

Sí, aquella era su "niña pequeñita". Y allí, llorando estaban los hijos de su niña pequeñita, y los hijos de los hijos de su niña. Aquella niña pequeñita era una abuela con nietos ya crecidos. Pero para su madre, seca y arrugada como un palo, era la niña de sus entrañas, la primera quizás que había dado a luz, y su corazón de bisabuela se enternecía ahora como si acabara de darle de mamar, o sintiera sus llantos en la cuna.

No hay distancias, no hay tiempo para un amor así. Es eterno como Dios. Sólo el que ama —¿y quién sabe de amor como una madre?— conoce de algún modo a Dios y vive ya en la eternidad.

67

Magia santa

San Nicolás de Tolentino — 10 de septiembre — fue religioso de la Orden de San Agustín. Por eso se le suele representar vestido con el hábito negro, propio de la Orden, pero tachonado de estrellas. Y en la mano, una perdiz.

La perdiz es, curiosamente, un detalle inseparable de la vida de este santo. Y todo porque... bueno, hay dos versiones del caso de la perdiz. Unos dicen, y es lo más corriente, que el santo, por no faltar a su propósito de no probar la carne, dio vida a la perdiz que le traían aderezada como un plato exquisito. ¿Se imaginan Vds. la perdiz poniéndose de pie en el plato y sacudiéndose la salsa para echarse a volar? Otros, en cambio, dicen que no hubo tal cosa, sino que el santo, obediente al superior y al médico que cuidaba de su salud, probó la perdiz y luego la partió y la compartió con otros hermanos religiosos enfermos del convento. ¿Con qué versión nos quedamos?

Yo, personalmente, prefiero la segunda. Me gusta más un San Nicolás humilde y obediente, compartiendo la perdiz, que un San Nicolás inflexible en su propósito, saliéndose con la suya a pesar de la indicación del superior y de su médico particular de que tomara carne. Yo prefiero una perdiz compartida a una perdiz resucitada. Porque una perdiz

resucitada parece un juego de magia para asombrar al personal. ¡Qué cosas hace este hombre! ¡qué milagros! Y venga a hablar de él. Pero una perdiz que, a pesar de lo rica que está, se comparte con los otros, es un acto de amor que si nos asombra no es por su malabarismo mágico, sino por ser un juego limpio de olvido de sí mismo, de solidaridad. Y esto sí que es una auténtica maravilla, mayor que ver una perdiz salir volando del caldero.

Siempre estamos en lo mismo. San Nicolás no hacía estas cosas porque fuera santo, sino que fue santo porque hizo estas cosas. Si analizamos su vida, su oración, su mortificación, su estudio, su trabajo manual en el convento, su predicación, su forma de celebrar la Santa Misa y su trato con los pobres y necesitados, veremos que todo arranca de la misma fuente, del mismo espíritu que le hizo probar y compartir la famosa perdiz en el convento.

Y éste sí que es un milagro —magia santa— que podemos hacer todos: obedecer y compartir. Si tuviéramos tanto espíritu como para hacer de nuestra vida un don para los demás, lo otro, el que las perdices salgan volando fritas, sería un juego de niños.

68

La chica de la guagua

La chica, en la guagua, iba sentada en ese asiento que da la espalda a las ventanas. Tendría unos 11 años, 12 lo más. Hojeaba una revista. La revista era un último número que yo había visto colgado aquella mañana en todos los kioscos y escaparates de estancos y librerías. Brillaban las páginas donde se asomaban los rostros de artistas famosos del cine y la televisión.

Yo, en el asiento contiguo, veía cómo pasaba una hoja, leía los títulos de los artículos y resbalaba la vista por las fotos. Disimuladamente yo también leía las letras gordas. Pero a veces no me daba tiempo. La niña no parecía tener ninguna preferencia. Yo, sí. Me habría gustado ver por qué aparecía allí tan sonriente uno de mis artistas preferidos, que yo también los tengo. Pero, nada. La chica pasaba la hoja y me dejaba con las ganas. Hoja a hoja llegó hasta el final. Cerró la revista, miró hacia delante a ver tal vez por dónde iba la guagua y, con un gesto como quien dice "todavía me quedan tres paradas", volvió a abrir la revista. Ahora la chica sabía lo que buscaba. Fue derecha a la página. Ya está. Dobló la revista hacia atrás y se enfrascó en la lectura.

¿Qué página le había podido interesar? Estaba tan cerca que pude leer los titulares. Decía: "Farah Fawcett (ex "Ángel de Charlie") se separa de su esposo". Se lo leyó todo. Luego volvió a hojear la revista y buscó el programa completo de la Tele para toda la semana. Aquello

parecía interesarle. Era su mundo y seguramente quería fijar bien en su memoria el día y la hora en que lo podría disfrutar.

Me bajé de la guagua. En el primer estanco que vi me compré la revista. Quería meterme yo también en el mundo en que vivía aquella niña de 11 años, 12 lo más. Por suerte no era una revista pornográfica. Ya me había dado cuenta. Pero si no desnudaba los cuerpos como reclamo comercial, sí presentaba las almas al desnudo. Unas almas que no se recataban de hablar de sus vidas íntimas, privadas, de amor en amor, al margen de toda ley moral, en un mundo donde ya el matrimonio y la relación marido y mujer se ha sustituido por el "estar unidos sentimentalmente" y el hombre es "compañero" de la mujer, sin otra relación de compromiso y, en una mezcla descarada de incredulidad y fe, quieren el bautismo para sus hijos cuando han rechazado el matrimonio de la Iglesia.

Pienso en la chica de la guagua. ¿Qué verá ella en perspectiva, en su horizonte de niña muy pronto enamorada? ¿A qué le sonarán todas nuestras enseñanzas del amor eterno, indisoluble, de la fidelidad conyugal, cuando sus amigos de la Tele viven como quieren y todos parecen darles la razón al verlos tan felices? ¿No es ésta una pornografía más demoledora que la de los cuerpos?

69

Medicina interna

Hasta no hace mucho todavía, sobre todo en los campos, ver a un sacerdote dirigirse a una casa era poner en conmoción a todo el barrio. ¿Quién sería el enfermo? La noticia corría de boca en boca: "El señor cura ha ido a casa de fulano. ¿Estará grave?"

Desgraciadamente era así. El cura de visita era señal de enfermedad, de mal agüero. Ver al cura desplazarse a un barrio era un motivo de alarma general. Alguien estaba grave, a punto de morir.

Hoy esto nos parece tan extraño que pensamos que nunca pudo ser. En primer lugar porque no se distingue ya al sacerdote desde lejos. La sotana negra ha ido desapareciendo como traje de calle. Y en segundo lugar porque los curas no reservan sus visitas para los casos de enfermedad y las casas donde alguien falleció. El que entre en esta o aquella casa no es señal de muerte sino de vida, porque va para ver a los amigos, charlar, compartir penas y alegrías, consolar si hace falta, informar, instruir. Las mismas razones que tienes tú para visitar a una persona las tiene el sacerdote. ¿Por qué pensar que llegar el cura es tener que hacer ya el examen de conciencia?

Sin embargo, el Evangelio nos recuerda algo que siempre fue una preocupación fundamental en el hogar cristiano. ¿Recuerdan el milagro aquél del paralítico, cuando no podían entrar en la casa donde estaba Jesús y bajaron al hombre por el techo? Jesús, al verlo en la camilla

delante de él, le dijo: *"Hijo, tus pecados quedan perdonados"* (Mc. 2,5). Ya ven. Lo llevaban para que le curase la parálisis y Jesús parece no darse cuenta de su enfermedad. Tus pecados. ¡Ni que hubiera ido a confesarse!

Aquella presencia del sacerdote, que llegó a ser símbolo de enfermedad, no se debía a otra cosa sino a la preocupación del enfermo y de la familia del enfermo por confesar sus pecados, por estar en gracia de Dios. Era lo fundamental. Grave o leve, la enfermedad es un aviso y hay que prepararse. Hoy quizás haya mucho médico, mucha clínica, mucha medicina, mucha urgencia para quitar los dolores del cuerpo pero, del alma, ¿quién se acuerda?

Bueno, bien sé yo que hay familias y personas particulares que, por encima de la salud de su cuerpo, les preocupa vivir en el amor de Dios. Y yo no digo que antes o después del médico, pero si hay enfermedad, accidente u operación, el sacerdote está allí. "Tus pecados quedan perdonados". Y luego, si Dios quiere, la alegría de oír: "Levántate y anda".

70

Descanse en paz

Los días que estamos viviendo pasarán a la historia con todos sus detalles, porque no todos los días muere un hombre como Franco, a quien los españoles mirábamos como uno más de la familia. ¿No es esto lo que hemos visto y oído decir espontáneamente en estos días a hombres y mujeres, jóvenes y ancianos?

Negar lo sería cerrar los ojos a la realidad. Pero yo diría que no todo está dicho en esos magníficos reportajes, extensos como largometrajes,

y en esas dobles, triples, cuádruples y hasta décimas tiradas de los diarios, voluminosos como libros. La verdadera historia de Franco, nuestro Jefe de Estado a quien hoy todos hemos acompañado a su última morada en el Valle de los Caídos, es la que podría contar yo y tú y cada uno de los españoles que con él nacimos, bajo su gobierno vivimos y le hemos visto morir cuando ya peinamos canas. Yo, como todos, tengo una historia pequeñita que es la que hoy me deja a punto de llorar, porque está unida al recuerdo de la casa, de los padres y de aquellos años de la infancia feliz. Fue el 18 de julio del año 36. Yo jugaba en el patio de mi casa cuando entró mi padre. Se quitó la americana y exclamó: "Hoy se puede respirar". Yo era entonces muy pequeño, pero esa frase me resuena todavía en los oídos con el mismo acento y emoción con que fue pronunciada. No comprendía entonces por qué aquel día se podía respirar, pues yo respiraba lo mismo el día anterior... Pero ni mi padre ni nadie de los que entonces sabían lo que pasaba y lo que podía suceder, respiraba a gusto. Aquel día, sí. Porque Franco...

Y aquí empieza ya la historia. Hemos estado respirando, yo diría que a pleno pulmón, durante treinta largos años, prácticamente los cuarenta, mientras al mundo a nuestro alrededor se le ha cortado la respiración, ha visto atenazada su garganta y se ha ahogado en una atmósfera de guerra, de violencia, de odio y de persecución de la que nosotros sólo hemos sentido si acaso alguna ráfaga que pronto se ha desvanecido. Siempre respirando. Y con el aire, la alegría de vivir, la seguridad, la paz. Con estrecheces, pero con paz. Con deseos de más, pero con paz. Con incompreensión, pero con paz.

Franco se ha marchado, pero ha muerto en paz. En la suya, en la que él hizo y por la que luchó, y esperamos que también en la de Dios, Juez Justo, el único que sabrá valorar toda su vida. ¿Qué podemos decir en esta hora sino las palabras de la Iglesia que, en su caso, suenan como en exclusiva? "Descanse en paz".

Esperamos que desde la eternidad, junto a Dios a quien quiso unir su amada España, siga rigiendo los destinos de la Patria con la misma firmeza que lo hizo en vida, en la que no tuvo, después de Dios y su familia, otro amor más grande y más sincero.

Esta esperanza nuestra y la coincidencia feliz de que España estrene Rey en la festividad de Cristo Rey —que ha sido hoy— ¿no serán

la garantía de que España va a ser como el de Cristo “un reino de verdad y vida, de santidad y gracia, de justicia, de amor y de paz?” (Noviembre, 1975).

71 Re-nacer

Creo que en la vida no hay, no puede haber emoción más entrañable —es es la palabra— que la de la maternidad. Cuando una mujer advierte el primer signo de que una nueva vida ha empezado a latir dentro de sí, ese misterio de la vida, fruto del amor, que nace y crece en el seno de la madre, transforma totalmente a la mujer. Ni los transportes del descubrimiento del amor pueden compararse a la emoción de sentir ese latido de la vida en la propia entraña.

Sí, ya sé que hay mujeres que miran la maternidad como un estorbo. Chicas casadas que han ido al matrimonio “preparadas” para no correr el riesgo de un embarazo inoportuno. Madres ya que no aceptan ese fruto bendito de su vientre y lo arrojan como si fuera algo maldito. Pero ninguna de estas monstruosidades, nacidas del más vergonzoso de los egoísmos, puede empañar la belleza del instinto maternal que en la mujer, capaz de amar, alcanza una ternura casi infinita.

Algo así como esa vida escondida en el seno de la madre viene a ser lo que ocurre en nuestro ser cuando recibimos el Bautismo. No se ve nada al exterior. Pero allí, en aquel recién nacido, late ya una vida como una semillita y que viene a ser el latido mismo del Espíritu de Dios. Es como una nueva concepción, fruto del amor de Dios hacia nosotros.

Y así como el niño en su estado embrionario no puede ver el rostro de su madre, pero existe dentro de ella, y se mueve dentro de ella y vive de ella, así nosotros no vemos a Dios, pero existimos en El, nos movemos en El y vivimos de El.

Llegará un día en que el niño nace. La madre le da a luz. Y el niño puede ver entonces el rostro de la que le dio el ser. Como hijos de Dios llegará un día en que saldremos de este estado embrionario en que ahora estamos y naceremos a la LUZ, con mayúscula, de la Vida Eterna. La muerte será nuestro verdadero nacimiento. El mundo nos arrojará como un vientre a esa otra Vida libres ya de los lazos de la carne, del tiempo y del espacio que nos tenían aprisionados y podremos ver el rostro de nuestro Padre Dios.

Misterio de Vida. No hay otra palabra. ¿Podrá haber alguien que mire el Bautismo con indiferencia? ¿Habrá alguien tan desnaturalizado —en su vida de fe—, que como esas madres que consideran al hijo como un riesgo que hay que evitar a toda costa, piensen en dejar el bautismo para más adelante, privando a su hijo de la Vida, de la verdadera Vida, que le hará feliz más allá de las fronteras de este mundo?

¿Equilibrio económico?

Las promesas de hacer de nuestra sociedad una sociedad más justa y más equilibrada, en la que las cargas se repartan equitativamente, son palabras que suenan como música celeste. Y se recuerdan siempre tarareándolas a cuenta de las rentas, las contribuciones, los arbitrios y toda esa fiscalización por parte del Gobierno de lo que ganas o dejas de ganar, para exigirte lo que, según los expertos, hace falta para lograr una justicia equilibrada.

El ciudadano, al ver lo que le sale positivo en la declaración de renta, no quiere pensar mal. Le han dicho que sólo el que contribuye tiene derecho a exigir. Y hace actos de fe en que ese dinero es una aportación suya al bienestar total que, al fin y al cabo, será también su propio bienestar.

Pero otros, con menos fe, te dicen: "Mire, Vd. Eso de una sociedad más justa en la que todos disfruten por igual y no caiga el peso de la vida sobre los más débiles es música celestial, pero esa música está todavía en la partitura, porque nadie la ha sabido aún interpretar. A mí me piden, me exigen, me controlan, me deducen, me descuentan, me retienen, me recargan... Pero todavía nadie ha tocado en mi puerta para averiguar qué me hace falta, cuánto necesito para vivir medianamente bien, y dármelo. ¿Dónde está la justicia? ¿Dónde está el equilibrio? Si tanto preocupa la igualdad, ¿por qué sólo se piensa en quitarle al que le sobra y no en darle al que le falta?"

Esta forma de hablar no será muy científica desde el punto de vista financiero, pero es la voz del pueblo y tiene su valor. Yo también compruebo que nadie de la Administración, ningún cargo alto ni bajo de la Delegación de Hacienda, ha venido a mi puerta a preguntar cuánto me hace falta para vivir, con el propósito de compensarme si mis ingresos son insuficientes. Que es lo que en elemental justicia debería hacerse si por otra parte sabes que se le está quitando o deduciendo al que le sobra. ¿O no?

En resumen, que la sociedad equilibrada está todavía por inventarse. Y si hay algún equilibrio, donde lo haya no será por la aplicación de leyes fiscales, sino por la libre iniciativa de quienes, conscientes de sus deberes para con los demás, se quitan de lo propio para dárselo a los que padecen mayor necesidad.

Que **San Mateo** —21 de septiembre—, el apóstol que fue recaudador de contribuciones, nos dé ideas claras en esto de la economía que trae a todos de cabeza. Que nos haga a todos más responsables en conciencia de nuestros deberes de contribuyentes. Pero que a los que recaudan y dicen que lo hacen por el bien común, los haga escrupulosamente justos en repartir las cargas y en distribuir los beneficios.

Mundos inexplorados

¿Cómo comienza una amistad? No sé. Se trata de una experiencia personal tan rica y variada que se escapa a todo control. Un día un amigo te presenta a otro amigo suyo y lo saludas y entablas una nueva relación. O vas a casa de unos conocidos y allí está una persona a quien nunca habías visto y cuando la vuelves a encontrar la saludas ya como conocida y empieza el trato del que nace la amistad. Llega un día en que uno se pregunta: ¿Cómo es posible que en tan poco tiempo que nos conocemos parece que nos hemos conocido toda la vida? Y es que el amor rompe todos los relojes y los calendarios. En un día logra lo que sin amor habría tardado muchos años: conocer en profundidad a una persona y llegar a esa intimidad última del ser que es el gozo supremo de la amistad.

Lo curioso es que esa riqueza personal que ahora se descubre estaba allí, en aquella persona, durante tantos años desconocida o completamente indiferente. Quizás hasta coincidimos repetidas veces en la calle, en la guagua, en un espectáculo. Hace poco hablaba yo con un amigo:

- Cuando se casó Fulanita...
- Pero ¿estabas tú en la boda de Fulanita?
- Claro, ¿no ve que somos parientes?
- Pero ¡si yo fui el que los casé!

—No me diga. Claro, yo estaba atrás cerca de la puerta y ni me fijé en el cura. ¿Y era Vd.?

—El mismo. Que después fuimos a celebrar la boda a aquel restaurante que está...

—Pero ¡si yo también estaba allí!

Sí, señor. Estábamos allí los dos. Pero éramos completamente indiferentes uno al otro. Quizás también tomamos juntos un refresco apoyados en el mismo mostrador. Igual le pedí por favor que me alcanzara unos palillos o las servilletas de papel. Gracias. De nada. Ni una palabra más. Si me dice que no estuvo, le creería igual. Y ahora me parece poco todo el tiempo para gozar del encuentro y charlar. Y de cada conversación salimos siempre enriquecidos como si no se acabara nunca el tesoro que cada uno siente en el otro.

Yo me pregunto con cuántos tesoros estaremos tropezando a lo largo del día. Cada persona que se cruza con nosotros, este señor que se sienta en la guagua junto a mí, aquella señora que compró conmigo en el mercado, aquella chica con los libros bajo el brazo rumbo al Instituto, el taxista que no dijo una palabra durante todo el recorrido... todos llevan dentro un mundo inexplorado, que si se abriera un día al calor del trato y la amistad nos dejaría deslumbrados. Ordinariamente no pasamos del aspecto exterior: me cae bien o me cae mal. Pero eso es la corteza. El *tú* va por dentro. Y hay que saberlo descubrir. Estamos rodeados de amigos sin nombre, de paisajes interiores maravillosos aún por descubrir. Caminamos encerrados en nuestra propia concha como caracoles asustados. Y pienso que el supremo gozo de la vida futura será este encuentro personal —de tú a tú— que de vez en cuando la amistad nos descubre dejándonos un sabor de eternidad.

74

No tiene perdón

Hay gente tan mala, personas que han hecho tanto daño, que cuando se comentan sus crímenes y sus injusticias alguien siempre dice: "Ese no tiene perdón de Dios".

¿Será verdad? Cuando decimos "ese no tiene perdón de Dios", nos parece ver a Dios inflexible, duro, como debe ser, frente a un hombre malvado que ha hecho de las suyas y que ahora, demasiado tarde, quiere salvarse como un santo. Imposible. No tiene perdón. Pero, ¿es así?

Yo creo que no es así. Y no lo es porque cuando hay dolor, cuando hay arrepentimiento, cuando hay amor, no hay pecado por grande que sea, o pecados por muchos que sean, que no se perdonen. Así dice nuestra fe. Si alguien no obtuviera el perdón, no sería por sus pecados, sino por su falta de dolor. ¿Te arrepientes? Se te perdona. ¿No te arrepientes? No se te perdona. Dios abre los brazos. Pero si tú le das la espalda...

En este sentido habrá que entender lo que nos dice el Evangelio: "*Creedme — dice Jesús —: Todo se les podrá perdonar a los hombres, los pecados y cualquier blasfemia que digan. Pero el que blasfeme contra el Espíritu Santo no tendrá perdón jamás, cargará con su pecado para siempre*" (Mc. 3,28).

¿Y qué es blasfemar contra el Espíritu Santo? Pues es, simplemente, el darle la espalda a Dios. En vez de volverse a El, aceptando su ley,

su palabra, su obra de salvación, reirse de todo eso como si fuera historia de pura fantasía, inventos de la Iglesia, que no merecen más crédito que el cuento de Caperucita y el lobo.

Este pecado, que no se perdona, abunda hoy de mil formas, por desgracia. Mientras la palabra de Dios se tome como tal, podemos entendernos. Un día recapacito, reconozco que mi conducta no responde a esa palabra de Dios y me siento mal. Lloro. Pido perdón. Recobro la paz. Pero si me río del Evangelio, si el poder de enseñar que la Iglesia ha recibido del mismo Cristo y la garantía de Verdad del Espíritu Santo son para mí cosas discutibles, aunque haga los mayores disparates encontraré siempre una justificación.

Mucha gente hoy no tiene perdón de Dios. Porque si ni creen en el Espíritu Santo, ni en la Santa Iglesia Católica, ¿cómo van a creer en el perdón de los pecados cuando, por otra parte, no los tienen? Ellos —dicen— se han liberado ya, han superado los condicionamientos que les imponía la Religión. ¿Qué es eso del Espíritu Santo?

Hacer el mal y no sentirse pecador es la blasfemia que no se perdona. La luz que no alumbra porque se la tapa con la mano. El amor que no abraza porque se le da la espalda. Condenación en vida porque no se cree en la salvación. El pecado que no se perdona. Terrible ¿verdad?

Diálogo de sordos

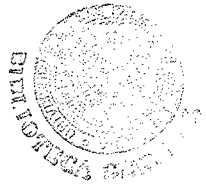
En esta época del diálogo, que se considera como la base necesaria de toda actividad social —primero hay que oír y hacerse oír, para luego actuar—, es realmente descorazonador el comprobar aquello del dicho popular: “Predíqueme, padre, que por un oído me entra y por otro me sale”. Y es que no hay peor sordo que el que no quiere oír. Todos los que se reúnen en congresos, simposios, asambleas, sínodos, coloquios... si no van con una voluntad sincera de oír a los demás para corregir, si es necesario, su propio parecer, no harán sino embrollar las cosas. ¿Qué puede salir de un diálogo en el que cada uno quiere imponer su voz sobre la de los demás y que prevalezca su opinión?

Y de pronto nos llega la noticia de que en Madrid se celebra en estos días un Congreso, el I Congreso Nacional de Sordos.

Nos dan ganas de reír, pero la cosa es seria. Y pensando en nuestras asambleas, quizás tengamos hasta que ruborizarnos. Porque estos mil sordos, mil, reunidos para dialogar, son sordos que, por hipótesis, no oyen, pero quieren oír, quieren entender. Harán el supremo esfuerzo de interpretar el pensamiento de los otros que les llegará a través de unos movimientos de las manos o los labios. Y en un silencio impresionante —1.000 personas hablando sin decir una palabra— las ideas saltarán de una mente a otra por la sola fuerza de la mímica, que en este Congreso me supongo será una auténtica filigrana.

Nosotros con tanto ruido de palabras —palabrerío que uno tiene— no nos entendemos. Mil sordos podrán entenderse sin dificultad. Pero es porque “al buen entendedor...” Y ellos son buenos entendedores. Quieren entender. Y lo más curioso es que no van a resolver en ese Congreso su sordera. Lo que los lleva a reunirse y quieren resolver es la sordera voluntaria de los que, teniendo el oído bien abierto, hacemos oídos sordos a sus deseos de integrarse plenamente en la sociedad, en las 1.260 profesiones que, según parece, un sordo puede desempeñar perfectamente.

¡Simpático Congreso! “¿Te has dado cuenta —me decía un compañero— de que estos sordos no pueden entenderse sin llegar a las manos?” Y es verdad. Nosotros, en cambio, cuando llegamos a las manos ya no hay manera de entendernos. Porque es que ese “llegar a las manos” sería siempre, en nosotros, los que oímos, una señal de que nos falta esa voluntad de comprensión sin la que el diálogo carece de sentido, y que sin duda alguna es la que domina en este diálogo entre sordos que ha quedado oficialmente inaugurado en estos días en Madrid, en su Primer Congreso Nacional. (Mayo, 1976).



76

Salida de emergencia

Al entrar en un avión, instintivamente buscamos un letrero que dice: "salida de emergencia". Y aunque a nadie le agrada imaginarse salir por aquella puerta estrecha a la altura de las alas, es un alivio pensar que aquel hueco puede ser la salvación si el avión cae en alta mar. El que embarca en un buque de pasaje verá en su camarote también un letrerito que le indica el número de su bote salvavidas y el sitio exacto en que se encuentra en la cubierta, para que se vaya familiarizando con la idea y, cuando suene la sirena de alarma —si es que suena— sepa a dónde dirigirse.

Estas precauciones están bien y las agradecemos. Nunca se sabe lo que podrá pasar. ¿Y si pasa? Mejor será un vuelo sin baches ni trepidaciones, o una travesía sin balanceos sobre un mar completamente en calma. Tan mejor que al final de un viaje así todos decimos: "Ha sido un vuelo perfecto, una travesía deliciosa". Nadie en sus cabales podrá decir: "Lo único que nos faltó fue usar la salida de emergencia o el bote salvavidas". Porque esto, por muy bueno que sea en caso de accidente o de naufragio, supone una desgracia.

Pues bien, pensemos en el matrimonio. El matrimonio es como un viaje que puede ser feliz o ser sacudido por violentas tempestades. ¿No habrá también para las parejas una salida de emergencia? Vivimos unos tiempos en los que el divorcio va añadiéndose a la idea del matrimonio, igual que esas salidas de emergencia previstas por la Ley en los medios

de transporte. Si ocurre algo, se aprieta este botón y se abre la salida de emergencia. Si nos va mal, nos separamos y ya está. Como quien dice: Matrimonio separado, matrimonio feliz. Se han salvado. ¿Es así?

Yo no puedo impedir que alguien, en su caso, lo piense y se lo crea. Pero no creo que nadie afirme que es mejor un matrimonio roto que un matrimonio unido. Aun los que, por lo que sea, se imaginen que mejor sería para ellos separarse, no podrán negar que siempre es ideal la unidad matrimonial, ese viaje en el que se llega a feliz puerto sin tener que echar al agua el bote salvavidas, porque el barco resiste todas las tormentas.

Es curioso que mujeres tan experimentadas en el divorcio —en usar las salidas de emergencia— como una Bárbara Hutton que naufragó seis o siete veces en su matrimonio, afirmara que si no hubiese sido millonaria y creído que con el dinero lo alcanzaba todo, habría alcanzado la felicidad y habría tenido un solo marido. ¿No nos dice nada semejante afirmación? No es la voz de la Iglesia, no es la fe: Es la naturaleza misma la que habla por boca de esta mujer que jugó con el amor a su capricho y al fin, aunque tarde, se dio cuenta de que el divorcio, los divorcios, no fueron la solución de su vida sentimental, y soñaba con el marido único —a pesar de las dificultades— como expresión de la suprema felicidad que nunca tuvo.

Flores de papel

Una de las cosas que más satisfacción nos da es tener razón. “¿No te lo decía yo, que ese tipo te engañaba?” Y aunque es triste ver al amigo desconcertado porque le han levantado unas pesetas tontamente, nos alegramos de nuestra suspicacia. Teníamos razón. Y así en mil cosas. Discutimos, nos acaloramos. ¡Qué gusto cuando los otros reconocen que estaban totalmente equivocados y que era tal como nosotros habíamos afirmado!

Pero, precisamente porque tanto gusto da el tener razón, vale mucho también el no insistir y dejar al que discute con su idea. ¿No hemos pensado alguna vez lo que humilla el pasarle al otro las verdades por la cara? A nadie le gusta quedar como ignorante o mal informado ante los demás. Todos tienen su amor propio. Y puede ser un detalle fino y delicado el disimular, si la cosa no tiene mayor importancia, para que no hiera la verdad.

Leemos en la vida de **Santa Teresita** — 1 de octubre— que había en el Convenio una monja alérgica a las flores. No podía soportar estar junto a una flor porque enseguida se atacaba. Así al menos lo decía ella. Y las demás monjas del convento pensaban que no pasaba de ser una manía, una aprensión de la pobre religiosa.

Un día estaba sor Teresita colocando unas flores en la hornacina de una galería donde estaba la imagen de la Virgen y apareció aquella

monja en el extremo de la galería. Nada más verla empezó a dar muestras de sentirse mal y a pedirle por señas que quitara las flores, por favor.

Teresita sonrió. Se dio cuenta de que podía hacerle comprender a la monja que todo eran aprensiones suyas, porque aquellas flores no eran naturales sino artificiales. Pero, condescendiente, no queriendo humillarla, las quitó.

A mí siempre me ha impresionado este detalle de finísima caridad. Qué gusto habríamos sentido nosotros en decirle a la monja: "Con que alérgica, ¿eh? Son flores de papel. Mire: de-pa-pel. ¡A ver si se le quitaban ya de una vez esas manías!"

Pero, no. La caridad nunca humilla a los demás. Aunque para ello tenga uno que guardarse los triunfos en la mano.

78

Oración estomacal

—Padre —me decía un amigo—: las palabras están de más. Se habla demasiado. Lo que hace falta es orar. Porque Dios es el que lo puede todo.

Y me consta que lo decía convencido, por experiencia personal de un trato continuo con Dios en la oración. Estuvimos hablando.

—¿Puedo contar todo lo que me has dicho?

—Por supuesto. Puede Vd. contarle donde quiera.

Y lo voy a contar. Se trataba de la Primera Comunión de un niño. Y lo que suele pasar: el padre del niño que no quiere acompañarlo ese

día, que no quiere comulgar. El niño, sí; él, no. Y mi amigo empieza a insinuarse: "Mira que no está bien que vaya tu niño solo a comulgar". Se lo dice de una forma, de otra, le habla de lo fácil que le será confesarse, de cómo tiene que darle ejemplo al niño. Nada. Más duro que una piedra. Y se pone a orar. Todos los días se lo pedía al Señor. Hacía oración continua, se pasaba ratos delante del sagrario pidiendo por aquel hombre. Y con una intimidación deliciosa con el Señor, me dice que hasta se enfadó con El. "Un día me enfadé con El y le dije: Señor, ya no te lo pido más".

Se fue para la casa. Al día siguiente almorzó y se sintió mal. Algo le había hecho daño. Se levantó mareado y salió a dar una vuelta por la calle. Entró al bar y allí estaban los amigos de siempre tomándose unas copas.

—Mira quién viene ahí.

Lo convidaron pero él no podía. Le daba vueltas la cabeza.

—No, no quiero. Gracias. No puedo.

—Pero ¿qué te pasa?

—Es que me siento mal.

—Si no pareces el mismo.

Y comentaban que si estaba pálido, que si estaba temblando. Entonces el padre del chico que iba a hacer la Primera Comuni3n, que también estaba allí pegado al mostrador, le dice:

—Bah, yo sé lo que le pasa —y le dice por lo bajo—: Vamos, hombre, no te pongas así. No te lo tomes tan a pecho que yo... yo iré a comulgar.

"Oiga —me decía mi amigo—, lo que es Dios. Lo que no pude conseguir con la oración, lo conseguí con un dolor de barriga. ¿Y sabe Vd. por qué? Porque Dios no quería que me entrara vanidad, para que supiera que era El el que lo iba a hacer, no yo. Porque yo ni me acordaba del chico ni de la Primera Comuni3n con aquel mareo que tenía encima".

Después todo fue fácil. Aquel hombre duro como una piedra se confesó como un corderito y fue a hacer la Segunda comuni3n con su hijo que hacía la Primera. Hombre feliz.

Oyendo estas cosas — que no son sino la letra gorda del Evangelio, “pedid y recibiréis” — siente uno una gran esperanza: el mundo todavía se puede salvar. Se está salvando, porque hay almas que hacen oración. Y sentimos también cierto complejo. Porque quizás somos — como decía el buen amigo — de los que hablamos demasiado, nos movemos y nos olvidamos de que “sin Mí — palabras de Jesús —, sin Mí no podéis hacer nada”.

79

¡Pum!

La tempestad calmada, de que nos habla el Evangelio, parece una página escrita para nuestros tiempos. Un mundo revuelto como el mar, los hombres angustiados y Dios dormido. Como quien dice: “¿Les gusta matarse? Pues sigan con el juego. A mí no me despierten. Cuando horrorizados de tanta violencia, de tanta sangre y de tanta destrucción piensen en Mí con un poquito de fe, verán Vds. qué pronto se queda el mar en calma, qué pronto se arreglarán las cosas”.

Pero nadie despierta a Dios con fe. Si se le despierta, si se le llama, es para culparle del viento y de las olas. Siempre ocurre así: hacemos el mal porque nos da la gana. Destrozamos el mundo. Sufrimos. Nos duele. Y entonces decimos: “Dios, arregla esto. ¿Dónde estás, que no arreglas el mundo?”

Y como no sabemos otra técnica que la violencia, las huelgas, las revoluciones, el terrorismo, las bombas y las guerras, llegamos a pensar que Dios, para arreglar el mundo, cogerá un látigo en la mano. Hasta

hemos hecho una teología de la violencia. Seguro que en esa “teología” Dios tendrá cara de muy pocos amigos, estará rodeado de una nube de la que saldrán rayos y centellas. Ni siquiera se nos ocurre pensar en el verdadero rostro de Dios, el de Jesús, que vino a transformar el mundo de otra forma: “Bienaventurados los pacíficos... No devolváis mal por mal”. Estas técnicas parecen una cosa boba, de afeminados y cobardes. Al mundo de hoy —decimos— hay que tratarlo de otra forma: “ojo por ojo y diente por diente”.

Algo así me decía una taxista el otro día. Hablábamos de lo mal que andaban las cosas, con tanto crimen, tantas drogas, secuestros, accidentes... El hombre no tenía pelos en la lengua y nombraba a personas determinadas como responsables. Yo trataba de poner un poco de equilibrio en sus apreciaciones. Cuando terminó el recorrido le dije:

—Bueno, vamos a ver si entre Vd. y yo trabajamos un poquito para que este mundo sea mejor.

—Sí, padre. Pero a mí que me den una escopeta.

Una escopeta. ¡Pobre Evangelio! Dice el Evangelio que Jesús se puso en pie en la barca y le dijo al lago: “*¡Silencio, cállate!*” (Mc. 4,39). Y el viento cesó y vino la calma. Exactamente lo que todos deseamos: calma y silencio. Pero, escopeta al hombro, sin obedecer la voz de Dios. “Aprended de Mí que soy manso y sencillo”. ¡Pum! Disparamos y mandamos a callar al mismo Dios. ¿Cómo va así a arreglarse el mundo?

80

Bendito el que viene

Los recientes nombramientos de Obispos para ocupar las Diócesis vacantes han puesto otra vez de actualidad el tema de la elección de Obispos que, con los aires democráticos que respiramos hoy, parece que debiera revisarse, no ya en cuanto a su dependencia del criterio del Estado —cuestión zanjada por ahora—, sino en cuanto a una posible participación del pueblo en su elección. ¿Por qué aceptar a un Obispo que viene como del planeta Marte, desconocido y desconocedor de la realidad concreta que debe dirigir? Por eso, desde mucho antes de respirarse estos aires democráticos de ahora, algunas diócesis vacantes ya ponían condiciones. El nuevo Obispo ha de ser... Y aquí empezaba una enumeración de cualidades, desde el ser por supuesto de la región, hasta la edad y casi, casi hasta el color del pelo. Claro que estas exigencias que siempre se presentan como voz del pueblo, de hecho son de dos o tres espíritus inquietos que se hacen portavoces de una masa que no ha dicho una palabra, y quizás no piensa así. ¿No es famoso aquello de los andaluces en Cataluña cuando los catalanes exigían tener un Obispo catalán? Ellos, por su parte, dijeron: "Como somos mayoría, lo queremos de Almería".

En este clima democrático resulta sorprendente lo que el nuevo Obispo de Ibiza, Mons. Gea Escolano, ha dicho en su presentación: "Me presento ante vosotros —dijo— sin méritos, sin derechos, sin el respaldo de unas votaciones o elecciones, sino porque el Santo Padre me ha enviado a vosotros en el nombre del Señor".

Hace falta cuajo —valga la palabra— para decir hoy una cosa semejante. ¡Presentarse sin haber sido elegido por unas votaciones! Y el nuevo Obispo sigue diciendo que al sentirse desplazado de su propio ambiente familiar, local y eclesial —él es de Valencia—, ha sentido como nunca el carácter de misión que tiene toda vida sacerdotal. Es —dice— como encontrarse solo ante el Señor sin seguridades humanas, como Abrahán, que salió de su tierra y dejó a sus parientes para cumplir la misión que el Señor le encomendaba, sin apoyos humanos, sin el respaldo —diríamos nosotros— de un referendun popular.

¿No les parece que este Obispo, al entrar en la Diócesis de Ibiza, la suya no por voluntad propia sino por un designio que él acepta con mirada sobrenatural, entra con buen pie? ¿No es al fin y al cabo el mensaje del Evangelio una Buena Nueva que a todos se nos impone y viene a trastocar nuestros criterios? ¿Qué valor puede tener la opinión o el gusto de una mayoría que casi siempre busca en el nuevo Obispo cualidades de ciencia, trato y sicología natural, valores humanos que Dios mismo ha trastocado en su obra de Redención? Tratándose de una misión sobrenatural, como es la del Obispo, ¿no es más firme y seguro decir: "Bendito el que viene en el nombre del Señor" que decir: "Bendito el que viene con el 80 por ciento de los votos?" (Noviembre, 1976).

81

¿Cuántos ceros?

A nuestra sociedad le ha entrado una especie de epidemia, la sarna o sarampión, que en pocos meses el que parecía más bueno y sano ha empezado a rascarse desesperadamente. Y lo digo así, con cierto humor, porque tiene gracia, dentro de su malestar, la situación actual. El mal ha sido como una epidemia incontrolada: obreros de la construcción, fosfatos, empleados de empresas oficiales y particulares, personal sanitario, transportes, medios de comunicación, banca, justicia... Todos, unos antes y otros después, como la sarna en un colegio, expresan su desazón, que viene a reducirse a lo siguiente: "Así no podemos vivir". Eso es lo que les pica. Y para demostrarlo se rascan con escritos y firmas a quien corresponda, se sientan, se levantan, se encierran en iglesias, se quedan semanas enteras sin comer, se lanzan a la calle en grupos con pancartas. Y puestos a pedir, por no ser menos que el vecino, algunos encuentran ya motivo suficiente de protesta el no tener la cama en la oficina. "Fíjese Vd., que yo tenga que levantarme de la cama para ir a trabajar y salir de la puerta afuera con el frío que hace. Eso en justicia necesita un plus, un complemento, que compense el desgaste de los zapatos y un posible constipado". Y no se ría Vd., porque el que así habla se sentirá muy ofendido.

La situación ha llegado a un punto tal de saturación que ya la vista nos resbala por los titulares de los periódicos y por los textos de las pretendidas reivindicaciones salariales sin que apenas se nos quede nada.

Algo así como ocurre con los chistes. ¿Un chiste? Una carcajada. ¿Dos chistes? Una sonrisa. ¿Tres chistes? Una mueca. Aquí igual, pero al revés: ¿Una protesta? Una mueca de pesar. ¿Dos protestas? Una sonrisa socarrona. ¿Tres protestas? Una sonora carcajada. ¡Pero, hombre! ¿A dónde vamos a llegar?

De todas formas, una cosa es clara. Por lo que sea, tú y yo y todos nos hemos empeñado en vivir a un ritmo y a un nivel al que le sobran muchos ceros. ¿Recuerdan Vds. la regla aquella que simplificaba las operaciones aritméticas cuando dividendo y divisor acababan en ceros? ¡Zas!, quitábamos tres de un lado y tres de otro y el resultado era sorprendentemente el mismo. Da igual dividir 300.000 entre 3.000 que 300 entre 3. Da igual. Pero en nuestra sociedad todo se ha vuelto demasiado complicado porque unos se empeñan en que otros quiten ceros mientras ellos siguen añadiendo. Y todos queremos añadir. ¿Que aquél tiene tres? Yo también pondré tres. Y, claro, ¿cómo simplificar las cosas si los que empezaron a ponerlos no los quitan? He aquí el problema. Que no está tanto en igualar el dividendo y divisor, sino en determinar los ceros que son absolutamente necesarios. ¿Quién lo sabe?

82

Camino recto

Si hubiéramos conocido a nuestros ocho bisabuelos, es probable que alguno de ellos nos habría hablado de algo que en su tiempo fue un auténtico acontecimiento de carácter insular. En la isla no se hablaba de otra cosa: el Padrito misionero. Tejeda, Tirajana, Artenara, Moya, Arucas, Tamaraceite, San Lorenzo, Gáldar, Guía, Teror, Telde, Agüimes, Santa Brígida... todos estos pueblos, aparte de la capital, vieron y oyeron a un santo de cuerpo entero, el Santo Padre Claret, que a pie recorrió nuestros caminos y dejó una huella tan profunda que todavía hoy vivimos del espíritu que infundió con su palabra.

¡Qué hermosos son los pies —dice el profeta Isaías— de los que evangelizan la paz, de los misioneros que van anunciando el Evangelio! Benditos pies, infatigables, los del Padre Claret, que, por no usarlos, por montar en camello, estuvo a punto en Lanzarote de verse rechazado. Sí. ¿Cómo iba a ser aquél el misionero, si venía montado en un camello? ¿No decían que el P. Claret iba a pie a todas partes? Gracias a que un hombre decidido se acerca y le pregunta:

—¿Es Vd. el misionero que predicó en Gran Canaria?

—Sí, señor.

—Pues sepa Vd. —le dice el hombre— que algunos han dicho que no, porque sabíamos que aquél iba siempre a pie y Vd. vino montado. Ya muchos no pensábamos asistir a sus sermones.

Detalles como éste indican hasta qué punto la mortificación y el sacrificio arrastran a los pueblos. Y eso quedó grabado para siempre en nuestra isla. Cuando vemos la entraña profunda, la solidez de tantas devociones, la fe manifestada de una u otra forma en las familias de nuestros pueblos, tenemos que preguntar qué es lo que ha pasado, qué ha ocurrido aquí, quién ha sido el sembrador que con tanta eficacia dejó plantada la semilla. Y la respuesta es que un santo ha vivido con nosotros. Hablar, predicar, misionar, escribir, lo hacemos todos. Pero no está la cosa en lo que decimos, sino en quién es el que lo dice. ¡Qué distinta es la palabra de un santo, de un hombre de Dios, identificado con el pensamiento de Dios, a la palabra de un hombre vulgar que empieza por temer que lo que dice se vuelva en contra suya!

Hoy nos acordamos de **San Antonio María Claret** —24 de octubre—. Felices nuestros bisabuelos que lo vieron y le oyeron. Nuestros abuelos, de niños, oyeron hablar de él. Y nuestros padres tenían uno de sus libros, el Camino Recto, que ahora duerme en un cajón de la cómoda o en la mesilla de noche en muchas casas, como un libro superado. Pero en él bebieron la sana doctrina y aprendieron a rezar y vivir cristianamente. Es la obra de un santo. Así está dicho todo.

83

La novia de papá

Todos damos por descontado que los niños hoy tienen muchos maestros, que aprenden cosas no precisamente de labios de sus padres o en la Escuela, sino viendo y oyendo mil cosas, y no todas convenientes en la Tele. Contamos con eso como un factor más del desarrollo de su persona, pero quizás no tomamos medida alguna para que ese desarrollo sea armónico y equilibrado.

Me comentaba alarmada una mamá lo que su niño, un niño de cuatro años, le había dicho:

—Mamá, ¿por qué no te haces novia de papá, para que papá te bese?

Todos nos reímos, claro. Y algunos empezaron a echar pestes contra ciertos programas de la Tele que, decían, les abren los ojos a los niños. Yo le dije:

—Oiga, señora, ¿y Vd. ha pensado bien lo que puede haber detrás de esa pregunta de su niño?

—No comprendo.

—Parece ser que su niño no ve que Vd. y su marido se besen. Y, claro, el contraste con el cariño y el amor que ve luego en tantas parejas de la Tele es tan grande que, ya ve, quisiera que Vd. se hiciera novia de su marido.

—Pero es que yo, ¿delante de mis niños jugar así con mi marido? Ah, no. Eso, no.

Y la señora siguió hablando de que después de no sé cuántos años de casada ella quería a su marido más que nunca, pero que ciertas cosas no estaban bien delante de los niños y no estaba dispuesta a parecer no sé qué. Que primero era el respeto y...

Y eso fue todo. El problema, sin embargo, quedó allí en el aire sin darle solución. Ninguno de nosotros aprobaría sin más las demostraciones de afecto que vemos en los personajes de ciertas películas o comedias, algunas abiertamente pasionales y fuera de lugar. Pero de eso a que un niño no vea nunca el cariño sensible de su papá y su mamá, creo que va mucho camino. Yo quisiera saber si los padres, tan escrupulosos en quererse delante de sus hijos, son igualmente escrupulosos en regañar, en discutir y en otras demostraciones de malquerencia. Esto sí pueden verlo los pequeños. Que su padre bese extasiado a su mamá, eso no. Eso mancharía su inocencia. El amor, y no precisamente en su forma más pura, delicada y llena de ternura, será para los niños cosa de películas, de novios de ocasión y de maridos adúlteros o esposas con amantes. ¿No les parece que la verdadera educación sexual debería empezar por hacer sensible al niño el verdadero amor que es el único clima donde el sexo halla su sentido y su medida?

Claro que, si no hay amor, mal puede manifestarse. Y en este sentido, “mamá, házte novia de papá” es, en una boca inocente, la denuncia más desgarradora de la tragedia de muchos matrimonios.

84

Toque de fe

En nuestras iglesias las imágenes del Señor, la Virgen y los Santos suelen estar por regla general en alto, en un espacioso camarín sobre el altar donde asoman llenas de luces y de flores, o en unas hornacinas o repisas más altas que la altura normal de una persona. Siempre a cierta distancia. Pocas veces están al alcance de la mano. Cuando esto ocurre, las personas se acercan, besan la imagen o la tocan con la mano. Y si no llegan, se arrodillan y besan el mantel del altar.

Este afán por tocar la imagen es tan grande y tan espontáneo que a algunas se las pone en alto precisamente para evitar ese continuo manoseo que a la larga acabaría con la imagen. Y se les ponen unas cintas que bajan de la imagen hasta el suelo para que sean las cintas las que la gente bese y toque llevadas de su devoción. ¿No es por eso por lo que alguna imagen de la Virgen lleva un manto de varios metros de largo, con una cola que cae sobre el trono y llega casi al suelo? La imagen va arriba. Es intocable. Pero el manto está al alcance de la mano. Y la gente se agarra de él cuando sale a la calle en procesión.

Tenemos que reconocer que en eso todos nos dejamos llevar de una fuerza natural. Somos así. Si se trata de amor, el amor es una fuerza irresistible. Si no tenemos delante a la persona amada para darle un abrazo, estampamos un beso en su fotografía o la apretamos contra el pecho. Y la fe es una fuerza semejante. Una cosa sagrada es como un imán. Comprendemos que Dios actúa de alguna forma en ella. Irradia

a Dios. Tocarla con fe es un gesto que nos pone en contacto con esa energía misteriosa. Y sentimos que a través del tacto esa fuerza pasa dentro de nosotros.

La mujer aquella de que habla el Evangelio, que se abrió paso por medio de la gente y tocó el manto de Jesús, podría ser cualquiera de esas que vemos en nuestras iglesias con sus niños llegando a los altares, besando los manteles y alzando las manos para tocar al santo o santa de su devoción. Estaba enferma. Y nada más tocar el manto, sintió una fuerza que le devolvía la salud.

“¿Quién me ha tocado el manto?” (Mc. 5,30), exclamó Jesús. Todos le tocaban. Lo apretaban. Lo empujaban. Pero hay muchas maneras de tocar. No basta acercarse y poner la mano encima. Hace falta la fe. “Tu fe te ha curado”, le dijo Jesús a la mujer.

Por eso yo miro con respeto a esas personas que se mueren por agarrarse del manto de la Virgen en una procesión. O que besan el mantel del altar. Sólo Dios sabe lo que pasa en esa alma. Porque si hay fe, vale más ese gesto que todas las medicinas que un médico pudiera recetar. Al menos eso es lo que dice el Evangelio.

85

Operación clausura

El barrio de Las Medianías, de Telde, vivió ayer un día grande, que quedará para siempre en el recuerdo. Las casas aparecían engalanadas con arcos, banderas y letreros de bienvenida. Los coches, una verdadera caravana, levantaban nubes de polvo y apenas encontraban sitio donde dar la vuelta y aparcar. Y todo porque allí, en aquellos campos, donde se cultiva el tomate y el pepino, frente a la ciudad de Telde, el Sr. Obispo iba a bendecir y a inaugurar oficialmente un convento de monjas carmelitas de clausura.

Vimos caras conocidas. Gentes de todas partes acudieron a la ceremonia. Religiosas de casi todas las comunidades. Sacerdotes, más de una docena. La casa fue visitada en tromba. Recorrimos todos los rincones con los ojos del que quiere saber qué es lo que hay detrás de aquellas puertas que, terminada la ceremonia, volverían a cerrarse para no abrirse jamás. Monjas de clausura. Siempre tras la reja del locutorio, del coro, y tras el torno. Una vida de oración y penitencia en una forma que no ha variado nada — ni siquiera en el hábito y las alpargatas — desde los tiempos de Santa Teresa de Jesús, que, si alguna vez soñó con tener un palomarcito aquí en Canarias, ya su sueño se ha hecho realidad.

Y se bendijo la casa. Y la capilla. Y el Sr. Obispo celebró la Santa Misa. Y habló de estas figuras que aparecen en todos los tiempos como una respuesta del espíritu a los problemas de la carne, y que dejan

unos hijos y unas hijas que permanecen fieles a ese espíritu de su Fundador o Fundadora, que por mucho que cambie la Historia tendrán en su mano la palanca que transforma el mundo: Dios.

Efectivamente: sin Dios no se explica lo que vimos en aquel convento. O, mejor dicho, lo que no vimos. Porque allí no hay nada. Unas paredes lisas, unas habitaciones con sólo un jergón donde echarse, unas mesas en el comedor, unas terrazas al exterior y una huerta donde aun nada se ha plantado. Pero la casa estaba llena de otra cosa de la que tal vez falte mucho en nuestra propia casa: Dios. ¿Podremos adivinar lo que es Dios en el corazón de aquellas cuatro, seis, ocho mujeres, encerradas en la vida allí para hablar con El, amarle a El y ofrecerse como hostias vivas para la salvación del mundo?

No. El mundo no comprende este estilo de acción, esta "operación clausura". Por eso en el locutorio, junto a aquella reja donde las carmelitas reciben las visitas y hablan con el mundo, podemos leer en un pergamino estas palabras: "Hermano, una de dos: o no entrar o hablar de Dios. Que en la casa de Teresa esta ciencia se profesa" (Junio, 1976).

86

Niña-monstruo

En mis tiempos de estudiante solíamos salir en grupo de paseo a través de unos prados que rodeaban la Universidad. Llegábamos hasta una playa. La playa no era lo que más nos gustaba del paseo, sino encontrarnos con un chico que andaba por allí. Era un niño de unos seis o siete años que para nosotros era como un monstruo. No, el chico no tenía dos cabezas ni andaba a cuatro patas. Era un chico somáticamente perfecto. Pero alguien, con sentido del humor, le había enseñado de memoria unas cuantas frases de nuestras discusiones teológicas. Y el chico con su voz inocente se ponía a hablar de "predeterminación física", de "voluntad antecedente y consecuente", de "ante praevisa merita" y otros latinajos que nos hacían la mar de gracia. Yo recuerdo que al oírle por primera vez sentí un hondo malestar. Aquel niño era un verdadero monstruo. Que un niño hablase así, diciendo cosas de las que no tenía la menor idea, era una monstruosidad contra naturaleza. Era inconcebible que a sus años estuviese preocupado con el mecanismo de nuestra libertad y la acción de Dios sobre nosotros. Pero lo parecía. Y eso resultaba monstruoso.

Algo así sentí una noche cuando vi a una niña inocente por la Tele invitándonos a hacer inversiones en no sé qué entidad bancaria, por no sé qué procedimiento que ofrecía liquidez, seguridad y no sé qué otras ventajas. Y nos daba risa, por si fuera poco. Con su media lengua, al decirnos cosas en un lenguaje típicamente mercantil, resultaba igualmente monstruosa. ¿Cómo era posible semejante aberración?

Ya no sabemos qué hacer para vender. Clamamos contra el consumismo y la sociedad que lo mantiene y no hacemos nada por salir de él. Al contrario, lo agravamos usando a los niños como cebo. Y aunque el ahorro y los intereses sean una cosa buena, el que ese ahorro o esos intereses me los pidan a mí y no a otro es ya un juego discutible en el que los niños inocentes no tienen por qué participar. Digo yo.

Creo que todos los que vieron semejante propaganda, aquella niña-monstruo, se habrían alegrado de que en algún momento del anuncio la niña se hubiese olvidado de su rollo y hubiera roto aquellos papeliños. Eso sí que la habría hecho niña de verdad, con los años que pregonaban sus ojitos y su voz, con 4 ó 5 años inocentes, libres, capaces de reirse de todas las huchas, letras, bonos y participaciones porque los hacía pedacitos o se los llevaba a la boquita y los chupaba.

Lo otro es monstruoso. Y en vez de sentir deseos de comprar o de invertir, sentimos que se nos cierra toda voluntad y nos da vergüenza como de haber hecho una cosa mala. ¿Dónde han estado los técnicos de publicidad para concebir y realizar un anuncio que se vuelve en contra de sí mismo? La realidad se impone. Y la naturaleza tiene unas leyes que no se pueden saltar impunemente por muy original que nos parezca una niña hablando a media lengua de inversiones y de liquidez.

87

Fondo musical

Estas palabras deberían llevar un fondo musical. Porque **Santa Cecilia** —22 de noviembre—, aunque no encontremos en lo que sabemos de su vida ni una nota musical, es la santa patrona de los músicos, en cuyo honor se celebran conciertos el día de su fiesta. Y todos los que la queremos, músicos o no, sentimos ganas de cantar.

Claro que de ponerle música a este comentario nos veríamos en un problema de difícil solución. Porque habría de ser una música evocadora de la santa que festejamos. ¿Dónde encontrar una melodía que nos haga soñar con aquel amor que hacía palpar el corazón de la santa? Melodías de amor las hay bellísimas. Es sin duda alguna el sentimiento que ha dado más inspiración a los artistas. Podríamos citar —y cantar— temas de amor de muchas óperas, películas y canciones conocidas. Pero no bastaría con que nos evocaran el amor. Tendría que tener al mismo tiempo la ingenuidad y la firmeza de aquella santa que sin tenerle miedo al amor, ya que accedió a casarse con aquel joven romano que la pretendía, supo sublimar tanto, tanto ese sentimiento, que lo hizo eterno. No podía haber felicidad sin Dios. Y ante esa alternativa, Dios, es decir, su condición de cristiana, valía más que toda la felicidad que la unión con un pagano le pudiera dar.

Esta extraña melodía, que su esposo jamás había oído ni esperaba oír, hizo que aquel joven romano recibiera la fe. No era un juego en aquellos tiempos ser cristiano. Por eso la música de fondo que ambientara

estas palabras, junto con el sentimiento de un amor eterno, debería estremecernos con el ruido del golpe de un cuerpo que cae al suelo con la cabeza cortada —el de Cecilia— y con el temblor de una mano crispada que extiende sus tres dedos proclamando su fe en la Trinidad.

¿Qué le ponemos? ¿Música romántica, clásica o barroca? ¿Música impresionista? ¿Será más expresiva la música rock de un conjunto estridente? Quizás porque el alma de Cecilia vibra con sonoridades que se nos escapan, ninguna música nos dejaría satisfechos. ¿O será por eso por lo que ella, Cecilia, está presente dondequiera que canta una voz o vibra un instrumento? ¿Es ella una melodía inimitable o es más bien la razón de que nuestra música sea un lenguaje universal que nos hace mejores, más amables y más puros?

88

Sermón carca

Cuando terminé la misa, un chico me saludó y me dijo:

—Vaya un sermoncito “carca” que nos echó, padre.

Mentalmente repasé las ideas de mi homilía. ¿Qué había dicho exactamente? ¿Qué es lo que había de “carca” en mi explicación del Evangelio?

Me había fijado en la comunidad parroquial que había participado en la misma: hombres, mujeres, niños, religiosas, un seminarista. Cincuenta niños hacían su Primera Comunión, acompañados de sus padres. Un momento antes de la Misa había bautizado a tres niños recién nacidos. Dentro de la misa, dos jóvenes se habían casado. La iglesia tenía un aire de fiesta de familia que no se podía disimular. Y, recordando

cómo aquella misma gente se sabía divertir fuera de la iglesia, dije que seguramente habían experimentado muchas veces cómo cualquier alegría sabe a poco. Que no basta con un día de jolgorio, ni con una semana. Los momentos felices los queremos alargar, pero tarde o temprano se nos acaban y nos dejan la añoranza de algo absoluto, infinito, que sacie por completo el corazón. ¿Y qué hay de absoluto y definitivo sino Dios? Aquella presencia del pueblo en la iglesia, con aire de fiesta, parecía una garantía de felicidad infinita, porque buscaban a Dios. Los niños buscaban a Dios, recibiéndole por primera vez en la Eucaristía. Sus padres, acompañándoles, demostraban que también Dios era algo muy grande para ellos. Creían en El. Y los novios, ¿qué iban a buscar allí sino la garantía de un amor eterno, contrayendo matrimonio dentro de la fe de la Iglesia? Allí estaba lo absoluto y lo infinito. Dios nos unía a todos y, más que muchas familias, allí no había sino una sola familia unida por un mismo sentimiento.

—¿Qué es lo que te ha parecido “carca” de todo lo que dije? —le pregunté al chico.

—Vamos, padre. Pregúntele Vd. a esta familia parroquial qué les gusta más, si la misa de hoy o la fiesta de la Rama, a ver qué dicen.

—¿Para qué se lo pregunto si ya sé, como lo sabes tú, cuál va a ser la respuesta? Esas preguntas están siempre de más. Si tú le preguntas a un niño qué le gusta más, si un caramelo o un vaso de leche, la pregunta es tonta, porque sabes que te pedirá el caramelo. Pero el caramelo, con todo su poder de atracción, deja intacto el valor de la leche. Una película, un concierto, una discoteca, una verbena, es sensiblemente mucho más atrayente y excitante que una función religiosa. Precisamente por eso creo que es muy significativo el ver cómo los mismos que se chupan los dedos con el caramelo del baile, en otros momentos saben buscar la leche auténtica de la Palabra de Dios. ¿No te parece?

El chico se marchó. No sé realmente qué estaría pensando. Si aquellas ideas eran “carcas”, ¿qué habría tenido que decirle, en lenguaje de hoy, a la comunidad parroquial? ¿Que se largaran a bailar, cerrando la puerta de la iglesia, porque también en la plaza estaba Dios?

Historias de tebeos

En los tebeos y cuentos infantiles es frecuente la historieta del que tira un objeto que se encuentra por casualidad, creyendo que no vale nada, y luego el que viene detrás lo recoge y con él se hace millonario. La gracia, si la tiene, está en las caras que los dibujantes les pintan a los personajes, pero maldita si la tiene para el despistado que, en la vida real, pierda esa oportunidad.

Porque, desgraciadamente, eso ocurre muchas veces. Somos ordinariamente ciegos para los tesoros que tenemos delante de los ojos y, sin embargo, buscamos apasionadamente lo que tenemos lejos, como si lo extranjero, por serlo nada más, tuviera que ser siempre lo mejor. Y eso a pesar de tantos aires nacionalistas y regionalistas como soplan.

No pienso ahora en marcas de coches, relojes o electrodomésticos; en que parece que hasta da cierta vergüenza comprar productos nacionales. Pienso más bien en las personas. Nos quedamos asombrados y hasta avergonzados al saber lo mucho que los triunfadores tuvieron que sufrir hasta poder hacerse oír. Como si los nuestros no pudieran ser tan científicos, tan literatos, tan artistas o tan santos como los nacidos más allá de las fronteras españolas. Y sólo cuando en el extranjero se aplaude a un paisano nuestro, lo escuchamos. Bien se suele decir que *"no desprecian a un profeta más que en su tierra"* (Mc. 6,4).

A Jesús le pasó igual. Llegó a su pueblo y comprendió enseguida delante de sus paisanos que sería inútil hablarles y mucho más inútil

hacer allí ningún milagro. Precisamente porque estaban deseando que hiciese una demostración. Su doctrina no era la de un prestidigitador. El hablaba al corazón para que se convirtiera a Dios. Y con eso no contaban sus vecinos de Nazareth. Se enfadaron con él. Lo echaron de la sinagoga y casi casi lo despeñan por un acantilado.

Hay mucha gente hoy que pierde el tiempo y el dinero con productos extranjeros y no afrontan de verdad el problema de su propio corazón. Van a un siquiatra y le cuentan mil cosas íntimas, pero confesarse... ah, eso no. ¿La oración? No saben qué es eso. Pero se apuntan a un curso de meditación trascendental. ¿Mortificación? ¡Quite Vd., por Dios! Pero se descoyuntan con un curso de yoga o pasan hambre para guardar la línea. ¿La misa los domingos? ¡Por favor! Pero sentirán necesidad de compartir y se apuntarán a un club para encontrarse con gente de sus mismas aficiones. Y no se pondrán encima ningún objeto religioso, pero llevarán al cuello, en una cadenita, un diente, un tarugo de madera o una hoja de afeitar.

A mí todo esto me suena a historia de tebeos, que es para partir de risa si no fuera que dan ganas de llorar. Cristo echado de la sinagoga. Y que venga otro. No será mejor, pero es menos comprometido, ¿verdad?

Blanco y reluciente

De lo que uno oye por ahí, hablando con la gente, parece ser que el pueblo, el verdadero pueblo, está hasta la coronilla de discursos, debates, propuestas, planes y promesas de los políticos de turno. “¿Los partidos? —me decía un señor— ¡Fuerte mandanga, Vd.!” No sé qué será exactamente eso de “mandanga”, pero la palabra en boca de aquel hombre sonaba a que estábamos perdiendo el tiempo, que cada uno buscaba su propio interés y que el pueblo, el verdadero, estaba ya defraudado, hastiado, y cada día se iba desligando más de la política o politiqueros de los que dicen ser sus portavoces o representantes.

Será objetivo o no. Lo cierto es que en el pueblo sencillo suele haber un sentido de la realidad, un sentido común, que no le engaña. Y esto cuando juzga a sus políticos y cuando juzga a sus sacerdotes. Que todo hay que decirlo. Lo hemos visto a la hora de elegir un nuevo Papa. ¡Cómo salieron a relucir los intereses y criterios de los que podríamos llamar los “políticos de la Iglesia”, los enterados, los sabios, los teólogos. Y nos hablaron de tendencias, de líneas. Como si tuvieran una luz especial del Espíritu Santo señalaban el camino que tendría que seguir el nuevo Papa. Pero, claro, había tantos caminos como cabezas. Desde los que le querían rompiendo viejos moldes y pisando la frontera de los dogmas, hasta los que lo imaginaban lanzando excomuniones y anatemas contra todos los herejes que en el mundo son.

Y cuando sale el Papa, en un acuerdo casi fulminante el primer día de votaciones, ninguno de los políticos pudo frotarse las manos de satisfacción. Nadie pudo decir: "Hemos ganado", o "qué harán ahora los tradicionalistas", o "qué dirán los progresistas". No. El Papa, con un nombre de pila blanco y reluciente, Albino Luciani, no era, para desconcierto de todos, de los que entraban en la lista de papables y se sabía qué aire respiraban y en qué línea se movían. Y eso al pueblo le gustó. ¡Vaya si le gustó! No pudimos menos de sonreír pensando qué dirían los progresistas al ver que el Papa se ponía el nombre de Juan-Pablo, es decir, que miraba hacia atrás, hacia los que le precedieron como Papas. Y qué dirían los tradicionalistas al ver que no quería ser coronado, ni entronizado, ni llevado a hombros en la silla gestatoria, es decir, que miraba hacia adelante.

Esta actitud del Papa, que no encaja en ningún esquema ni partido, sino que quiere ser fiel a sí mismo, al Espíritu que le eligió y le habla dentro de sí, es lo más estupendo y liberador de su persona. Para confusión de teólogos y de profetas. Esta vez ha ganado el pueblo sencillo, que no quiere tensiones ni luchas ni enfrentamientos religiosos, sino la verdad. Y la verdad parece que se ha encarnado en este hombre blanco y reluciente, Albino Luciani, que no entiende, al parecer de "mandangas políticas", sino de Dios y de los hombres de buena voluntad que quieren encontrar a Dios (Septiembre, 1978).

91

Sin postre

Recuerdo de mis años de seminarista a un padre jesuita que nos vino a dar unas charlas y meditaciones en una semana de Ejercicios Espirituales. Cuando hablé de la mortificación —un tema obligado en la ascética cristiana—, nos dijo que hay circunstancias en la vida en que, aunque uno no quiera, hay que hacer mortificación. Lo que se dice hoy “apretarse el cinturón”. Hay tiempos de escasez, de carestía, tiempos calamitosos como pueden ser los de guerra, en que todos pagamos las consecuencias. Y aquel padre jesuita, al poner un ejemplo de mortificación, de austeridad obligada, no tuvo otro que el de referirse a cuando ellos, los jesuitas, estaban fuera de España, como quien dice en el destierro. “Entonces —nos dijo— los tiempos eran tan difíciles que tuvimos que acostumbrarnos a suprimir el postre en las comidas”.

Al oír esto, aunque estábamos en la capilla, recuerdo perfectamente que nos miramos de reojo y sonreimos maliciosamente. Aquello nos sonaba a camelo. ¿Qué era el postre, cuando en el Seminario en aquellos años posteriores a la guerra teníamos de comida sólo unas lechugas con tres papas sancochadas? ¡Vaya una mortificación! Y el padrito aquél ponía lo del postre como ejemplo. Vamos, de risa.

Los políticos anuncian ahora, a bombo y platillo, unas medidas de austeridad que han —dicen— de aceptar desde los más altos cargos de la Administración hasta los últimos contribuyentes. Y como primera

medida, para que veamos que es verdad, anuncian que los sueldos de los altos funcionarios, de los Ministerios, no subirán el año que viene.

¿Vds. no se sonríen y se miran maliciosamente? Pero ¿es que esos sueldos iban a subir? ¿Se creerán que por no subir más el año próximo esos sueldos de 400 ó 500 mil pesetas mensuales nos vamos a conmovir por su mortificación y austeridad? Los pobres... Y a lo mejor son capaces de poner cara de ayuno y abstinencia porque sus sueldos, que ya estaban por encima de las nubes, no siguen subiendo más y más.

Esta es una nueva versión de la comida sin postre de aquel padrito jesuita como ejemplo de mortificación. Nosotros creíamos que determinados sueldos ahora se reducirían, bajarían un treinta por ciento, para que otros, los de las lechugas y tres papas sancochadas, pudieran subir. Pero así, ¿quién cree en las medidas de austeridad?

92

Fe liosa

San Francisco Javier —3 de diciembre—, el santo de la Compañía de Jesús que se marchó a las Indias Orientales cuando un viaje así constituía una auténtica aventura llena de peligros, es un hombre cuya vida, a tantos siglos de distancia, deja a la nuestra terriblemente acoplejada. ¿Se imaginan Vds. a Javier discutiendo sobre qué es la evangelización?

Nosotros hasta llevamos a un Sínodo de Obispos la palabra para analizarla, discutirla y ponernos de acuerdo sobre si el que evangeliza tiene que predicar o es mejor que empiece por hacer una encuesta. A

estas alturas queremos saber si evangelizar es dar de comer al hambriento y libertar al cautivo, o bautizar y confesar. ¿Todo es evangelizar? ¿Hay algún orden de preferencia? ¿Puede darse una cosa sin la otra? ¿Puede haber Bautismo y confesión y eucaristía sin evangelización? ¿Puede haber evangelización sin denunciar las injusticias y superar las condiciones inhumanas en que viven tantos en nuestra sociedad?

Menudo lío. Pero lo hemos armado nosotros. Yo, sinceramente, no puedo imaginarme a Javier resolviendo este problema porque, sencillamente, no era problema para él. Ni se le ocurrió. El tenía idea clara, diríamos que obsesiva, de que la fe es la salvación, de que la vida eterna consiste en que conozcamos a Dios Padre y a quien envió a la tierra, su Hijo Jesucristo. Que para eso hay que oír hablar de El. Y que para oír hablar de El tiene que haber alguien que predique. ¿Hay pueblos que no conocen a Jesucristo Hijo de Dios y no viven conforme a su Evangelio? Pues allá va él sin pensar en otra cosa. Tan clara tiene la idea del fin que pretende marchándose a las Indias, que no le preocupan ni siquiera los medios con que cuenta. Es a Dios a quien él lleva. Es Dios por quien trabaja. Dios se encargará de sacar adelante su labor.

Quizás nosotros hemos confiado demasiado en la técnica y nos hemos olvidado de la actitud fundamental sin la cual todo está de más. Porque la salvación — diga lo que diga quien lo diga— es obra de Dios y no la consecuencia necesaria de ninguna obra humana por mucho valor de testimonio que se le quiera dar.

¡Francisco Javier...! ¡Qué lejos aquellos tiempos de su viaje a las Indias Orientales! Pero eran tiempos en que la fe era la fe. Hoy, sin embargo, discutiendo sobre evangelización ¿no damos a entender, en cierto modo, que ya no se sabe lo que es fe?

93

Folklore religioso

Frente a los que critican ciertas formas de religiosidad porque —dicen— no se adaptan a los tiempos nuevos y a la mentalidad del hombre de la calle, tendríamos que poner el testimonio de los que de cerca compulsan el alma de la gente. Hablar es cosa fácil. Criticar es más fácil todavía. Pero, ¿por qué darle valor a un hecho aislado, cuando podrían presentarse centenares de otros hechos que prueban lo contrario?

En un barrio de la capital se celebraba la fiesta en honor del Corazón de Jesús. La imagen de Jesús, recién comprada, la paseaban por las calles, seguida de una multitud de hombres y mujeres, chicos, chicas, y los niños que en el barrio son como una plaga. Cohetes, banderas en todas las ventanas, música, alegría y regocijo en todas las familias.

—Esta gente —me decía alguien— vive de esto. Otra cosa quizás no la comprendan. Pero la única manera de despertarles un sentimiento religioso, de que la palabra de Dios llegue hasta ellos, de enseñarles algo de la fe cristiana, es a través de estos actos que alguno quizás llame "folklore religioso", pero que no es sino una forma pedagógica, una expresión sensible de lo que de otro modo jamás podría llegar, o, muy difícilmente, a interesarles.

Me di una vuelta por el barrio. La procesión venía hacia la iglesia por una de las calles intermedias y se oía la música mientras estallaban

los cohetes. Dos hombres, sentados en un muro, cerca de la iglesia, me llamaron.

—Padre, acérquese.

Me acerqué. Detrás de ellos, destapadas, había dos botellas de cerveza.

—¿Qué dicen los amigos?

—Oiga, padre —me dijo uno de ellos—, no crea que nosotros no queremos ir a la procesión, ¿eh? Es que estamos un poco... en copas, ¿sabe?

—Sí, ya lo veo.

—Vd. me entiende, ¿no? Es que, oiga, a nosotros nos gusta la procesión, pero es que... Vd. comprende ¿no? Como así no hacemos nada y se nos vira el trono... Pero yo le prometo, padre, que el domingo, el domingo verá Vd. a dos hombres ahí llevando el trono como Dios manda.

Había que reirse y me reí. Era delicioso ver a aquellos dos hombres desconsolados porque la chispa que tenían encima no les permitía llevar el trono en equilibrio. Y miren por donde ese desconsuelo iba a evitar la borrachera del domingo. ¿Lo habría logrado yo con un sermón sobre la virtud de la templanza?

94

Solo un bastón

Cuando uno quiere hacer por Dios algo que valga, se da cuenta enseguida de que la voluntad es grande pero las fuerzas, pocas. ¿Qué hacer? ¿Sufrir? ¿Sobreponerse a una antipatía? ¿Hacer penitencia? ¿Reprimir las palabras? ¿Dejar una amistad? ¿Desprenderse de los bienes? Como quiera que se mire, todo esto cuesta mucho. Cuesta ya lo que podemos llamar un simple mandamiento, cualquier deber. Pero cuando queremos significarnos y hacer algo por encima de lo estrictamente mandado, como un obsequio a Dios, entonces sí que queda al descubierto nuestra debilidad.

Hay personas que sufren mucho con esta idea: no tengo fuerzas, no se me ocurre nada, no sé nada. Otros quizás tienen talento, saben hablar, saben sufrir, tienen salud y pueden hacer obras apostólicas. Lucen sus cualidades y con ellas dan gloria a Dios, escribiendo, enseñando, cantando...

Para estas personas acomplejadas hay una página del Evangelio que sin duda alguna podría cambiar el rumbo de su vida. Jesús envía a sus discípulos a predicar. Imaginemos lo que a ellos, como a nosotros, les gustaría quedar bien, no sólo delante de la gente sino delante de Jesús que de aquella forma ponía en ellos su confianza. Y ya de antemano estarían pensando en cómo distinguirse en aquel trabajo de predicación, de modo que el Señor quedara muy contento. Y cuando estaban preparando las maletas, Jesús los paró en seco: *“Un bastón y nada más”* (Mc. 6,8).

No quiso que llevaran otra cosa. ¿Podemos pensar en lo que hay detrás de ese bastón? Dios parece que nos quiere convencer de nuestra debilidad. Un bastón es lo que nos hace falta. Un bastón: el signo de la vejez, de la debilidad, de los achaques, del cansancio. Un pie suplementario para podernos mantener sobre las piernas. ¿Lo demás? Todo lo demás está de más. Ni dinero, ni comida, ni mudas de ropa. Si pensamos que con eso podemos hacer una labor más meritoria, que con eso nuestro trabajo va a ser más eficaz y a dar más gloria a Dios, estamos muy equivocados. Dios quiere que le ofrezcamos el sentimiento de nuestra debilidad como lo más grande y meritorio ante sus ojos.

No sé nada, no puedo nada, no se me ocurre nada, no sé sufrir, no tengo salud, quisiera trabajar, hacer algo grande por Dios... Dios no quiere sino nuestro corazón. Acariciemos el bastón, símbolo de nuestra debilidad. Quizás si tuviéramos muchas cosas, si tuviéramos llena la maleta, Dios no estaría tan cerca de nosotros. ¿A qué venir, si no tiene nada que llenar?

95

¡Este país!

El viaje de Juan Pablo II a Polonia, su tierra natal, ocupa hoy la atención del mundo entero. Unos por unas razones y otros por otras tienen los ojos puestos en ese hombre, signo en el mundo de otra vida y de valores que, quiérase o no, los va pregonando con su sotana blanca, su sonrisa y su bendición. Y cada uno de sus gestos tiene un relieve y un significado que rebasa lo puramente anecdótico para convertirse en todo un programa ideológico, tanto más convincente cuanto más espontáneo se produce.

Que el Papa vaya a Palestina, como Pablo VI, y al llegar se arrodille y bese el suelo, es un gesto entrañable que habla muy alto de su fe. Es el país de Jesús, la tierra de Jesús. Tierra Santa. Pero que el Papa vaya a Polonia y bese el suelo con el mismo cariño y emoción, ya no es igual. No es la fe lo que está detrás de ese gesto, sino otro sentimiento que jamás la religión podrá ni deberá arrancar del corazón del hombre. Y él lo tiene vivo más que nadie: el amor a la Patria, la tierra que le vio nacer, que le dio una lengua y una cultura y unas tradiciones y una sangre que comparte con todos sus compatriotas. ¿Nos puede extrañar ese beso y ese saludo a la bandera que se sale del puro y simple protocolo militar convenido en toda recepción a un Jefe o representante de un Estado?

Pienso, viendo al Papa besar el suelo de un Estado comunista —su tierra— y la bandera de un Estado ateo —su patria—, en la forma en

que muchos de nosotros hoy nos referimos a nuestra Patria a la que ya no llamamos España, porque España es un nombre que no parece emocionar a nadie. Parecemos extranjeros en nuestra propia tierra, y al referirnos a España decimos: "Porque en este país..." Y lo decimos con un tono como el de quien, fuera de su tierra, echa pestes de la nación en que vive acordándose de la suya. Pero ¿es que no vivimos en España o que no somos españoles? ¿Es así como queremos a la patria?

El Papa parece decirles a los que se presentan ante el mundo con fórmulas de Gobierno pretendidamente salvadoras que nadie puede apuntarse la exclusiva del patriotismo, y menos cuando desde su concepción del mundo y de la sociedad intentan arrancar del corazón del hombre el sentimiento religioso. Porque nadie como el creyente sabe amar a su patria, a la que considera un símbolo sensible de la patria definitiva, lugar de encuentro, de convivencia, de amor y de paz y de seguridad.

El beso y el saludo del Papa no son signos de fe. No son una bendición. No son un rito sacramental. Pero si no son ciegos los que hoy están al frente de Polonia, se habrán dado cuenta de que Polonia está en otras manos. Porque a fin de cuentas no es la ideología ni el partido los que mandan, sino el hombre. Y Dios y la Patria son parte esencial de nuestro ser. (Junio, 1979).

96

Películas antiguas

Resulta muy interesante ver una película de los años 40, más que por la técnica, que dejamos para los especialistas, por lo que, para un buen observador, significa el guión, la historia, los planteamientos de ciertos problemas y la reacción de los protagonistas. Porque si el cine es un reflejo de la vida misma, no cabe duda de que viendo una película de cuarenta años para atrás lo que nos sorprende es cómo esa vida ha cambiado.

Hace unos días la Tele proyectó una de esas películas viejas, pero llena de contenido humano. ¿Qué decir de una chica que posa inocentemente para un pintor que le hace un retrato de la cabeza, sólo el rostro, y luego aparece en el lienzo con el busto al descubierto? Otra mujer la sustituyó sin que ella lo supiera. Y todos, al ver aquel retrato, quisieron liquidarla por desvergonzada.

Historias como ésta resultan hoy incomprensibles. La película de hoy nos presentaría el desnudo integral de la muchacha posando para el pintor o, al menos, dejaría ver el cuadro que, en aquella película antigua, no se ve sino se adivina lo pintado por la expresión de asombro e indignación de los que lo contemplan. Indignación que hoy echamos de menos, porque ante los desnudos nadie parece escandalizarse. Y las protagonistas del destape en vez de ser linchadas son buscadas, aplaudidas y festejadas. ¿Hemos ganado algo en treinta años o, más bien, hemos perdido?

Pero dejemos el destape. ¿Qué me dicen del hombre que se casa con una chica que, en la primera noche de bodas, trata de matarla porque está loca? Que un hombre así intente, al pasar los años, ocultar que vive su mujer para rehacer su vida casándose con otra, nos parece una salida desesperada, que, si no se justifica, sí al menos resulta comprensible. Lo que nos llena de asombro es que la chica que iba a unirse a él en matrimonio, conocida la verdad, renuncie a aquel amor porque su conciencia está por encima de sus sentimientos.

¿Hoy? Ella sería la primera en defender que aquel matrimonio con una loca había sido nulo. Y en caso de que hubiera sido válido, ella se opondría a toda ley, divina o humana, para sacar adelante su amor. Y no le faltarían razones para acabar con aquella mujer que se interpone como un fantasma entre los dos. Porque "sería injusto", "antihumano", que un hombre esté condenado de por vida a aquella situación absurda y sin sentido.

Películas antiguas. Y otra vez la pregunta: ¿Hemos ganado algo en los años que han pasado, o más bien hemos perdido? Porque después, si te emocionas ante un amor tan ideal, ante una reacción tan cristiana, ante una fidelidad tan heroica, ante un sufrimiento tal del corazón y ante una actitud en la que Dios y la conciencia están por encima de todo sentimiento, al leer la crítica de la película sabrás que no has visto sino "un dramón", un "bodrio", y que mejor habría sido apagar el aparato. ¿Quién lo entiende?

97

Juego del escondite

El día de los **Santos Inocentes** —28 de diciembre— fue, como se sabe, un día de sangre y de llanto hace veinte siglos en Belén. Inexplicablemente este día se ha convertido, por ese juego incomprensible del espíritu que hace de tripas corazón, en un día de los más simpáticos del calendario. Ya no nos acordamos del pánico de aquellas pobres mujeres de Belén, de su dolor al ver a sus niños acuchillados y sin vida, y del sobresalto de María y José al tener que huir a medianoche como malhechores por salvar la vida de Jesús. No, no fue cosa de broma lo que nos cuenta el Evangelio. Y, sin embargo, el día 28 de diciembre es todo pura broma, bromas en la radio, bromas en la prensa, bromas en la calle, en la oficina, en los hogares. ¿Por qué habremos hecho un juego de algo tan dramático como el martirio de los niños de Belén?

Esta es una pregunta a la que no sabemos responder. Quizás pudiéramos decir que los niños son niños hasta para morir. Que su muerte, por muy dolorosa que sea para sus padres, es algo tan sencillo, tan ingenuo y tan infantil como sus cuerpecitos inocentes. Un puro juego. Ahora aquí y enseguida allí. Un juego al escondite. Ahora me ves y ahora no me ves. Y la esperanza cierta —eso es lo mejor del juego— de que, al desaparecer el niño, encuentra la felicidad que la vida no le habría tal vez de dar.

Los mayores no podemos jugar así a la muerte. Siempre hay un riesgo, un interrogante, una sombra que nos hace perder el equilibrio

ante el pensamiento de morir. Ellos, no. "En el mismo umbral de la luz —dice el poeta clásico español—, cuando empezaba a amanecer la auro-
ra del Mesías, fueron cortados como rosas por el cruel Herodes, como el vendaval corta los capullos". ¡Qué bonito! Y el poeta se los imagina jugando, como niños que son, sobre el ara misma del altar donde se-
rían inmolados como tiernos corderillos.

Si las bromas inocentes de este día nos hicieran a todos más sencillos, más ingenuos, más niños, estaría justificado nuestro olvido del llanto de aquellas pobres madres de Belén. Soportaríamos con gusto el pequeño ridículo de ir a recoger el pañuelo que no se nos cayó, el plantón que nos da el que no acudió a la cita, y la carcajada de las monjitas al ver nuestro esfuerzo por introducir el brazo en la manga que ellas, disimuladamente, habían cosido mientras decíamos la misa. Benditas bromas si pueden hacer el milagro de resucitar un poco la inocencia que perdimos, esa inocencia que los niños de Belén se llevaron incontaminada en su muerte, que fue un puro juego al escondite.

98

La cosa está mal

A pesar de tanta crisis en el sector sanitario, y de tanta huelga y tantas quejas en torno a la Seguridad Social, el índice de vida parece haber crecido. Los accidentes suelen cortar muchas vidas en su plenitud. Pero, dejándonos llevar por el ritmo vital, si no surgen complicaciones, la esperanza de vivir largos años es hoy más firme que en otros tiempos pasados. Hay una época en que se ponen las personas un poco pachuchas, pero pasado ese riesgo, entre los 60 y los 70, luego se estabilizan y pasan años y más años y ve Vd. a los viejitos y viejitas tiesos y enroscados como si nunca se fueran a morir. Y, cuando mueren, uno pregunta: "¿De qué fue?" Y le dicen: "Pues de nada, de viejo. No tenía nada. Como un pajarito se quedó".

Me contaba un señor que hace poco se encontró a uno de estos hombres que están llamados a morir como un pajarito. Iba en su coche y lo saludó.

—¿Qué tal? ¿Cómo va la cosa? Siempre fuerte, ¿eh?

Y hablando, hablando, salió a relucir la vida de hoy, la política, el gobierno, la violencia, el terrorismo...

—Oiga —le dijo—, Vd. que ha vivido tanto, ¿qué opina de la vida de hoy?

Y el hombre se sonrió socarronamente.

—Mire, Vd. —contestó—: Yo tengo 94 años y durante toda mi vida siempre he oído decir la misma cantinela: que la cosa está mal.

Y el hombre con su siglo a cuestas siguió en su coche con el aire de quien está muy por encima de todo lo que pasa, porque ya ha pasado y seguirá pasando por los siglos de los siglos.

Ya ven. Estos hombres que hunden sus raíces en el siglo pasado nos pronostican que no saldremos de problemas. Por lo visto la vida social es como los organismos vivos, como nuestro cuerpo. ¿Hay una enfermedad? Se aplica el remedio. Pero el remedio crea nuevas complicaciones. Y venga otra medicina. ¿Padeces de obesidad? A perder kilos. Pero cuando esperabas estar más saludable con un cuerpo gentil, empiezas a padecer del corazón, diabetes o los nervios. Por adelgazar.

Nuestra sociedad está a régimen. Todos dicen que lo mejor que le va es el régimen actual. Pero por su culpa tenemos que aguantar muchas subidas de tensión, muchos dolores de cabeza y muchas hemorragias. ¿Qué pasaría aplicando otro remedio? Pues igual. También tendría otras complicaciones. Y si no morimos del hígado, morimos del corazón.

“94 años y siempre he oído decir que la cosa está mal”. ¡Qué consuelo! Toda nuestra esperanza de vivir, con medicina social o privada, se nos atraganta con esta perspectiva. Quizás sea mejor así, para que no nos hagamos demasiadas ilusiones. Y pensemos que el mundo mejor, el mundo ideal, tiene otras fronteras más allá de esta pobre tierra donde no podemos ni sabemos vivir.

99

Sky-lab

Nuestra vida va a sufrir muy pronto unos cambios tan notables que todo parecido con lo que ha sido hasta ahora durante muchos años va a ser pura coincidencia.

No hace mucho tuve que ir a un centro oficial. Había sitio alrededor para aparcar el coche, pero no me dejaron. Tenía que dejar el coche lejos, en otras calles, como si mi pobre máquina fuera una bomba o estuviese contaminado. Después de apartarlo suficientemente — ¡lo que me costó encontrar un sitio! — volví a pie para toparme con una docena de policías que me pidieron la documentación. Tuve que identificarme. Tuve que decir además a qué iba allí. A ninguno de los que me preguntaron por mis intenciones le interesaba mi respuesta, pero ellos tenían órdenes de preguntar y yo obligación de responder. Después me colocaron un número en la solapa y me dejaron subir. En aquella sala de espera, después de tantos controles y precauciones, tú te preguntabas: "Pero ¿qué he hecho yo?"

Todo el mundo busca seguridades porque nadie se fía ya de nadie. No hay un Banco seguro, ni un escaparate resistente ni una puerta que no se pueda abrir. Cada uno se encierra en su casa como en uno de esos castillos medievales, con foso y puente levadizo, y acecha por las ventanas como los hombres del señor feudal tras las almenas.

Por si fuera poco esta sicosis de inseguridad, temiendo un golpe que nos deje tiesos, nuestra vida, aun sin golpes ni disparos a quemarropa,

está más que amenazada a largo plazo. ¿Han hecho números ya para saber qué altura ha alcanzado el presupuesto familiar? Con la subida espectacular de la gasolina, los precios de todos los productos van a dispararse para alcanzar unas órbitas jamás imaginadas. Pero aunque tuviéramos suficiente pasta para escapar de esta crisis económica y pudiéramos afrontar los nuevos precios y las futuras restricciones, todavía no podríamos dormir tranquilos, porque dentro de muy pocos días la nave esa norteamericana que da vueltas a la tierra va a caer sobre nosotros —no sabemos ni el día ni la hora para que sea más emocionante— y nos va a hacer papilla. Los precios se ponen en órbita y el Skylab baja de la suya para aplastarnos. ¿Puede haber mayor calamidad?

Sí, se dirá que en todo tiempo ha habido crisis. Pero en otros tiempos, cuando el mundo éste era un asco, mirábamos al cielo y mirando al cielo se sentía uno reconfortado y lleno de esperanza. Pero ¿quién mira hoy al cielo si el cacharro ese de un montón de toneladas nos va a caer encima? (Julio, 1979).

100

¿Quién lo ha visto?

Ese refrán que dice: "Más vale malo conocido que bueno por conocer" creo que tiene la culpa de que muchos, a pesar de nuestra fe, nos sintamos fríos e indiferentes pensando en el más allá, en la otra vida, en lo que seremos después de la muerte. Y es difícil entusiasmar a una persona, por muy cristiana que sea, con el Reino de los Cielos que Dios —como dice nuestra fe— ha preparado con tanto amor para nosotros. Lo bueno de la tierra lo conocemos perfectamente. Y si no lo gozamos, lo deseamos desesperadamente para alcanzar la felicidad. Luego, si con esa felicidad a nuestra medida, somos o no somos felices, habrá que verlo. Pero nadie parece consolarse con el pensamiento de otros bienes, de otra felicidad total, absoluta, mayor que nosotros mismos, después de esta vida terrenal. Quizás porque para eso hay primero que morir. Y la muerte la vemos todos como algo que nos quita lo mucho o poco que tenemos, y no como la que nos da lo que no hemos conseguido todavía.

—Una cosa es cierta —comentaba yo un día en una casa—. Y es que la vida en el más allá es mejor que la vida presente. No hay sino que fijarse en la evolución de la vida, que va siempre de lo menos a lo más. La muerte no es sino un paso a otro nivel, a otra forma de vida superior, sin las limitaciones que ahora tiene la vida humana.

La gente no parecía comprender.

—Alguien ha dicho —seguí yo— que en el cielo “videbimus, amabimus et cantabimus”.

El latín en vez de aclarar el problema lo hacía más enrevesado.

—Bueno, lo voy a traducir: “Videbimus”: veremos. “Amabimus”: amaremos. “Et cantabimus”: y cantaremos. ¿No les parece estimulante?

—Es decir —comentó uno—, que en el más allá habrá grandes espectáculos, haremos el amor y andaremos de parranda...

La carcajada duró varios minutos, riéndonos de la interpretación. Pero San Agustín, de quien era la cita, no había hecho otra cosa que expresar en tres palabras las tendencias más fuertes del corazón humano: ver, saber y comprender; amar y gozar en una vida de relación personal; y cantar como la expresión más espontánea y humana de la felicidad.

Cada uno, como San Agustín, puede imaginarse lo que quiera. A lo que no hay derecho es a poner una cara alargada, arrugar las cejas y encogerse de hombros diciendo: “El cielo... Bah, ¿quién lo ha visto? Cualquiera sabe”. Porque es verdad que nadie de nosotros ha ido allá y ha vuelto —que se sepa— para contarnos la otra vida. Pero Alguien, sin haber ido allá porque estaba allí, alguien ha venido a la tierra nada más que para hablarnos del Reino de los Cielos y darnos la posibilidad de ir a él. Alguien vino a la tierra a hablarnos de Dios. “*No es que nadie haya visto al Padre —dice Jesús—, a no ser el que viene de Dios. Ese ha visto al Padre*” (Jn. 6,46). ¿No vamos a fiarnos de sus palabras y creer en ese Reino de los Cielos que, según Jesús, es como una fiesta, un banquete, una boda, es decir, una forma de vida donde se realizarán plena y totalmente los deseos de nuestro corazón, siempre hambriento de felicidad?

INDICES TEMATICOS

I. COMENTARIOS

Trabajo	13
Fecundidad	21
Delicadeza	30
Penitencia	37
Esperanza	47
Imaginación	56
Oración	64
Familia	73
Defectos	81
Moralidad	91
Conciencia	101
Bendición	110
Providencia	118
Amor	127
Bautismo	135
Matrimonio	145
Reivindicaciones	154
Publicidad	164
Austeridad	173
Cine	182

II. SANTORAL

Santa Inés (21 de enero)	14
Conversión de San Pablo (25 de enero)	23
Virgen de Candelaria (2 de febrero)	31
Virgen de Lourdes (11 de febrero)	39
San Juan de Dios (8 de marzo)	48
San José (19 de marzo)	57
San Marcos (25 de abril)	65
Santo Domingo de la Calzada (12 de mayo)	74

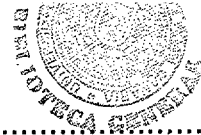
San Matías (14 de mayo)	83
San Juan Bautista (24 de junio)	93
Virgen del Carmen (16 de julio)	102
Santa Marta (29 de julio)	111
San Bartolomé (24 de agosto)	119
San Nicolás de Tolentino (10 de septiembre)	128
San Mateo (21 de septiembre)	137
Santa Teresita (1 de octubre)	147
San Antonio María Claret (24 de octubre)	156
Santa Cecilia (22 de noviembre)	166
San Francisco Javier (3 de diciembre)	174
Santos Inocentes (28 de diciembre)	184

III. ANECDOTARIO

Índice general, números: 3, 8 y todos los terminados en 3 y 8.

IV. PALABRA DE DIOS

El Espíritu de Dios habita en vosotros (Rom. 8,9)	18
El que pierda su vida por mí, la encontrará (Mt. 10,39)	26
Nada hay escondido que no llegue a saberse (Mt. 10,26) ..	34
Os pongo delante maldición y bendición (Dt. 11,26)	43
Merece la condena del fuego (Mt. 5,15)	52
Que alumbre a todos los de casa (Mt. 5,15)	61
Dichosos los pobres en el espíritu (Mt. 5,3)	69
¡No lo permita Dios, señor! (Mt. 16,23)	78
Un denario a cada uno (Mt. 20,9)	87
A Dios lo que es de Dios (Mt. 22,21)	97
A la hora que menos penséis (Mt. 24,44)	106
Hablaba con autoridad (Mc. 1,22)	115
A todos los curaba (Mt. 8,16)	123
Hijo, tus pecados quedan perdonados (Mc. 2,5)	132
No tendrá perdón jamás (Mc. 3,28)	141
¡Silencio, cállate! (Mc. 4,39)	150
¿Quién me ha tocado el manto? (Mc. 3,30)	160
No desprecian a un profeta más que en su tierra (Mc. 6,4)	169



Un bastón y nada más (Mc. 6,8)	178
Ese ha visto al Padre (Jn. 6,46)	190

V. HISTORIA

Muerte del Rvdo. D. Juan Brito, capellán del Cementerio (Noviembre, 1971)	20
100 cumpleaños de Dña. Carmen Sánchez, madre del sacerdote D. Hermenegildo Caballero (Junio, 1972)	28
Llega el Concorde a Las Palmas (Enero, 1973)	36
Robo sacrílego en Las Lagunetas (Abril, 1975)	45
Muerte de Mons. Pildain, Obispo de Canarias (Mayo, 1973)	54
Eclipse de sol (Julio, 1973)	62
Bodas de Oro sacerdotales del Rvdo. D. Mariano Hernández (Junio, 1974)	71
Muestra al público de la imagen de la Virgen del Pino en restauración (Julio, 1974)	80
Sínodo de Obispos (Septiembre, 1974)	89
La Cruz de Beneficencia, al Rvdo. D. José Rodríguez, Delegado de Cáritas (Diciembre, 1974)	99
Muerte del humorista Peñarroya (Mayo, 1975)	108
Primera piedra de la ermita en San José del Alamo (Mayo, 1975)	116
Ordenación sacerdotal de Judas Romero (Mayo, 1975)	125
Muerte de Franco (Noviembre, 1975)	133
I Congreso Nacional de Sordos (Mayo, 1976)	143
Bendición del Monasterio de Carmelitas de Clausura en Las Medianías (Telde) (Junio, 1976)	162
Entrada en su Diócesis de Ibiza del nuevo Obispo, Mons. Gea Escolano (Noviembre, 1976)	152
Elección de Juan Pablo I (Septiembre, 1978)	171
El Papa en Polonia (Junio, 1979)	180
El Sky-lab pierde altura (Julio, 1979)	188



HERACLIO QUINTANA SANCHEZ es natural de Las Palmas de Gran Canaria, donde nació en 1930. En el Seminario Diocesano de Canarias cursa las Humanidades que perfecciona luego en Comillas (Santander), en cuya universidad Pontificia obtiene la Licenciatura en Filosofía. De nuevo en Las Palmas, estudia Teología en el Seminario Diocesano y es ordenado sacerdote por Mons. Pildain el 21 de septiembre de 1957, en Artenara, el pueblo de su madre.

Su sacerdocio, desde el día de su ordenación, ha estado vinculado al Seminario como Profesor y a la Radio, al ser nombrado Director de RADIO CATEDRAL, la primera Emisora Diocesana de Canarias que, al correr de

los años, se convierte en RADIO POPULAR DE LAS PALMAS, de la COPE, en donde hace diariamente sus conocidos comentarios.

El P. Heracleo — como se le conoce — es desde 1963 canónigo Organista y Maestro de Capilla de la Catedral, cargo que obtuvo por oposición y que refleja su vocación musical cultivada desde niño. Ha sido director de varios coros y ha compuesto algunas obras, entre las que destacan seis Misas a 2, 3 y 4 voces mixtas.

Junto a la actividad musical y radiofónica, dedica muchas horas a la enseñanza en el Centro de Estudios de Teología, donde da Latín y Griego, y en la Escuela de Artes Aplicadas en que explica Religión.

Es también Secretario del Cabildo Catedral, Delegado Diocesano de Medios de Comunicación Social y, desde 1986, párroco de San Roque de Las Palmas, una experiencia obligada por la escasez de clero, pero gratificante en su vida sacerdotal.

